

Leyendas y cuentos populares



# El Viento del Norte

## Cuentos populares escandinavos



Lectulandia

Hay cuentos que precisan de un rico vestido de palabras para hacerse atractivos al lector. Otros, sin embargo, se bastan de su simple estructura para ser hermosos; tienen gracia en sí mismos y nada exigen a la inventiva de un escritor. Éstos son los cuentos que corren de boca en boca, de generación en generación; los que se perpetúan a través de los siglos.

El viento del Norte reúne una abundante muestra de este tipo de cuentos, recogida de la tradición oral de los países escandinavos. Relatos nacidos en tierras de nieves testarudas y fríos intensos, relatos que consiguen derretir con magia y fantasía el duro hielo que los envuelve.

Anónimo

# **El viento del norte**

**Cuentos y leyendas populares - 09**

**ePub r1.0**

**Titivillus** 24.06.2022

Anónimo, 2005  
Traducción: Elena del Amo  
Ilustraciones: Rosa María Prado

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



# PRÓLOGO

*Hace frío en el exterior. La nieve cubre los campos, un viento gélido sopla con furia, agita las ramas de los árboles y trata de introducirse en la casa de madera por las rendijas de las ventanas. Dentro está el calor. El fuego de la chimenea ilumina los rostros y crepita alegremente, irradiando luz y bienestar.*

*Son largas las veladas. Largas y apacibles las horas.*

*Hay un niño rubio de grandes ojos claros que espera pacientemente a que se abra el telón. Dentro de unos instantes la magia hará su aparición en forma de relato, la imaginación emprenderá su delicado vuelo y se producirá el encantamiento cuando uno de los mayores empiece a mover los hilos que pondrán en marcha la narración.*

*El niño está sentado, casi acurrucado, en una silla baja muy cerca de la chimenea. Ha dejado de asustarle el ulular del viento o la nieve que no deja de caer en enormes y suavísimos copos. Fija su mirada en el invisible mundo que empieza a abrirse lentamente y presta toda su atención a las palabras, como sólo saben hacerlo los niños, con los ojos muy abiertos. Es como un dulce murmullo que penetra en sus oídos con toda claridad. Es una invitación para que él también participe, se convierta en un personaje más.*

*Una vez las palabras mágicas empiezan a ser pronunciadas, el niño se encuentra dentro del encantamiento.*

*Los protagonistas hacen su aparición ante la mirada asombrada del niño.*

*De repente, una madrastra perversa conduce a un joven y apuesto príncipe a un lugar que se encuentra al este del sol y al oeste de la luna, un lugar que nadie sabe dónde está. La bella y valerosa muchacha, enamorada de él, decide buscarle y recorre montañas y valles, bosques y llanuras, hasta que llega a una casa habitada por una bondadosa anciana, que resulta ser la madre de los cuatro vientos. Será su hijo mayor, el viento del norte, quien ayudará a la joven llevándola a ese lugar que sólo él conoce y que se halla al*

*este del sol y al oeste de la luna. Allí el valor y la constancia de la muchacha lograrán salvar al príncipe.*

*Pero no todas las madrastras son pérfidas. Hay excepciones. Una, por lo menos. En la isla de Hielo existe una que ayudará a la princesa a romper la maldición formulada por su propia madre antes de morir.*

*En el mundo de la imaginación todo es posible. Nada tiene que ver con la realidad. Allí ocurren los hechos más insólitos con la naturalidad de la fantasía. Sucede lo que el niño quiere que suceda, aunque no siempre esté de acuerdo con el desarrollo del relato, aunque a veces le gustaría cambiar el curso de los acontecimientos. Él no es un príncipe y su vida transcurre en la monotonía de los días iguales. A él nadie se le aparece ni a nadie tiene que salvar. Las estaciones se suceden en calma y sólo episodios sin importancia alteran un ritmo que no es sino una línea continua.*

*Pero en los cuentos es diferente y cuando un lobo va a confesar sus pecados porque le remuerde la conciencia, el niño piensa que si él fuera lobo haría lo mismo, porque no se puede ir por ahí matando ovejas y gallinas impunemente.*

*Tampoco importa demasiado no haber nacido príncipe. En el mundo de la ensoñación hay muchos, miles de reinos habitados por bellas princesas cuyos padres conceden sus blancas y delicadas manos a los que demuestran ser merecedores de ellas. Bastará con ser bueno y valiente para contraer matrimonio con la hija del rey, de cualquier rey.*

*Es muy importante tener esto presente: cuando el joven pobre encuentra a una ancianita en el bosque, debe tratarla con consideración y afecto, pues muy bien puede ser un hada disfrazada, que luego, con su influencia benéfica, hará posible el acceso del muchacho al trono real. Aunque lo que le pida la anciana sea su último trozo de pan.*

*También los animales se convierten en elementos esenciales del relato cuando cobran el uso de la palabra. Si un pez pide ser devuelto al agua o un ave está en apuros, el joven, sólo porque tiene buen corazón, les ayudará y algún día, a cambio, ¿quién sabe cómo será recompensado?*

*Pero no sólo la bondad y el valor son necesarios para llevar a cabo cualquier empresa, por difícil que sea. También la astucia es una condición obligatoria. Para engañar, por ejemplo, a un gigante sin corazón, no se podrá hacer uso de la fuerza, pues nunca será suficiente. El gigante, con una sola mano, aplastaría a cien hombres fuertes.*

*Entonces, ¿cómo vencer a un monstruo abominable sino por medio de artimañas? El niño lo sabe y escucha, atónito, los métodos que emplea el más*

joven de los príncipes para destruir al gigante y convertirlo en polvo.

Los seres fabulosos no habitan el ámbito cotidiano. No se sientan junto al juego ni son amigos de los niños. Pero existen. En el pensamiento de pequeños y mayores, merodean en la oscuridad de las alcobas, siempre dispuestos a convertirse en esas pesadillas de las noches invernales, cuando el viento golpea con fuerza contra los cristales y la nieve forma blancos remolinos. Pesadillas que algunas veces se convierten en apacibles sueños cuando son los gnomos y las hadas quienes los guían.

Entre los seres fabulosos, el que más temor infunde es siempre el troll.

Los trolls son monstruosos y perversos, salvo en casos excepcionales. Agazapados, ocultos, habitantes de tenebrosos castillos, dedican su existencia a atemorizar a las buenas personas y a los apacibles animales.

El niño tiene mucho miedo a los trolls. Nunca ha visto ninguno, pero se los ha imaginado tantas veces... No se le ocurrirá salir solo por la noche, ni siquiera a buscar un poco de leña para la chimenea, ni introducirse en cualquiera de las habitaciones de la casa, desiertas durante las veladas junto al fuego.

El troll es el enemigo máximo y aunque se lo han descrito mil veces y de mil formas (enorme cabeza, pelos de cuerda y dientes como colmillos de morsa) sabe que también puede tener hasta doce cabezas y ser tan alto y monstruoso como sólo su imaginación lo puede representar.

El diablo, en cambio, está más definido. Se parece a los hombres y toma el aspecto de un ser humano, quizá un poco más huraño y oscuro de piel, pero nada más. Incluso puede no tener cuernos ni rabo.

Representa la maldad, aunque en los retablos, a lo que se dedica no es a inducir al mal a las buenas gentes como estamos acostumbrados, sino a apoderarse de ellas para llevarlas al infierno. De un troll se puede escapar, incluso vencerle, pero del infierno es completamente imposible. El diablo sólo es uno, poderoso, indestructible, astuto. Sus secuaces suelen ser, en general, bastante bobalicones y se les engaña con facilidad. Son diablos menores, sin la inteligencia del amo de las tinieblas.

Al niño le gustaría ser un poco como cada uno de los personajes que aparecen en los cuentos. Valiente como los príncipes, bondadoso como los campesinos, fuerte como los que vencen a los trolls, pero también astuto como el zorro. Cualidades que se presentan en estado puro, sin los matices y contradicciones que caracterizan a los seres humanos.

Si un hombre es bueno, lo es hasta en la adversidad. Si es valiente, ni los mayores obstáculos le detendrán. Si es astuto, sabrá en cada momento cómo

*emplear su astucia. Pero también si es avaro o perverso, lo será hasta el fin.*

*Por eso el niño se queda boquiabierto y deja que la fantasía llene su imaginación. Porque cree que todo lo que escucha en los cuentos puede ocurrirle en cualquier momento, aunque las ancianitas que conoce no sean amables, respetuosas y escondan su condición de hadas buenas, sino en general bastante gruñonas; aunque sabe perfectamente que jamás encontrará un troll en el bosque; aunque supone que los espíritus del bien deben vivir muy lejos pues jamás acuden a su llamada.*

*Pero también en los relatos aparecen jóvenes que sin hacer nada, sin enfrentarse a grandes peligros, sólo por suerte o por indolencia, consiguen un puesto destacado o incluso casarse con la hija del rey. Para éstos es demasiado sencillo y lo que provocan es una sonrisa y una especie de esperanza. Sin la magia, pues, es igualmente posible acceder a la mas completa felicidad.*

*El niño se echa a reír. Ha desaparecido el temor.*

*Esta vez el relato habla de cómo una sólida amistad es capaz de romper todas las barreras y todos los hechizos. Basta con querer sinceramente, con darlo todo sin esperar nada a cambio. Aquí interviene el valor más difícil, que es el de la propia renuncia.*

*Los elementos de la naturaleza están siempre presentes. El mar, sus tempestades y su calma. La tierra, su fertilidad y su aspereza. El niño sabe, lo ha oído muchas veces, que existen lugares encantados, como la isla Udröst «que emerge del mar, durante las tempestades más violentas, para dar refugio a los naufragos». ¿Quién no desea acceder a la isla mágica cuando el barco está a punto de zozobrar? Allí encontrará a un venerable anciano de larga barba blanca que le introducirá en una bella mansión, resplandeciente y repleta de los más exquisitos manjares y, si no es codicioso, podrá volver a su humilde casa con las manos llenas y el porvenir asegurado para él y su familia.*

*Una vez más la bondad y la generosidad serán factores imprescindibles para conseguir vencer a la miseria.*

*Si no ha habido mezquindad y avaricia cuando se pudo poseer todo, ya no será posible retroceder ante la desdicha ajena.*

*La isla Udröst es una isla encantada, pero hay otros encantamientos.*

*Pueden aparecer y desaparecer palacios maravillosos con tejados de oro, que no forman parte de leyenda alguna. Basta con levantarse una mañana, asomarse a la ventana y descubrir, con asombro, que allí donde había una*

*colina, ahora se alza un magnífico palacio más resplandeciente que el del rey, el de cualquier rey, por poderoso que sea.*

*El niño lo ha hecho muchas veces.*

*Al levantarse, ha mirado a través de los cristales de su habitación y a pesar de que sólo ha visto una colina cubierta de nieve, ha podido contemplar el maravilloso palacio del cuento que escuchó la noche anterior. Con los ojos de la imaginación, que son también los del alma.*

*No importa que al volver a asomarse, unas horas después, no vea sino la nieve y el mismo paisaje de siempre.*

*La magia, afortunadamente, no se produce sino en los instantes mágicos, cuando la ensoñación se apodera de nosotros y nos envuelve con su encantamiento.*

*Otra vez llegará la noche, el fuego de la chimenea extenderá su calor por la estancia y las palabras volverán a pronunciarse, dulces, serenas, misteriosas, abriendo de par en par unas ventanas a través de las cuales el niño podrá admirar un mundo fabuloso que seguirá siendo real para él mientras no pierda esa capacidad que ahora posee de asombro y entrega, sobre todo de entrega.*

*El relato explicará durante la fría velada, aunque fuera haya dejado de nevar, cómo se castiga la avaricia y como la generosidad es recompensada.*

*Aunque lo más importante no es eso: la moraleja. El cuento mantiene en vilo al joven oyente. Hay una intriga, una especie de suspense.*

*¿Qué pasará?*

*¿De qué modo este pobre pescador, leñador o granjero, de bondadosa alma, conseguirá salir de su miseria, a pesar de las circunstancias, siempre adversas, que le rodean?*

*Es la gran incógnita, porque el personaje sabe perfectamente que el trabajo y la constancia no son suficientes.*

*Los cuentos embellecen la realidad, aunque el niño no sepa exactamente dónde empieza la fantasía y dónde acaba, pues cree firmemente que todo puede transformarse.*

*Como en los juegos.*

*En sus juegos.*

*Si imagina ser un valeroso príncipe que debe enfrentarse a un malvado troll de tres cabezas para obtener la mano de la bella princesa, hija del rey, será el valeroso príncipe mientras una voz, la de su madre por ejemplo llamándole a cenar, no rompa el hechizo.*

*Es como una necesidad de trascendencia, de bella invención, compartida por niños y adultos. Los pequeños la viven, la incorporan al ámbito de sus sueños, que es el de su vida, la representan.*

*A los adultos, en cambio, les traslada a un lugar lejano de su historia reciente y les envuelve con su manto dorado.*

*Seguramente por eso las narraciones fantásticas no tienen edad, ni tiempo, sino que pertenecen a todos los lugares y a todos los instantes de la compleja existencia humana.*

*Los relatos son de las personas y para las personas. No es preciso tener pocos años no sólo para escucharlos, sino de algún modo, para volver a inventarlos y vivirlos.*

*Vivirlos sobre todo.*

*Durante muchos, muchísimos años, siglos incluso, los cuentos jamás se escribieron. Fueron pasando de padres a hijos, de abuelos a nietos, de parientes a amigos, y de este modo los relatos no sólo se conservaron sino también se enriquecieron. Los personajes fantásticos como las hadas buenas, los perversos trolls, los valientes príncipes y las bellas princesas, los parlanchines animales, las bondadosas ancianas fueron cobrando vida hasta convertirse en auténticos compañeros, no sólo de nuestro niño escandinavo de grandes ojos claros, sino de todos los niños del mundo.*

*Y es que todos los cuentos populares tienen elementos en común. Cambiarán los paisajes, los nombres de los personajes fantásticos, las situaciones, pero existirá siempre ese deseo humano, irresistible, de no permitir que la vida se limite exclusivamente a lo que podemos ver con nuestros ojos y tocar con nuestras manos.*

*No importa que el relato haya sido contado junto al fuego, como en Escandinavia, o bajo el sol tórrido de cualquier punto del planeta. El elemento esencial es la magia, el encantamiento y la fantasía, y eso está en todos los rincones de la tierra.*

*En la chimenea no queda sino un rescoldo. Las brasas se han ido apagando poco a poco hasta casi convertirse en cenizas y empieza a ser hora de acostarse.*

*El niño coge el libro que ha quedado sobre la mesa y lo lleva a su habitación. Esta noche lo leerá de nuevo con avidez y todas las noches, hasta que se aprenda de memoria los cuentos que algún día contará a otros niños de mirada asombrada, como él.*

*Aunque tiene sueño, el fuego y los relatos le han producido una agradable sensación de bienestar, y probablemente tardará un rato en dormirse. Pero*

*después su sueño será tranquilo.*

*Un día, que aún es un poco lejano, llegará la primavera y la nieve se derretirá. Pero no los sueños, nunca los sueños.*

# DINAMARCA

# Los tres deseos de la princesa

**H**ABÍA una vez un viejo que tenía tres hijos. Cuando sintió que se acercaba el fin de su vida, llamó a sus hijos junto a su cama y les habló del modo que sigue:

—Sé que mis días están contados. Desgraciadamente no os dejo muchas cosas como herencia: únicamente la choza y el huerto que está detrás. Cuando cierre los ojos, haréis el reparto. Pero puedo revelaros ahora que en el huerto hay un manzano cuyos frutos devuelven la salud a la gente.

Pero no dijo dónde estaba el milagroso manzano que devolvía la salud. Seguramente olvidó decirlo, o quizá no lo dijo a propósito, porque temía que sus hijos descuidaran los demás árboles y cuidaran exclusivamente al milagroso.

El padre murió poco tiempo después, y los dos hermanos mayores se repartieron entre ellos el huerto. Al pequeño, sólo le dejaron un árbol que había en medio. Era un arbolito retorcido, con la corteza totalmente rajada, que no gustaba a ninguno de los dos hermanos mayores.

Un día, los tres se enteraron de que la única hija del rey había caído gravemente enferma. El monarca había hecho venir a los mejores médicos, farmacéuticos, herbolarios, magos y astrólogos del mundo entero, pero ninguno de ellos consiguió curar a la princesa. Cada vez estaba más enferma y más débil; ni siquiera podía levantarse de la cama. En vano el rey prometió su mano y la mitad del reino a quien la curara.

Los dos hermanos mayores se pusieron de acuerdo para probar suerte ellos también. El primero que lo intentó fue el hermano mayor.

Cogió una cesta y arrancó una manzana de cada uno de los manzanos que se encontraban en su parte del huerto. «Quizás esté entre ellas la que cure a la princesa», pensó, y se dirigió al palacio real.

El camino que llevaba al palacio atravesaba un sombrío bosque. En el centro encontró a una anciana que le dijo amablemente.

—Buenos días, hijo mío, ¿qué llevas en la cesta? ¿Champiñones?

—No seas curiosa, abuela —contestó malhumorado el joven—. Si quieres saberlo, mi cesta está llena de sapos y lagartos.

—Tienes razón, no debo ser curiosa. Sí, es cierto, en la cesta llevas sapos y lagartos —replicó la anciana, y siguió su camino.

Cuando el hermano mayor llegó ante el palacio, el guardián le preguntó:

—¿Qué nos traes, muchacho?

—Tengo en mi cesta manzanas milagrosas y con ellas puedo curar a nuestra princesa —respondió el hermano mayor.

—Enséñame tus manzanas —dijo el guardián levantando la tapa de la cesta.

Pero apenas hubo echado un vistazo exclamó:

—¡Tienes la osadía de burlarte de un guardia real! —y echó al hermano mayor.

De la cesta, que había caído al suelo, escaparon efectivamente ranas, sapos y lagartos.

Durante ese tiempo, el segundo hermano preparaba su viaje para ir a curar a la princesa enferma. Él también había cogido una manzana de cada uno de sus hermanos y las había metido en una cesta antes de emprender la marcha hacia el palacio real.

Él también encontró en el oscuro bosque a la anciana, que le dijo dulcemente:

—Buenos días, hijo mío, ¿qué llevas en la cesta? ¿Champiñones?

El joven respondió con rudeza:

—Nada de champiñones, curiosa abuela, mi cesta está llena de escorpiones y serpientes.

—Bueno, bueno, tu cesta esta llena de serpientes y escorpiones —replicó en tono severo la anciana, y siguió su camino.

Cuando el segundo hermano llegó ante el palacio real, pidió que le condujeran inmediatamente al aposento de la princesa, para la cual llevaba manzanas milagrosas.

—Enséñame las manzanas que traes —dijo el guardián cogiendo un palo para echar a aquel joven que curiosamente tanto se parecía al que había venido poco antes.

El segundo hermano levantó la tapa de la cesta y se quedó estupefacto: ¡la cesta estaba llena de serpientes de todas clases, así como de escorpiones!

—Yo te enseñaré a tomar en serio a un guardia real —gritó el guardián amenazando al segundo hermano con el palo para echarle del palacio.

Por fin, el hermano pequeño quiso asimismo probar suerte. Cogió las manzanas de su arbolito, las metió en una cesta y siguió el camino que conducía al palacio real.

En el negro bosque encontró a la anciana y la saludó respetuosamente:

—¡Buenos días, abuela! ¿Es éste el camino que lleva al palacio real?

—Sí, sí, hijo mío, vas por buen camino. Y dime, ¿qué llevas en la cesta?

—Llevo en la cesta manzanas milagrosas que he cogido del árbol de la salud, abuela —respondió el joven.

—Muy bien, muchacho, buen viaje y mucha suerte —le deseó amablemente la anciana, y siguió su camino.

Cuando el hermano pequeño salió del bosque, llegó a un río. Mientras avanzaba por la orilla del río, vio no muy lejos de él un gran salmón plateado que se debatía en la orilla. Probablemente, una gran ola le había lanzado a tierra y estaba a punto de morir.

—¡Ay, pobre pez! —dijo el joven compadecido, y le ayudó a volver a las aguas profundas del río.

Cuando lo hubo hecho, el salmón sacó la cabeza a la superficie del agua y le dijo con voz humana:

—Te agradezco que me hayas salvado la vida, intentaré recompensarte. Cuando me necesites, llámame y acudiré en tu auxilio.

El joven siguió su camino y, de repente, distinguió en el sendero algo extraño: un viejo cuervo luchando a vida o muerte contra un enjambre de abejas. Seguramente si la batalla continuaba ganarían las abejas, aunque el cuervo al defenderse mataba a muchas con su enorme pico.

—¡Abandonad esa lucha insensata! ¡Vais a mataros mutuamente! ¡Que cada uno siga su camino! —exclamó el joven, y, muy sorprendido, vio cómo las abejas y el cuervo se separaban.

Cuando las abejas y el cuervo se separaron, unas y otro le desearon buen viaje y le prometieron su ayuda en caso de que la necesitara. Bastaría con pensar en ellos para que acudieran en su auxilio.

Poco después, el hermano menor llegó ante el palacio real.

—¿Tú también traes las manzanas de la salud? —le preguntó el guardián con gesto receloso.

—Sí —respondió el joven—, traigo unas manzanas que devuelven a la gente la salud. ¡Pruébalas tú mismo, si quieres!

Abrió la cesta e invitó al guardia real a que eligiera una de las preciosas y rojísimas manzanas.

El soldado eligió una y cuando la hubo comido se sintió joven, fuerte y alegre, como si hubiera rejuvenecido varios años.

—Verdaderamente son manzanas milagrosas —dijo, muy contento—. Ven conmigo: te conduciré directamente al aposento de nuestra princesa enferma y espero que tus manzanas le devuelvan la salud.

Junto a la cama de la princesa, el rey estaba sentado, muy triste, con la cabeza entre las manos. El guardián anunció que traía a un joven que llevaba en su cesta manzanas milagrosas que procedían del árbol de la salud.

La princesa cogió una manzana y la comió, y pudo levantar la cabeza. Comió una segunda manzana y pudo sentarse en la cama; entonces rápidamente se comió la tercera, bajó de la cama y bailó de alegría por la habitación.

El rey se puso tan contento que no ocultó su emoción, y lágrimas de alegría rodaron por sus mejillas. Cuando se hubo calmado un poco, abrazó al joven, que le gustaba mucho, y dijo a la princesa:

—Ahora, hija mía, vamos a preparar tu boda con este joven que te ha salvado la vida. Te casarás con él y yo le daré la mitad de mi reino.

Pero la princesa era muy orgullosa y la idea de casarse con un campesino no le hacía mucha gracia. Se lo dijo a su padre. Pero el rey no quiso escucharla:

—Prometí tu mano y la mitad de mi reino a quien te curara, ¡debo cumplir mi palabra de rey!

—Pero, padre, quiero un hombre que sepa hacer algo más que coger manzanas —explicó la princesa.

—Hija mía, no sabes si este hombre puede hacer también cosas importantes. Hasta ahora te ha curado, y sabes perfectamente cuántos grandes sabios no lo han conseguido...

—De acuerdo, padre. Si ese joven me trae la sortija de oro con diamantes que perdí hace siete años en el mar, sabré de lo que es capaz y me casaré con él.

El rey, a disgusto, dio su conformidad. ¿Qué otra cosa podía hacer con una hija tan caprichosa?





El muchacho se fue a la orilla del mar para buscar la sortija perdida.

Se sentó en una roca y reflexionó: ¿cómo se las iba a arreglar? Entonces se acordó del salmón y le pidió que acudiera en su auxilio.

La superficie del mar se rizó y de repente apareció la cabeza del pez, y el salmón preguntó al joven qué quería. Éste le dijo:

—Hace siete años, la princesa perdió su sortija de oro y diamantes en el mar y quiere que la encuentre. ¿Puedes ayudarme?

—Con mucho gusto, espera un poco —respondió el salmón, y desapareció en el mar.

Poco después, la cabeza del pez emergió en la superficie, pero esta vez llevaba en la boca la sortija de oro y diamantes.

El joven dio las gracias al salmón, cogió la sortija y corrió al palacio. Entregó la sortija al rey, y éste dijo a la princesa:

—Prometí tu mano al que te curara. Tú, por tu parte, prometiste que te casarías con el que te trajera la sortija que habías perdido. Aquí la tienes.

Pero la princesa no se quedó satisfecha, lloró y amenazó al rey con caer de nuevo enferma. El rey no quería ceder esta vez, pero la princesa suplicó tanto que aceptó encargar al joven otra tarea que cumplir. La princesa pidió entonces al muchacho que construyera para ella un bello palacio, tan magnífico y tan grande como el de su padre. El palacio tenía que ser de cera y brillar al sol como si se hubiera hecho de oro puro. Y en el plazo de tres días.

El rey transmitió tristemente al joven el deseo de la princesa y le dijo:

—Ya sé, muchacho, que es imposible de realizar, pero no te preocupes: a pesar de todo te daré la mitad de mi reino y encontrarás una esposa mejor que mi orgullosa hija.

Pero el joven estaba más interesado en la orgullosa princesa que en la riqueza. Respondió al rey:

—Majestad, lo quiero todo o nada. Si no logro cumplir el deseo de la princesa, no quiero absolutamente nada.

Estas palabras complacieron enormemente al rey:

—Te deseo mucha suerte, muchacho —le dijo amablemente.

El joven salió del palacio, se sentó en la hierba y se puso a pensar en lo que iba a hacer. Se acordó entonces que las abejas le habían ofrecido su ayuda. Inmediatamente, un enjambre de abejas revoloteaba sobre su cabeza.

—¿Qué podemos hacer por ti? —le susurró suavemente al oído la reina de las abejas.

El joven explicó lo que la princesa le pedía.

—No es nada del otro mundo —le tranquilizó la reina de las abejas—. ¡Ve a acostarte tranquilamente y verás!

A la mañana siguiente, en medio del prado se erguía un magnífico palacio de cera, tan grande y hermoso como el palacio real. Brillaba al sol como el oro puro.

El rey y la princesa lo contemplaron por la ventana y admiraron el maravilloso castillo hecho con la cera de las abejas.

—Ahora ya no tienes ninguna excusa y te casarás con ese muchacho. Espero que te des cuenta de que ha hecho más que nadie —dijo con severidad el rey a la princesa.

Ella reconoció que el joven había hecho más que nadie, pero pidió que realizase una cosa más antes de casarse con él; esta vez sería de verdad la última.

El rey se puso furioso y amenazó a su hija.

Si ahora no mantienes tu palabra, ¡te echaré del palacio!

Al oír esto, la princesa se tumbó en la cama y fingió estar enferma. Y antes de que el rey se acercara a ella, los almohadones estaban empapados de lágrimas. Entonces el rey cedió y preguntó:

—Bueno, hija mía, ¿cuál es tu último deseo?

—Quiero que el muchacho me traiga la llama más vieja del infierno. Si logra traérmela, me casaré con él —dijo la princesa saltando del lecho.

Sin decir una palabra, el rey le dio la espalda y salió dando tal portazo que el reloj se cayó al suelo.

El rey buscó al joven y le comunicó el último deseo impuesto por la princesa.

—¿Sabes? —le confió al mismo tiempo el rey—, estoy enfadado; le he dicho que la echaré del palacio si te pide algo más.

—No os preocupéis, majestad —respondió el muchacho, recordando a su amigo el cuervo.

El cuervo es, como todo el mundo sabe, amigo del diablo desde siempre.

Llamó al cuervo y le confió lo que debía hacer.

—No tengas miedo —graznó el cuervo—, haré lo que pueda por ti.

Poco después el cuervo volvió. Llevaba en el pico la llama más vieja del infierno y se la entregó con cuidado al muchacho.

Éste le dio las gracias, cogió la llama y se fue inmediatamente hacia el palacio, al aposento de la princesa.

Pero como iba corriendo, la llama se fue haciendo más grande, hasta tal punto que le quemó la mano. Entonces, lanzó la llama directamente a las

rodillas de la orgullosa princesa.

Ésta se vio envuelta en humo, se puso a toser y sin duda hubiera muerto quemada. En el último momento se levantó y se lanzó precipitadamente a los brazos del joven rogándole que la salvara. Y él lo hizo con el mayor placer: apretó muy fuerte a la princesa entre sus brazos y no la soltó. Descubrió que la llama del infierno había consumido el orgullo de la princesa.

Y poco después se celebró una magnífica boda.

El rey dio la mitad de su reino al muchacho y la otra mitad a su hija, como dote. Y él se retiró al palacio de cera, donde vivió en paz hasta el fin de sus días.

## El secreto a voces

**U**N día un joven comerciante pasó por un pueblo. Como se hacía de noche, pidió a los habitantes de la casa más cercana que le albergaran. Le acogieron con mucha cordialidad, le dieron de comer y le preguntaron qué pasaba por el mundo. El joven contó cosas interesantes y todos se quedaron charlando hasta medianoche.

Los habitantes de la casa tenían un hija, Cerda, que estaba en edad de casarse. Hay que decir que era encantadora y, además, muy bonita. Por lo tanto, no es nada sorprendente que gustara en seguida al joven comerciante. Por la mañana, al despedirse de la hospitalaria familia, murmuró al oído de Gerda que muy pronto volvería y podrían casarse. Pero le pidió que no dijera nada a nadie: ¡era un secreto!

La muchacha se puso muy contenta con la proposición del joven comerciante. Le prometió guardar el secreto y no decir ni una palabra a nadie.

Tras la marcha del joven, se puso a preparar gachas de mijo para el desayuno de su padre, porque era su plato preferido para la colación de la mañana. Pero, por casualidad, al lado de la vasija que contenía el mijo se encontraba un recipiente lleno de ceniza que la madre había olvidado quitar. Y Gerda estaba tan sumida en sus pensamientos, que, en lugar del mijo, echó la ceniza en la leche hirviendo.

En ese momento, su madre entró en la cocina y descubrió que su hija había echado ceniza en la leche.

—Dios mío, ¿qué haces? ¿Por qué echas ceniza a la leche? —exclamó.

—¡Ay! Estaba pensando en otra cosa —se disculpó Gerda.

—¡Me gustaría mucho saber en qué pensabas para confundir el mijo con la ceniza! —le reprochó su madre.

—Créeme, mamá, no pensaba en nada malo. Imagínate que el joven comerciante que ha pasado la noche en nuestra casa, me ha prometido casarse conmigo cuando termine su viaje. Pero me ha pedido que guarde el secreto —confió Gerda a su madre.

—¡Es completamente natural, hija mía! Tan buena noticia merece ser guardada en secreto. Puedes contar conmigo: no diré nada a nadie —aseguró en voz baja la madre.

Y, por temor a que su hija volviera a equivocarse, acabó de hacer ella las gachas de mijo.

Gerda se fue a poner la mesa. Sobre este mueble, como de costumbre, había una enorme fuente de barro, boca abajo para protegerla del polvo. La muchacha dio la vuelta a la fuente, como había que hacer para poder servirse, y también puso en la mesa una cuchara para cada miembro de la familia. Luego, la madre llevó las gachas. Pero estaba tan pensativa, que no advirtió que la fuente ya estaba lista. Le dio la vuelta y echó las gachas.

El campesino, que entraba en ese momento en la habitación, vio cómo su plato favorito se deslizaba por el mantel y gritó, irritado, a su esposa:



—¿Qué haces? ¡Dios mío, mira! Me pregunto en qué estabas pensando.

—Dios mío, ¿en qué pensaba? ¡Pues en nuestra hija! Figúrate que el joven comerciante que ha pasado la noche en nuestra casa ha pedido a Gerda que se case con él. La boda se celebrará cuando el comerciante vuelva de su viaje. Pero, por ahora, ¡es un secreto! No hay que decir nada a nadie —recordó la campesina a su marido.

—Naturalmente, yo no soy un cotilla, ¿sabes? Puedo callarme cuando hace falta —respondió el padre, muy feliz con la noticia.

Comió con buen apetito y se fue a trabajar al campo.

Sus tierras se hallaban al lado del bosque y allí había dejado la víspera el arado. Cuando enganchó los caballos al arado, se quedó tan pensativo que ni siquiera advirtió que estaba enganchando los caballos al revés.

—¿Qué haces, amigo? —le gritó su vecino, que trabajaba en el campo de al lado—. Nunca he visto a nadie enganchar así los caballos para trabajar la tierra.

—Sí, es una tontería, pero han sido las mujeres de mi casa las que me han vuelto loco —dijo el campesino riéndose de su estupidez.

—Bueno, bueno, ¿y qué pasa en tu casa? —preguntó el vecino.

—De momento, nada, pero pronto pasarán cosas importantes. Imagínate que el joven comerciante que ha pasado la noche en nuestra casa se ha enamorado de mi hija y le ha pedido que se case con él. La boda tendrá lugar cuando haya terminado su viaje. Pero sólo te lo digo a ti: por ahora, ¡es un secreto!

—Sabes perfectamente que nosotros los hombres somos como tumbas, y más cuando se trata de tan gran secreto —le aseguró amistosamente el vecino.

Aquella noche todo el pueblo sabía que Gerda se casaría con el joven comerciante cuando acabara su viaje.

Unos días después, el joven comerciante volvió al pueblo. Cuantas personas encontró le felicitaron por haber elegido como mujer a una muchacha tan encantadora y tan bella.

Pero el joven se puso furioso al comprobar que Gerda no había sido capaz de guardar el secreto, y tomó la resolución de no casarse con una muchacha tan charlatana.

Ni siquiera se detuvo en casa de Gerda y pidió a otro campesino que le albergara. Usté también tenía una hija casadera, no tan bonita como Gerda, pero sí más rica.

El joven comerciante se quedó en casa del campesino durante tres días para conocer un poco mejor a la muchacha, y al cabo de los tres días decidió

casarse con ella. El padre preparó la boda e invitaron a todo el pueblo, menos a Gerda. Sin embargo, ella fue a la iglesia en el momento en que los novios esperaban la bendición ante el altar, se acercó al futuro marido y le murmuró al oído.

—¿Sabes? ¡Sigo confiando en ti!

Cuando los recién casados volvieron a casa, después de la ceremonia, la novia preguntó:

—¿Qué te ha dicho Gerda en la iglesia?

—Pues me ha dicho que seguía teniendo confianza en mí. Pero ¿de qué puede servirme! Yo ya no tengo confianza en ella, porque desgraciadamente es demasiado charlatana —suspiró el recién casado pensando en la hermosa muchacha.

—¡Naturalmente! Ella nunca ha sabido guardar un secreto. Como acabas de decir, es una charlatana —añadió la recién casada riendo.

—Pero tú no eres así, ¿verdad? —dijo el joven.

Entonces la esposa empezó a presumir de sus virtudes.

—¡Claro que no! Yo no digo nada a nadie, sobre todo si se trata de mí, pero a ti puedo revelarte que ya he tenido varios novios.

—¿Ah, sí? —dijo el marido asombrado.

La recién casada se echó a reír:

—Ahora, después de la boda, puedo contártelo todo. Aunque, sinceramente, no puedo decirte con exactitud cuántos novios he tenido hasta hoy... Cinco, seis, quizá más. No tiene importancia, a todos les he matado de tristeza...

—¿Cómo? —se sorprendió otra vez el comerciante—. ¿Y dónde están?

—¿Que dónde están? Los enterré en el jardín, uno tras otro.

Las palabras se escapaban de boca de la muchacha, pero añadió inmediatamente:

—¡No tengas miedo! ¡Lo hice por la noche y nadie lo sabe!

El joven se quedó horrorizado y abandonó la habitación, declarando a su sorprendida esposa:

—No esperaré a morir de tristeza, ¡me voy ahora mismo!

Fue a casa del cura, le explicó todo y le pidió que anulara su matrimonio con una mujer que mataba de tristeza a sus novios.

El cura se quedó sorprendido, movió la cabeza, luego cogió la pluma y anuló el acta de matrimonio. Y el comerciante quedó libre.



Un seguida pidió a Gerda que se casara con él...

—Prefiero una mujer sincera que no puede guardar un secreto a una mujer que no dice nada, pero de la que nunca se sabrá lo que oculta —afirmó el joven comerciante.

Y los dos vivieron juntos y fueron muy felices. Tuvieron muchos hijos que fueron inteligentes como su padre y guapos, aunque un poco charlatanes, como su madre.

# El desmemoriado

**E**N una aldea lejana vivían una pobre viuda y su hijo. Éste era un buen muchacho, pero no muy inteligente.

Lo olvidaba todo, no se le podía confiar ninguna tarea ni mandar a ninguna parte.

Una vez la viuda quería cocer pan, pero se dio cuenta de que le faltaba la harina. «Es tan sencillo que puedo encargárselo incluso a mi hijo», pensó, y le dijo:

—Ve al molino y tráeme dos celemines de centeno.

—Sí, mamá, en seguida —respondió su hijo.

—¡Pero no lo olvides! ¡Dos celemines! Creo que lo mejor será que lo repitas durante todo el camino hasta el molino —le recordó su madre.

—No temas, mamá, lo repetiré sin parar —prometió el joven, y cogió el camino del molino, diciendo en voz alta:

—Dos celemines de centeno. Dos celemines de centeno. Dos celemines de centeno...

Llegó a un campo donde un campesino sembraba centeno. Cuando oyó lo que el joven repetía sin cesar se puso furioso y le dijo bruscamente:

—¿No puedes callarte, idiota? ¿Cómo que dos celemines de centeno? ¡En este campo cosecharé por lo menos siete quintales de centeno! Toma, para que te acuerdes de que no te debes burlar de las personas mayores —y dio al joven una bofetada.

—¿Qué debo decir para no molestarle? —preguntó el joven frotándose la mejilla, que se le había puesto colorada.

—Para que la cosecha sea buena, hay que decir: ¡más, Dios mío; más, Dios mío! —le explicó el campesino, ya satisfecho, y volvió a su trabajo.

Como el joven no daba mucha importancia a lo que decía, siguió su camino repitiendo en voz alta:

—¡Más, Dios mío! ¡Más, Dios mío!

Llegó a una granja donde los mozos estaban eliminando las ratas y los ratones. Cuando oyeron lo que el joven repetía, pensaron que se burlaba de ellos y que les deseaba que hubiera más ratas y ratones. Se acercaron y dieron una somanta de palos al muchacho mientras gritaban furiosos:

—¡Muchacho perverso! ¡No es nada amable que te burles de las personas honradas!

—¿Qué debo decir para contentaros? —preguntó el joven, llorando.

—Debes decir: ¡que el diablo los lleve! —respondieron con una sonrisa y continuaron su trabajo.

El joven siguió su camino y, para no olvidarlo, repitió en voz alta:

—¡Que el diablo los lleve! ¡Que el diablo los lleve!

Más tarde encontró un cortejo fúnebre: el de un anciano y una anciana que habían muerto el mismo día. Cuando la gente del cortejo oyó lo que el joven decía le cogieron y le pegaron. Y después le regañaron:

—¿No te da vergüenza, bribón, desear a los muertos esa suerte?

—¿Que debo decir para que no os enfadéis? —preguntó, con los ojos llenos de lágrimas, el muchacho.

—Debes decir: ¡que Dios les acoja en su seno! ¡Que Dios les acoja en su seno!

El joven siguió su camino y llegó a una granja donde se celebraba una boda. El novio y la novia subieron a un faetón para dirigirse a la iglesia.

Cuando los invitados de la boda oyeron lo que el joven repetía sin cesar, se pusieron furiosos. El propio novio acudió y le tiró de los pelos gritando:

—¡No estamos muertos para que nos desees semejante cosa! ¡Eres un auténtico asno!

—¿Qué debo decir para que estéis contentos? —gimió el joven.

—Tienes que decir lo que se dice siempre en las bodas. Por ejemplo: ¡Alegrémonos! ¡Divirtámonos! —le aconsejaron los invitados de la boda y se fueron a la iglesia.

El muchacho no daba gran importancia a lo que decía; solamente quería que no le pegaran. Siguió su camino y repitió en voz alta:

—¡Alegrémonos! ¡Divirtámonos! ¡Alegrémonos! ¡Divirtámonos!

Poco después divisó un gran resplandor y, cuando se acercó, vio una casa quemándose. A su alrededor, mucha gente intentaba apagar las llamas por todos los medios.

Pero cuando oyeron las palabras del muchacho se precipitaron sobre él y le pegaron gritando:

—¡Cómo puedes, miserable, ante semejante desgracia gritar a la gente que se divierta!

—¿Qué debo decir? Nunca logro contentar a nadie —se quejó el muchacho.

—Debes decir: ¡que no haya viento! Porque si se levanta, el pueblo entero arderá —añadieron.

El joven siguió su camino y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Que no haya viento! ¡Que no haya viento!

Mientras gritaba estas palabras, llegó por fin al molino. Como el tiempo estaba en calma, el molinero no tenía más remedio que girar su molino de viento manualmente. Estaba muy cansado y cubierto de sudor. Cuando oyó los gritos del joven se enfureció, cogió el cinturón y empezó a pegar al pobre tonto.



—¡Eres malo, me deseas lo peor que puede ocurrirme!

El joven estalló en sollozos. Desde por la mañana no recibía más que golpes y tenía todo el cuerpo dolorido. El molinero le miró, le dio pena y preguntó con voz más amable:

—¿Adónde vas, en realidad?

—A su casa; mi madre me ha mandado a su casa —explicó el joven.

—¿Y por qué te ha mandado tu madre a mi casa? —preguntó el molinero.

Pero el muchacho había olvidado completamente la razón por la que había ido al molino. En vano intentó acordarse, pero realmente no sabía por qué se encontraba en el molino. Otra vez se puso a llorar.

—No llores, no sirve de nada. Vamos a intentar averiguar por que has venido aquí —dijo tranquilamente el molinero, y le preguntó con mucha paciencia—: Dime, ¿quién te aconsejó que gritaras que no hubiera viento?

—Unas personas que intentaban apagar un incendio —respondió rápidamente el joven, ¡porque se acordaba muy bien de la acogida que le habían hecho!

—Como ves —añadió el molinero—, lo vamos logrando. Y ahora indícame lo que decías cuando llegaste ante el fuego.

El muchacho se acordó también muy fácilmente:

—Decía: ¡alegrémonos!, ¡divirtámonos!

—¿Y quién te aconsejó que dijeras eso? —preguntó dulcemente el molinero para no romper el hilo de la memoria del joven.

—¡Los invitados de una boda! Recuerdo que el novio me tiró tan fuerte de los pelos que todavía me duele la cabeza.

—¿Y qué decías para que fuera tan malo contigo?

—Nada especial: ¡que Dios les acoja en su seno!

—No me extraña en absoluto que tu deseo irritara al novio —admitió el molinero—. ¿Y quién te había aconsejado que gritaras eso?

—¿Que quién me lo aconsejó? —preguntó con gesto pensativo el muchacho—. Pues las personas que participaban en los funerales de dos ancianos.

—¿Ves? ¡Tienes una memoria estupenda! —exclamó el molinero para animar al joven, y continuó:

—¿Y qué gritabas cuando encontraste el cortejo fúnebre?

—Gritaba: ¡que el diablo los lleve!

—¡Dios mío! ¿Y quién te enseñó eso? —preguntó de nuevo el molinero.

—Unos mozos que estaban eliminando ratas y ratones. Tampoco ellos fueron muy amables conmigo...

Pero el molinero no le dejó seguir y le hizo inmediatamente la siguiente pregunta:

—Y a ellos, ¿qué les decías?

—Espere, estoy tratando de acordarme —respondió dudando el muchacho—. ¡Ah, sí! ¡Ya me acuerdo! Cuando llegué a la granja, gritaba: ¡más, Dios mío, más!

—¿Y quién te inspiró tan piadoso deseo? —preguntó con mucha paciencia el molinero.

—Un campesino que sembraba centeno en un campo. ¡Fue el primero que me pegó! —explicó el muchacho.

Pero el molinero quiso saber en seguida:

—¿Y qué le dijiste al campesino para que se enfadara tanto y te pegara?

—¡Absolutamente nada! Ignoro por qué razón se enfadó. Me decía para mí: dos celemines de centeno, dos celemines de centeno... ¡Claro! —exclamó muy contento—, por eso he venido, porque mi madre me dijo: ve al molino y tráeme dos celemines de centeno. ¡Y no he olvidado lo que me ha dicho! ¡Por favor, déme dos celemines de centeno, porque mi madre me espera!

Feliz por haber podido hacer hablar al muchacho, el molinero le dio un saco que contenía dos celemines de centeno, y el joven volvió a su casa, donde su madre le esperaba:

—¿Ves, hijo mío, lo inteligente que eres? Estaba segura de que harías bien el recado —declaró con satisfacción, ¡encantada de que su hijo no fuera tan estúpido!

## El perezoso y la princesa

**P**ARA unos padres es una desgracia tener un hijo perezoso. Y esa desgracia ocurrió precisamente a una pobre viuda que tenía un hijo que se llamaba Lars. Lars era tan perezoso que todos los habitantes de la región hablaban de ello. Algunos compadecían a la pobre madre, otros se reían de él y afirmaban que un día le comerían las moscas, porque era demasiado perezoso para espantarlas.

En una ocasión, la madre le dijo a Lars.

—Hijo mío, hoy voy a lavar la ropa. Coge el caldero y tráeme agua del pozo.

—Bueno, sí, quería hacerlo, pero estaba descansando sentado en el fogón y, si debía ir a buscar el agua, tendría que bajar de él. ¿Es que, por una vez, no podría ir su madre a buscar el agua?

La madre tenía mucha paciencia, pero aquella respuesta la puso furiosa. Y Lars sabía que cuando su madre estaba furiosa era mejor obedecer.

Descendió del fogón, bostezó varias veces, cogió el caldero y se dirigió lentamente hacia la puerta.

Durante el camino pensó cómo haría para no verse obligado a llevar el caldero. ¡Pesaba tanto! ¡Y todavía pesaría más cuando estuviera lleno! ¡Si por lo menos el caldero tuviera piernas para caminar solo!

Para facilitar su trabajo, Lars echó a rodar el caldero por el camino, que estaba lleno de guijarros. Se formó tal estrépito que la princesa se asomó a la ventana para ver lo que pasaba. Vio a Lars, se echó a reír y le gritó:

—Date prisa, Lars, porque temo que el caldero se escape aunque no tenga piernas.

Lars se quedó con la boca abierta mirando a la princesa. Le pareció muy bella y quiso saludarla. ¡Pero que esfuerzo quitarse el sombrero con aquel calor!

—Cierra la boca, Lars, o tu corazón cogerá frío —se burló la princesa.

Sí, podía cerrar la boca, porque no suponía trabajo alguno. ¡Pero la princesa no debía mofarse de él!

Llegó al pozo, sacó el agua y vio a una rana nadando en el caldero.

—Por favor, Lars, échame otra vez al pozo —suplicó con voz llorosa la rana.

Quería hacerlo, ¡pero suponía tanto esfuerzo! “Que la rana se quede en el caldero; mi madre la sacará en casa”, pensó.

—Lars, si me echas al pozo, realizaré el deseo que quieras —prometió la rana.

—Un solo deseo, ranita, ¡es muy poco por el esfuerzo que supone para mí!

A la rana le asustó no lograr convencer al perezoso, y entonces le prometió cumplir tantos deseos como briznas de hierba hubiera bajo el sombrero que se le había caído de la cabeza. Y todo eso, sólo por echarla al pozo.

—Bueno, eso es otra cosa —replicó Lars.

Se sentó en el suelo y reflexionó largamente sobre su primer deseo. Esto le cansó mucho. Cuando estuvo bañado en sudor, lanzó un profundo suspiro, echó la rana al pozo, bostezó y comentó lo agradable que sería que el caldero tuviera sus propias piernas y pudiera volver solo a casa.

Cuando hubo expresado el deseo, al caldero le salieron largas patas de cigüeña y se fue solo a casa.

Lars cogió su sombrero y siguió al caldero. Éste andaba bastante rápido y, para no perderlo de vista, ató al asa el extremo de una cuerda que llevaba en la mano. Pero el caldero avanzaba cada vez más deprisa y Lars tuvo que correr. Muy pronto estaba tan cansado que metió el sombrero en el caldero.

La princesa, que le miraba por la ventana, se rió mucho cuando vio el extraño cortejo; entonces dijo a Lars:

—Lars, eres el más perezoso de los perezosos; debes sentirte como si fueras en una carroza. Salvo que, en lugar de caballos, ¡has enganchado un caldero!

—Serás tú la que te sientas como si fueras en una carroza —replicó Lars.

—Para mí no es nada sorprendente, porque estoy acostumbrada a pasear en carroza. Pero veo que el caldero lleva incluso tu sombrero. Sería mejor que te lo pusieras en la cabeza para no coger frío —bromeó la princesa.

Pero Lars respondió inmediatamente:

—¡Serás tú la que cojas frío si te pasas la vida asomada a la ventana!

—No tengas miedo, yo no puedo coger frío, porque tengo una corona de oro en la cabeza —repuso la princesa.

—¡Vaya cosa! ¡Una corona! Yo tengo el bolsillo lleno de coronas de oro —dijo Lars, y agitó la mano en el bolsillo, donde había metido unos guijarros.

La princesa sabía que mentía, porque era imposible que el pobre Lars poseyera oro.

—Eres un mentiroso y le diré a mi padre, el rey, que te burlas de mí...

—Pero si eres tú la que te burlas de mí —se defendió Lars.

La princesa siguió haciéndole rabiar:

—Hablas como un crío. ¿No desearías, por casualidad, tener un niño para que jugara contigo?

—A ti te deseo un niño —dijo furioso Lars, y se fue con el caldero a su casa.

Pero ocurrió una cosa extraña:

Un día, apenas un año después de la discusión de Lars con la princesa, ésta se despertó y vio a su lado en la cama un precioso niño durmiendo.

Naturalmente, causó un asombro general en el palacio:

—¿Sabéis la noticia? ¡Nuestra princesa tiene un bebé!

—El bebé está ahí, la madre también está ahí, ¿pero dónde está el padre?

—¿Pero cómo? ¿Dónde está el padre de este niño? —preguntó el rey, furioso.

La princesa contestó, llorando, que no lo sabía.

El niño creció de día en día, era cada vez más guapo, cada vez más fuerte y cada vez más sabio.

El rey ordenó que se buscara un marido para la princesa. ¡Tiene un hijo, necesita un marido!

Cuando el hijo de la princesa cumplió tres años tenía la sabiduría de una persona mayor. Ese día, el rey mandó que acudieran todos los hombres de su reino. Seguramente el principito encontraría entre ellos a su padre y aquel hombre se casaría con la princesa.

Una multitud invadió el palacio: gordos y delgados, altos y bajos, ricos y pobres, con el pelo largo o calvos. Acudieron a caballo, en carroza y a pie.

El perezoso Lars se quedó tumbado en el fogón y formuló diferentes deseos: estar bien peinado sin verse obligado a peinarse, que las moscas dejaran de molestarle sin tener que espantarlas y otras cosas parecidas.

Todos sus estúpidos deseos se cumplieron.



La madre, que preparaba la comida, empezó a regañarle:

—Es increíble, en un día tan excepcional, mi hijo ni siquiera abandona el fogón. ¿No vas a ir al palacio, perezoso?

—No, ¿por qué? —preguntó Lars.

—¿No sabes que el rey ha ordenado a todos los hombres del reino que se presenten hoy en el palacio? ¿Acaso esperas que sus guardias vengan a buscarte? —refunfuñó la madre.

—¡Bueno! Si no hay más remedio, iré al palacio —respondió Lars, y hacia allí marchó lentamente.

Cuando el rey le vio llegar, llamó a su maestro de ceremonias:

—Ya podemos empezar. Creo que ha venido todo el mundo, porque estoy viendo ante la puerta del palacio a Lars el perezoso, que siempre y a cualquier parte llega el último.

Sonaron los clarines y empezó el desfile. Dividieron a los hombre según sus cualidades: en el primer patio, los nobles; en el segundo patio, los burgueses y los campesinos; en el tercer patio, la gente corriente, los pescadores y los demás.

Luego, el rey puso una manzana de oro entre las manos del principito y ordenó con voz grave:



—¡Mira bien a estos hombres! Cuando veas a tu padre, le das esta manzana.

El niño atravesó el primer patio, pero no se detuvo ante nadie. A continuación cruzó el segundo patio mirando atentamente a todos los reunidos, pero su padre tampoco estaba allí. Atravesó el tercer patio también sin éxito. Pero de repente vio a Lars al fondo del patio, apoyado en una pared para no caerse, con las manos en los bolsillos.

El niño corrió hacía él y le dio sonriendo la manzana de oro. Lars sacó lentamente una mano del bolsillo, cogió la manzana y la guardó bajo la camisa.

Hubo un tremendo alboroto en el patio; unos gritaban, otros se lamentaban dispuestos a atacar a Lars, otros se reían. Pero al final todos le envidiaron.

—Mirad, ¡el más perezoso del reino se casará con la princesa! ¡Qué suerte! Y el rey tendrá un buen yerno. ¡Ja, ja! —se oyó por doquier.

Al enterarse el rey de lo que pasaba, sintió haber deseado casar a la princesa con el padre del niño. Pero no había imaginado que pudiera ser Lars... ¡Ay!, la palabra real es irrevocable. Cuando aquel perezoso se casara con su hija, que se fueran inmediatamente los tres para que no les volviera a ver nunca más...

Ordenó que metieran a Lars, a la princesa y al principito en una barca y que les echaran al mar. Que navegaran hasta donde quisieran o que se los tragase el mar, ¡peor para ellos!

La cruel orden se ejecutó inmediatamente y los tres se encontraron en medio del mar. Las olas sacudieron la frágil embarcación y, hacia medianoche, se levantó el viento del norte. Así pasaron la noche y llegó la mañana. El niño temblaba de frío, la princesa lloraba en silencio, sólo Lars permanecía tranquilamente tumbado en el fondo de la barca, aunque advirtió con sorpresa que era la primera vez que navegaba por el mar.

—¿Qué vamos a hacer, Lars? —preguntó desesperada la princesa.

—Sí, a mí también me gustaría saber lo que vamos a hacer —replicó Lars.

—¿No crees que habría que remar? Podríamos acercarnos a la orilla —dijo la princesa llorando.

—¿Remar? ¿En qué dirección? ¿Dónde está la tierra? Es un trabajo completamente inútil. Seguro que el mar nos conduce a algún sitio —concluyó Lars.

Aquel día el niño lloró de frío, la princesa también lloró, pero Lars no hizo nada.

Además, ¿por qué preocuparse? Tampoco la situación era tan terrible.

—Pero haz algo, o di algo, perezoso, más que perezoso. ¿Piensas quedarte así hasta el fin del mundo? —exclamó la princesa por la noche.

Naturalmente que tampoco él quería seguir así. Ya empezaba a estar harto de tanto mar y deseó encontrar tierra firme.

Nada más expresar ese deseo se encontraron los tres en una hermosa isla donde las casas eran maravillosas y la gente amable.

La princesa se quedó sorprendida de la facilidad con que se cumplían los deseos de Lars. Y, como era buena y prudente, le besó, le sonrió amablemente y le preguntó:

—Mi querido Lars, ¿nunca has deseado convertirte en un hombre como los demás? ¿Prefieres ser tan perezoso que todo el mundo se burle de ti?

—¡Sí que me gustaría ser un verdadero hombre!

Y recordó que había sufrido cuando la princesa se había burlado de él en aquella ocasión que siguió al caldero con patas.

Pero apenas había expresado el deseo se sintió completamente transformado. Se convirtió en un verdadero hombre, incluso más alto y más guapo.

Entonces la princesa le aconsejó que deseara un palacio con sirvientes, carrozas, caballos, soldados y bonitos vestidos.

En un instante, vieron muy cerca de la orilla del mar un magnífico palacio con tejados de oro que brillaban al sol. Y, además del palacio, cuanto Lars había deseado.

A la mañana siguiente, el viejo rey, que no había podido dormir en toda la noche porque no tenía la conciencia tranquila después de haber echado a su hija y al principito del palacio, fue a dar un paseo por la orilla del mar. Esperaba encontrar la barca y sus ocupantes.

Pero de repente descubrió frente a él una isla y en ella un hermoso palacio con tejados de oro. ¿Era un milagro? Juraría que la tarde anterior la isla no existía en aquel lugar.

Se puso las gafas de oro para ver mejor: a menos de tres leguas había una isla con un magnífico palacio.

El rey creyó que estaba soñando. Llamó a la gente de la corte y también ellos se quedaron sorprendidos.

—Es obra del diablo —exclamó el bufón—. ¡Estoy seguro de que ayer no había nada!

Pero el rey, curioso por conocer la extraña isla, ordenó que le prepararan un barco con los mejores marinos y él mismo tomó el mando. Cuando la embarcación llegó a la isla, el rey vio un cordón de soldados que iba desde el puerto hasta el palacio. Esto le gustó enormemente. Pero cuál fue su sorpresa cuando, ante el palacio, distinguió a su hija y a Lars que le esperaban, vestidos con magníficos trajes. La princesa se puso de rodillas y pidió perdón para ella y para Lars.

Contó a su padre todo lo que había pasado y cómo fue castigada por haberse burlado del perezoso Lars. Pero, como Lars había cambiado completamente, quería casarse con él.

Lars se arrodilló junto a la princesa y pidió al rey que les diera su bendición.

—Todo se ha arreglado —dijo el rey reconciliado.

Luego, mandó buscar a la reina y se celebró una gran boda.

—A pesar de todo, el mundo está bien hecho —dijo con satisfacción la madre de Lars al volver de la boda de su hijo, en la carroza real.

Un día, el viejo rey murió y Lars ocupó su lugar. Sus súbditos le quisieron, porque era un hombre justo y bueno. Los perezosos eran los únicos que no le amaban demasiado, porque jamás les dejó tranquilos.

## El carro de huevos

**E**STA historia ocurrió en la época en que la gente vivía todavía en paz y amistad con los seres extraordinarios, como los gigantes, los enanos, las hadas y los magos; éstos no les hacían daño nunca; al contrario, ayudaban a la gente de buena voluntad.

En esa época, un campesino encontró a su amigo el troll en un pequeño albergue en el lindero del bosque. Se reunían de cuando en cuando, porque a los dos les gustaba beber cerveza y comer carne de jabalí. Aquel día, mientras charlaban, bebían y comían, como siempre, se pusieron a discutir, como siempre, por la misma razón.

El troll decía que no existía ningún hombre en el mundo entero que no se viera obligado a escuchar la opinión de su mujer.

Su amigo le contradijo con obstinación.

—¡No! ¡No! Hay muchos hombres que son verdaderos jefes en el seno de su familia. Si quieres, te traeré un día a un hombre de ese tipo.

Aquella terquedad molestó al troll. Entonces dio un golpe tan fuerte en la mesa que la cerveza se cayó, y exclamó:

—Veo que no estarás contento hasta que no hayas encontrado a un hombre de esa clase. ¡Ve a buscarle, testarudo! Pero te lo advierto, ¡el camino que tendrás que hacer será largo!

—No tengas miedo, pronto te traeré a un hombre que no obedece a su mujer —bromeó el campesino.

—Ya veremos —respondió el troll—, pero, a pesar de todo, voy a darte un consejo. Mañana engancharás tus dos caballos al carro. Llenarás el carro de huevos y te marcharás. Cuando encuentres al hombre que sea realmente el jefe de su familia, le darás un caballo. Pero lo normal será que encuentres hombres gobernados por su mujer. A todos esos hombres, como premio de consolación, les darás un huevo. Te aconsejo que hagas lo que te he dicho.

El campesino no quiso enfurecer a su amigo el troll y prometió obedecerle.

A la mañana siguiente enganchó los dos caballos, uno tordo y otro negro, al carro lleno de huevos frescos, chasqueó el látigo y se puso en marcha de buen humor. Recorrió el mundo y preguntó en diversos pueblos, ciudades y aldeas: ¿quién manda realmente en la familia?

Repartió casi todos los huevos, pero seguía teniendo los dos caballos. ¡Le fue imposible encontrar un hombre que fuera un verdadero jefe de familia!

Pero un día —era jueves por la tarde— se detuvo ante una granja y creyó que por fin había encontrado al hombre que buscaba desde hacía tanto tiempo.

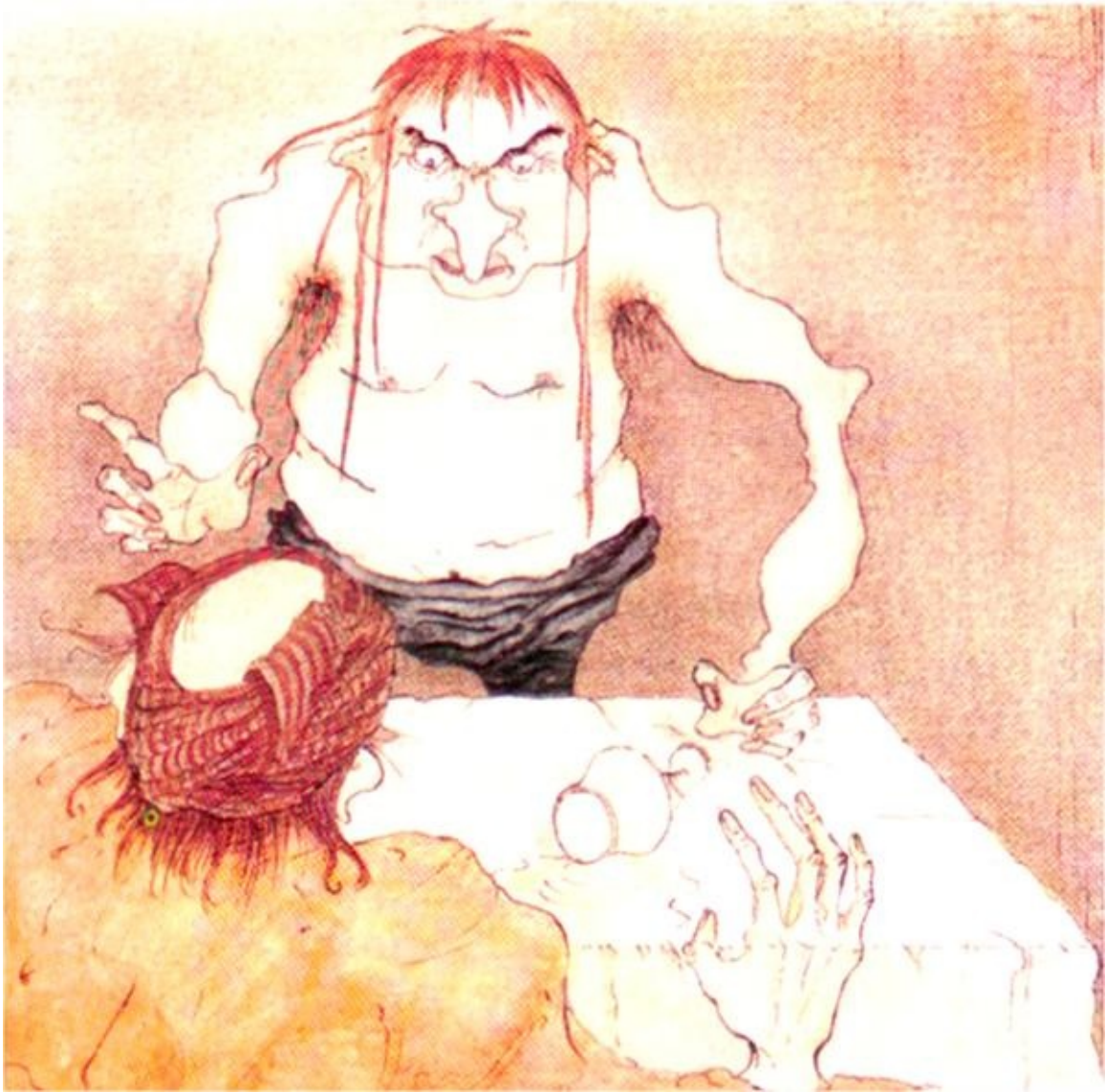
Era un individuo de buen aspecto y su voz autoritaria se oía por doquier: en el patio, en el granero, en los campos, en el corredor y también en el huerto. Daba órdenes, dirigía los trabajos y todo el mundo obedecía sin rechistar.

«Éste es el hombre que busco, se dijo el campesino con satisfacción. Es un hombre capaz de dirigir un regimiento entero de soldados. Sólo me falta comprobar si también le obedece su mujer». Entonces pidió a la mujer que le albergara para poder verificar con sus propios ojos si su opinión era justa.

También en el hogar parecía ser el hombre quien daba las órdenes.

Durante la cena no habló mucho, pero todo el mundo respetaba sus palabras.

—¡Retira esto! ¡No quiero comer aquello! ¡Dame la sal!... ¡Tráeme cerveza y que esté bien fresca, si no...!



Nuestro campesino estaba contento, porque vio que la mujer de aquel hombre obedecía siempre sin rechistar.

Se acostó satisfecho y pensó en lo que le contaría a su amigo el troll:

«Ya ves, he encontrado a un hombre que es el verdadero jefe de su familia».

A la mañana siguiente, el anfitrión y su mujer le acompañaron, y el campesino les dio las gracias por su hospitalidad.

—Habéis sido muy buenos conmigo —dijo por fin—; así que, granjero, elige uno de mis caballos como prueba de agradecimiento.

El hombre se quedó muy sorprendido e indeciso a la vez:

—Es..., es un regalo estupendo que no merezco. Pero si insistes, elegiré el caballo tordo.

En ese momento intervino su mujer:

—¿El tordo? ¿Y por qué no el caballo negro, imbécil?

Al principio el hombre no dijo nada y luego asintió, convencido:

—Tienes razón, mujer, elegiré el caballo negro.

El campesino se puso muy triste, se acercó al carro y, sin decir palabra, dio al sorprendido granjero uno de los huevos que le quedaban.

Subió al carro y emprendió el largo camino de vuelta.

Cuentan que en nuestros días el campesino sigue recorriendo el mundo buscando a un hombre que dirija solo su familia.

No hace mucho se le vio en un pueblo de pescadores. No le quedaban más que treinta huevos, pero seguía teniendo los dos caballos: el tordo y el negro.

# El barril inagotable

**E**N una granja, no muy lejos de Roskuld, vivía un hombre. Se llamaba Peter Andersen. Detrás de su casa había una verde colina que, aparentemente, no tenía nada extraordinario. Pero la gente que pasaba cerca de ella oía a veces golpes muy fuertes.

—La montaña cruje —decían.

Y se iban lo más deprisa posible, ¡porque nunca se sabe! Pero ignoraban que en la colina vivían unos hombrecitos muy trabajadores: los trolls de la montaña, que durante el día, con pequeñas linternas, extraían la piedra.

Ni siquiera el campesino Andersen sabía nada de sus vecinos y nunca les había visto. Hay que precisar que los trolls jamás salían durante el día y los vecinos jamás salían por la noche: ¡sobre todo en semejante lugar! Un hombre honrado duerme por la noche y no se dedica a pasear por las colinas.

Una vez, el ruido en la colina fue especialmente fuerte. Los trolls celebraban una boda y, naturalmente, como en todas las bodas, bebieron mucho y comieron hasta hartarse. Pero hacia medianoche se dieron cuenta de que se les había acabado la cerveza. Miraron de nuevo los barriles, pero estaban vacíos. ¿Qué hacer? Todavía era un poco pronto para terminar la fiesta.

—Intentaré solucionarlo —dijo un troll, y se dirigió hacia la granja más cercana.

Los habitantes de la granja dormían y todo estaba oscuro. Pero el troll no dudó mucho rato y llamó ligeramente a la primera ventana. Por casualidad era la habitación donde dormía el campesino. Cuando éste oyó el ruido, saltó de la cama, abrió la ventana y exclamó:

—¿Quién es? ¿A quién lleva el diablo tan tarde en la noche?

—No te enfades, Peter Andersen. Me he permitido despertarte porque celebramos una boda y nos hemos quedado sin cerveza —explicó amablemente el troll—. ¿No podrías prestarme un barril de cerveza? Te lo devolveré inmediatamente después de la boda.

—Pero ¿quién eres? ¿Y dónde vives? —preguntó el campesino, todavía un poco adormilado.

—Soy tu vecino, el troll de la montaña, y vivo en la colina verde que está detrás de tu casa.

—¡Muy bien! Me alegro mucho de poder conocer a mi vecino. Pero estoy seguro de que si no hubieras necesitado cerveza, nunca hubiera tenido la posibilidad de verte. Ve a mi bodega y coge el barril que necesites —dijo amablemente Peter Andersen, luego bostezó y volvió a acostarse.

El troll eligió en la bodega un barril de cerveza y lo llevó a los invitados. Y la alegre fiesta continuó.



Unos días más tarde, a medianoche, el troll llamó de nuevo a la ventana.

—Soy yo, tu vecino, el troll de la montaña. Te traigo el barril de cerveza que me prestaste hace unos días. Lo he metido directamente en la bodega. Muchas gracias, te estoy muy agradecido.

—Bueno, bueno —dijo el campesino bostezando, y quiso cerrar la ventana, pero el troll continuó:

—Querido vecino, has sido muy amable conmigo; has sido muy amable al prestarnos el barril de cerveza y queremos recompensarte. El barril que te he traído es inagotable: puedes sacar cerveza sin parar y la cantidad que quieras, jamás se quedará vacío. Pero te lo advierto: nadie debe mirar dentro. ¡No lo olvides!

—¡Bueno, bueno, gracias! —dijo Peter Andersen, y, como estaba medio dormido, no se dio cuenta en ese momento de hasta qué punto era precioso el regalo que había recibido de los trolls de la montaña.

Desde entonces en la granja sólo se bebió cerveza de los trolls. Todo el mundo tenía derecho a probarla gratis. Y el tonel resultó realmente inagotable. El campesino y sus criados estaban muy contentos y a ninguno de ellos se le ocurrió jamás la idea de mirar en el interior.

Un día, el campesino contrató una nueva sirvienta. Trabajaba bien, pero era muy curiosa. En una ocasión, el campesino la mandó a buscar cerveza a la bodega y ella quiso saber cuánta quedaba todavía en el barril. Abrió la tapa, se asomó al barril y gritó horrorizada: el barril estaba lleno de sapos, lagartos y serpientes.

La sirvienta abandonó inmediatamente la bodega y fue a anunciar la mala noticia al campesino. Éste bajó a su vez a la bodega, para ver lo que había pasado: encontró el barril vacío. Se acordó entonces de lo que el troll le había aconsejado y se enfadó con la sirvienta. Pero no sirvió de nada, porque nunca más salió una sola gota de aquel barril.

# La piedra mágica

**A**NTAÑO vivía en un país lejano una muchacha delicada a la que llamaban la pequeña Metta. Al principio era guardadora de gansos y después se convirtió en pastora. Se ocupaba de un rebaño de ovejas a las que tocaba con su caramillo, según su humor, canciones alegres o tristes.

Un día, un príncipe inglés decidió ir a buscar esposa. Quería una princesa modesta, sincera, lista y amable. Y partió en su busca.

Cuando pasó junto a la pastorcita, le preguntó:

—Buenos días, Pequeña Metta, ¿cómo estás?

—Muy bien —contestó la pastora—, pero estaría mucho mejor si me casara con un hijo del rey inglés, porque dejaría de llevar harapos y tendría un precioso vestido de oro puro.

—Eso no ocurrirá jamás —dijo el príncipe inglés riendo.

—¡Claro que ocurrirá! —contestó tranquilamente Metta, y se puso a tocar para sus ovejas una alegre canción.

El príncipe siguió su marcha hasta el reino vecino. Allí encontró a una bella princesa, la pidió en matrimonio y la invitó a ir a ver su palacio para que supiera dónde viviría después de la boda. La princesa le prometió que iría y el príncipe inglés volvió satisfecho a casa.

Poco tiempo después, la princesa fue a visitar al príncipe inglés como había prometido. El camino pasaba junto al prado donde pacía el rebaño de ovejas de la Pequeña Metta.

La princesa se detuvo, saludó a la pastora y le preguntó:

—¿Cómo está el príncipe inglés?

—Está bien —contestó Metta—. Pero voy a decirte una cosa que seguramente ignoras. A la entrada de su palacio hay una piedra y, cuando se camina sobre ella, anuncia qué carácter tiene la persona. Te advierto que no se equivoca jamás.

—Pero ¿por qué me dices eso? —dijo la princesa sonriendo, y continuó su camino hasta el palacio.

El príncipe fue a su encuentro, la ayudó a bajar del caballo y la condujo al palacio. Pero cuando la princesa pasó sobre la piedra misteriosa, situada a la entrada del palacio, se oyó una vocecita muy dulce:

*Esta joven, lo saben todos,  
miente siempre, engaña a los bobos.  
Es tan tonta como bella,  
nadie hay más holgazana que ella.  
¡Oh, príncipe, la creerás,  
y tu reino y a ti mismo perderás!*

Cuando el príncipe oyó aquello, inmediatamente se le quitaron las ganas de casarse con la princesa. Le hizo una reverencia, le dio las gracias por haber venido y la envió a su casa.

Unos meses más tarde, el príncipe fue de nuevo a buscar esposa. Y otra vez pasó al lado del rebaño de la Pequeña Metta. La saludó alegremente:

—Hola, Pequeña Metta, ¿cómo estás?

—Bien —contestó Metta—, pero estaré mucho mejor cuando me case con un hijo del rey inglés. Hoy todavía voy harapienta, pero después de mi boda sólo me vestiré de oro puro...

—Pero eso no te ocurrirá jamás —dijo el príncipe inglés riendo.

—Claro que me ocurrirá —se obstinó en decir la Pequeña Metta, y se puso a tocar una alegre canción a sus ovejas.

En un país lejano encontró por fin el príncipe una princesa que le gustó: era bella, rica y aparentemente amable.



Y, una vez más, el príncipe le propuso que fuera a visitar su palacio antes de la boda. La princesa lo prometió y pronto se dirigió al palacio de su futuro

esposo para hacerle una visita.

Pasó junto a un hermoso rebaño de ovejas y gritó a la pastora:

—¡Eh, pastora!, ¿cómo está el príncipe inglés?

—Se que está muy bien —contestó Metta—, pero tú, ¿sabes que a la entrada de su palacio se encuentra una enorme piedra que, cuando se camina sobre ella, revela el carácter de la persona?

—No entiendo por que me dices eso —replicó la princesa, y siguió su camino hacia el palacio.

Cuando llegó al palacio, el príncipe fue a su encuentro para recibirla y la acompañó hasta la entrada. Pero cuando la princesa puso un pie sobre la piedra mágica, una vocecita declaró:

*Esta princesa es conocida  
por su crueldad retorcida.  
Sus palabras dulces como la miel  
ocultan un alma llena de hiel.  
¡Oh, príncipe, la creerás,  
y tu reino y a ti mismo perderás!*

El príncipe no deseaba una mujer de esa clase, hizo una reverencia a la princesa y le pidió que volviera a su país.

Durante cierto tiempo, el príncipe, decepcionado por sus dos fracasos, abandonó su proyecto de matrimonio.

«Debo de hacer algo mal, porque mi elección nunca es buena», se dijo.

Pero después de varios meses el palacio le pareció muy triste sin una presencia femenina, y se fue por tercera vez en busca de esposa.

Y pasó de nuevo junto a la pastora y le preguntó:

—Buenos días, Pequeña Metta, ¿cómo estás?

—Bien, pero estaré mucho mejor cuando me case con un hijo del rey inglés —contestó Metta—. Hoy todavía llevo la ropa hecha jirones, pero después de mi boda llevaré vestidos de oro puro.

—Bueno, bueno —dijo el príncipe inglés sonriendo—, puedes estar tranquila, porque eso no te ocurrirá jamás...

—Claro que ocurrirá —contestó tranquilamente la Pequeña Metta, y se puso a tocar una alegre canción para sus ovejas.

El príncipe buscó durante mucho tiempo y por fin encontró, en un país lejano, una princesa que quería casarse con él. Ella también fue invitada al

palacio del príncipe para que la piedra mágica le revelara si su futura mujer era buena y sincera.

Y la princesa fue. En el camino del palacio se cruzó con una pastora y le preguntó:

—¿Sabes, pastora, cómo está el príncipe inglés?

—Está bien —contestó Metta—, pero supongo que ignoras que, a la entrada del palacio, hay una piedra mágica que revela el verdadero carácter de las personas que andan sobre ella. ¡Y la piedra no se equivoca jamás!

—¡Entonces por esa razón echaron a dos princesas del palacio! —exclamó la tercera princesa.

—Sí, la piedra mágica reveló al príncipe su verdadero carácter, porque, realmente, eran malas —dijo la Pequeña Metta.

—Escucha, pastora —propuso la princesa—, ¿quieres que nos cambiemos de ropa? Así tendrás ocasión de visitar el palacio del príncipe inglés y yo, mientras tanto, guardaré tus ovejas.

Metta aceptó muy contenta, se vistió con el traje de la princesa, que le sentaba muy bien, y se fue hacia el palacio del príncipe.

Cuando el príncipe la cogió de la mano, se puso colorada de emoción. Y cuando pisó la piedra mágica, se oyó una vocecita:

*¡Esta muchacha es otra cosa!  
Como el agua clara, tiene alma de rosa.  
Modesta, franca y aplicada  
como de las leyendas el hada.  
¡Oh, príncipe, en ella creerás  
y la felicidad encontrarás!*

—Por fin encontré a mi futura esposa —se alegró el príncipe.

Enseñó el palacio a Metta, disfrazada de princesa, la invitó a comer y a beber y, al decirle adiós, metió entre sus cabellos una sortija de oro, tan hábilmente que la Pequeña Metta no se dio cuenta. Hizo aquello para estar seguro de que sería con ella con quien se casara. La fecha de la boda se fijó para el mes siguiente, con objeto de disponer de tiempo para preparar los aposentos, las flores y el banquete.

Cuando la Pequeña Metta volvió con sus ovejas, se puso otra vez su vestido y contó sinceramente lo que había pasado en el palacio. La princesa se puso muy contenta y se felicitó por habérsele ocurrido la idea de enviar a la

pastora al palacio en su lugar. Sabía que ella no tenía buen carácter, pero el príncipe inglés lo ignoraba, y muy pronto, gracias a su astucia, se casaría con él.

El mes pasó muy deprisa, todo estaba preparado para la boda y el príncipe se fue a buscar a su prometida.

Al pasar junto al rebaño de la Pequeña Metta, le preguntó:

—Buenos días, Pequeña Metta, ¿cómo estás?

—Estoy muy bien —contestó Metta—, pero pronto estaré mejor, porque me casaré con un hijo del rey inglés. Después de la boda, me quitaré los harapos y sólo llevaré vestidos de oro puro.

El príncipe miró atentamente a la Pequeña Metta y le pareció ver cómo algo brillaba en sus cabellos.

—Debes de tener una estrellita en el pelo, Pequeña Metta, a menos que sea un rayo de sol extraviado —dijo tiernamente el príncipe.

Se acercó a la bella pastora y miró más de cerca sus cabellos. Y se quedó muy sorprendido al ver que se trataba de su propia sortija...

Entonces comprendió que era la Pequeña Metta la que había pisado la piedra mágica, en lugar de la maligna princesa.

Y como las princesas le habían decepcionado tantas veces, decidió casarse con la Pequeña Metta, tan amable y tan buena... La llevó inmediatamente consigo al palacio.

Y así fue cómo se celebró la boda principesca y cómo se realizó el sueño de la Pequeña Metta, porque se casó con un hijo del rey inglés, y a partir de entonces no llevó sino vestidos de oro puro.

# FINLANDIA

## El aprendiz aventajado

**E**N un pueblecito lejano vivían un anciano y su mujer, que no tenían sino un único hijo. Desde la cuna le habían cuidado como a la niña de sus ojos, y cuando creció quisieron que aprendiera un oficio.

Día y noche, el viejo no hacía más que pensar en el asunto, hasta que por fin decidió llevar a su hijo al palacio para que trabajara como aprendiz. Allí habría oportunidades a porrillo, y si un oficio no le gustaba, podría elegir otro.

Una preciosa mañana, el anciano padre se puso la ropa de los domingos, mandó a su hijo que se vistiera su mejor traje y ambos partieron en dirección al palacio. Pero apenas habían llegado al bosque cuando, de repente, como si hubiera surgido de la tierra, un extraño hombrecillo se presentó ante ellos. Sus botas y sus botones brillaban tanto que obligaban a cerrar los ojos, pero tenía una cara muy negra en la que los ojos parecían brasas ardientes.

—¿Adónde llevas a este muchacho? —preguntó directamente al viejo, que respondió:

—Para que se coloque como aprendiz, señor, como aprendiz en el palacio...

—¿Por que en el palacio? Yo puedo enseñarle perfectamente un excelente oficio si quieres —dijo el desconocido sonriendo—. Pero dime, ¿qué oficio has pensado?

Estas palabras no gustaron demasiado al viejo, pero como estaba muy confuso, contestó precipitadamente:

—Herrero, quizá...

—Pues ya ves, ¡yo soy el mejor herrero en mil leguas a la redonda! ¡Precisamente la fragua la tengo aquí, en el bosque!

Dicho esto, el desconocido hizo un gesto con la mano, y en el mismo lugar donde un momento antes había unos pinos muy altos se veía ahora una herrería espaciosa en la que sonaban los golpes de la fragua y se veían brillar las llamas por la puerta abierta.

Al observar aquello, el viejo no dijo esta boca es mía. Aunque no estaba muy convencido, confió su hijo al herrero como aprendiz, y decidieron volver a encontrarse en el mismo sitio al cabo de cinco años. Entonces el anciano recuperaría al muchacho.

Hasta que no hizo el camino de vuelta, el viejo no se dio cuenta realmente de que jamás había habido una fragua en aquella parte del bosque. Quién sabe si aquel extraño herrero no era el propio Belcebú, que le había engañado con sus sortilegios... Rápidamente, el viejo dio media vuelta. Pero allí donde nunca había habido nada, nada había. Ni la herrería, ni el herrero, ni el hijo. ¡Como si se los hubiera tragado la tierra! Solamente se balanceaban las copas de los pinos, apuntando hacia el cielo.

No se podía hacer otra cosa sino esperar a que pasaran cinco largos años. Los dos pobres ancianos estuvieron a punto de morir de inquietud, de dolor, durante ese tiempo. ¡Cómo echaban de menos a su hijo!

Por fin llegó la víspera del día en que el viejo debía acudir al lugar convenido. De repente, salido de no se sabe dónde, un ovillo de hilo chocó contra el cristal de la ventana y rebotó. Antes de que hubiera tocado el suelo, su hijo querido salió de él.

—Papá, mañana cuando vayas a buscarme, el diablo no querrá devolverme —dijo—. Te enseñará doce palomos. Yo seré el tercero por la izquierda, ¡no lo olvides!

Dicho esto, se transformó otra vez en ovillo de hilo, y antes de que los viejos se hubieran recuperado de la sorpresa había desaparecido.

A la mañana siguiente, cuando el rocío comenzó a brillar con los primeros rayos del sol, el viejo se puso en marcha, y muy pronto estaba llamando a la puerta de la fragua. El diablo fue a abrirle, con gesto huraño.

—¡Ah! ¿Eres tú? —dijo fingiendo sorpresa—. Realmente, he estado a punto de olvidar que han pasado los cinco años. Pero, créeme, tu hijo no ha aprendido gran cosa del oficio de herrero. Es torpísimo, te lo aseguro. Sería mejor que me lo dejaras más tiempo.

Pero el anciano no cedió. La discusión fue tan acalorada que el diablo acabó por decir:

—Bueno, voy a devolvértelo. Pero para ello tienes que reconocerle. ¿Ves ahí, en el tejado, doce palomos en hilera? Si reconoces a tu hijo entre ellos, te lo devuelvo. Si no, se quedará conmigo para siempre...

El viejo levantó los ojos hacia los palomos. Había doce, en efecto. Entonces, siguiendo la advertencia de su hijo, dijo:

—¡Mi hijo es el tercero empezando a contar por la izquierda!



—Lo has adivinado —reconoció el diablo, perplejo. Pero el maligno se puso otra vez a discutir y acabó por declarar que el anciano había reconocido a su hijo por casualidad, y que había que hacer la prueba al día siguiente y al otro, si no, jamás se lo devolvería.

¿Qué podía hacer el pobre viejo? Muy triste, volvió a casa, esperando que el muchacho fuera otra vez a decirle lo que debía hacer.

No esperó en vano. El ovillo de hilo volvió, se transformó en su hijo y le dijo:

—El diablo te enseñará doce muchachos exactamente iguales, como gotas de agua. Yo seré el segundo por la derecha. ¡No lo olvides!





De este modo, el viejo pudo resolver el segundo enigma del diablo. Pero la víspera del día de la tercera prueba esperó en vano. No sabía que el diablo había encadenado a su hijo al yunque y no le había quitado ojo un solo instante.

Con el corazón contrito, el desdichado padre se dirigió a la fragua. Durante mucho rato, contempló los doce sementales que el herrero le presentó.

«¡Ninguno de ellos es mi hijo!». Esta idea le había pasado de pronto por la cabeza, y cuando la expresó, un relincho procedente de la cuadra le respondió.

De mala gana, el diablo trajo al decimotercero y último caballo.

—¡Aquí está mi hijo! —exclamó alegremente el anciano padre.

Y era verdad. El semental se transformó inmediatamente en su querido hijo tan llorado... Pero el diablo, enfadado, dijo:

—Por esta vez, has ganado. ¡Pero procura sacar provecho de lo que he enseñado a tu hijo!

Dicho esto, desapareció, y con él la fragua, como si la tierra se lo hubiera tragado todo.

El padre y el hijo se pusieron alegremente en marcha hacia casa. Mientras caminaban, de pronto oyeron disparos y el hijo dijo a su padre:

—Son los cazadores reales. Disparan a los urogallos. Me voy a transformar en un azor; ellos querrán comprarme. Véndeme por cien escudos. Pero no vendas la cadena que llevo al cuello...

El viejo no había tenido tiempo de responder y ya el azor estaba posado en su hombro. Apenas había dado algunos pasos cuando encontró la cacería. Una bandada de urogallos pasó por encima de su cabeza, pero los cazadores fallaban los disparos.

Entonces el azor desplegó sus alas, cogió altura, y muy pronto volvió y dejó los urogallos a los pies del anciano. Los cazadores le rodearon, gritando a cual más fuerte:

—¡Véndenos el azor! ¡Te lo pagaremos a buen precio!

—¿Por qué no? —respondió el viejo—. Por cien escudos es vuestro, pero sin la cadena. Me la quedo como recuerdo.

Entonces volvió a su casa muy contento: en un bolsillo sonaban los escudos, en el otro la cadena. ¡Pero qué alegre sorpresa cuando, al abrir la puerta, vio a su hijo sentado a la mesa y saludándole con una gran sonrisa!

Al poco tiempo de llevar una vida opulenta, los cien escudos se agotaron. Cuando gastaron las últimas monedas, el hijo dijo a su padre:

—Voy a transformarme en pájaro cantor y me llevarás en una jaula al palacio del rey. Allí me venderás por mil escudos, pero sobre todo ten cuidado de no vender la jaula; si no, nunca más volveremos a vernos.

El viejo hizo lo que su hijo le había ordenado. Cuando penetró por el portalón en el primer patio del palacio, el pájaro se puso a cantar, y trinaba tan bien que los que le oían no tenían más remedio que ponerse a saltar y bailar. Bailaron los guardias, los cocineros, los criados, los cocheros, los sastres e incluso el intendente con su gorda barriga... Al final, la princesa en persona fue, bailando, a asomarse a la ventana y, jadeante, llamó al anciano:

—¡Véndeme ese pájaro! ¡Te lo pagaré a buen precio!

Y, como la vez anterior, el viejo respondió:



—¿Por que no? Amable princesa, por mil escudos es vuestro, pero la jaula me la quedo como recuerdo...

Así se hizo. El viejo se fue con la suma de mil escudos, y la princesa se quedó con el pájaro cantor. Pero no por mucho tiempo. Cuando el viejo entró en su casa, su hijo estaba ya sentado a la mesa.

Se alegraron mucho, convencidos de que, a partir de entonces, todo sería muy fácil con tanto dinero...

Sin embargo, el anciano advirtió muy pronto que en el rostro de su hijo se reflejaba el abatimiento y la inquietud. En vano los padres le preguntaron lo que le ocurría, hasta que por fin les confesó:

—Languidezco de amor por la princesa, y mi tormento no cesará hasta que me case con ella...

Naturalmente, los dos ancianos sermonearon a su hijo. ¿Cómo un pobre campesino podía siquiera pensar en una alianza con la familia real? Le aconsejaron que eligiera una muchacha del pueblo, pues muchas le miraban con buenos ojos...

Pero eso no impidió que el hijo se mantuviera en sus trece, y, a la mañana siguiente del día en que había confesado su amor, se puso en camino hacia el palacio. Preguntó a los criados y supo que a la princesa le gustaba pasear por los alrededores de la fuente.

Fue corriendo hasta allí, y cuando vio llegar a la princesa se transformó en sortija de oro y saltó al agua haciendo *pluf*.

De lejos, la princesa vio brillar el objeto de oro en el agua. Sumergió el brazo para cogerlo y al ver que era una preciosa sortija, se la puso en el dedo. ¡Milagro! ¡Le estaba perfectamente, como si hubiera sido hecha para ella!

Muy contenta, la llevó durante el día y, al llegar la noche, cuando se retiró a sus aposentos, la sortija se transformó en un apuesto joven. Se lo contó todo a la princesa y le confesó su amor. Y como él también le gustó a ella en cuanto le vio, se juraron fidelidad y que guardarían para ellos solos el secreto de la sortija de oro.

Quién sabe cuánto tiempo hubiera permanecido en secreto el idilio si al cabo de algunos días el diablo no se hubiera acordado de su aprendiz perdido.

Consultó su libro de magia y leyó en él lo que pasaba. Le entró tal indignación que de las aletas de la nariz le salieron llamas y se dirigió al palacio.

—¡Te castigaré por tu osadía, miserable gusano! —rugía, mientras echaba chispas de tanto correr.

Al llegar ante el gran portalón del palacio se transformó en un rico comerciante, sacó un caballo de su mano izquierda, mulos cargados de mercancías, e incluso sirvientes que conducían la caravana.

Entonces se puso a gritar, para atraer la atención:

*Mercancías raras, paños, novedades,  
damascos y muarés, raso aterciopelado.  
Especias de Oriente,*

*remedios y ungüentos.  
¡La espada y el tahalí!*

Se abrió el portón de par en par, para que el comerciante pudiera entrar en el patio del palacio con su cortejo. Sin perder un instante, prosiguió su sonora letanía:

*Tengo para vosotras,  
gentiles damas y damiselas,  
maravillosas joyas:  
sortijas, broches, pendientes,  
para que estéis aún más bellas,  
oro, diamantes, platino y perlas.  
Atención, señoras y señores,  
¡la venta comienza!*

El diablo anunciaba tan bien su mercancía, que muy pronto los habitantes del palacio se habían reunido a su alrededor. Con el rabillo del ojo, se aseguró de que la princesa había acudido también.

Y como el diablo era un bribón empedernido, lo vendió todo a bajo precio. Al final, se acercó a la princesa.

—Para vuestra alteza tengo la joya más bella, una joya verdaderamente real —dijo haciéndole una reverencia y presentándole una sortija adornada con perlas y piedras preciosas tan resplandecientes que hacían daño a la vista.

—¿Y cuál es su precio? —preguntó la princesa.

—Poca cosa, alteza, os la cambiaré por la modesta sortija que lleváis en el dedo —dijo en tono obsequioso.

La princesa iba a despojarse de su sortija cuando, al primer contacto, se rompió en mil pedazos que se desparramaron por el suelo, como granos de trigo.

Inmediatamente el diablo se transformó en gallo y se dispuso a picotear los granos. Sin embargo, no se dio cuenta de que la princesa había escondido uno bajo el zapato. Cuando el gallo se acercó al pie de la princesa, el último pedazo de la sortija se transformó en azor y en un santiamén hizo trizas al gallo. Entonces, ante los ojos de la asistencia, que se había quedado muda de asombro, el azor se transformó en un apuesto joven. Ahora el montón de plumas del gallo se parecía a un mechón de pelos del diablo.

Poco tiempo después, la princesa y el muchacho contraían matrimonio y vivieron felices muchos años. Los dos viejos marcharon a vivir al palacio, y pasaron libres de penas y preocupaciones el resto de sus días.

## La grulla y el zorro

**E**L compadre zorro siempre fue muy astuto —eso ya se sabe—, pero no conseguía engañar a todo el mundo. Las dificultades mayores las tenía con los pájaros porque, al emprender el vuelo, escapaban a sus hambrientas fauces y se ponían a salvo.

Un día se dijo que debía aprender a volar para que los pájaros no se le escaparan. Entonces se puso a buscar a alguien que pudiera darle buenas lecciones de vuelo.

El invierno había sido crudo aquel año y, en primavera, cuando la grulla volvió de los países cálidos, todavía quedaba una gran capa de nieve en el suelo. A pesar de su largo pico, no conseguía encontrar con qué saciar el hambre. Estaba muy débil y fue precisamente entonces cuando conoció al compadre zorro, que le dijo:

—Al parecer no tienes qué meterte en el pico. Voy a alimentarte hasta que la nieve haya desaparecido y tú, en pago, me enseñarás a volar.

La grulla, muy contenta, aceptó la proposición y se alegró de poder comer al fin hasta hartarse.

Pero el zorro no hubiera sido zorro si no hubiera querido jugarle una mala pasada. Es verdad que cocinó una sopa tan sabrosa que a su invitada se le hizo la boca agua, pero puso un plato llano para los dos y, antes de que la grulla hubiera tenido tiempo de probar unas gotas, él solo se la bebió a lengüetazos...

La grulla comprendió inmediatamente sus intenciones, pero guardó sus reflexiones para sí. Cuando por fin el sol derritió toda la nieve, dijo a su compadre:

—Ya es hora de que te pague con la misma moneda, pues te has ocupado mucho de mí. Sube en mi lomo, vamos a volar...

El zorro no esperó a que se lo dijera dos veces. Muy contento, se instaló sobre la grulla, aunque con un poquito de miedo:

—¿No me caeré de esta altura?

—No te caerás, no temas, porque voy a enseñarte a volar —contestó la grulla riendo.

Desplegó las alas y se lanzó al aire.



Volaron alto, muy alto, altísimo en el cielo. Entonces la grulla volvió la cabeza y dijo a su jinete:

—Ahora vas a volar completamente solo, como sólo comiste la sopa que habías preparado para mí.

Con una gran carcajada, la grulla lanzó al compadre zorro al espacio y continuó el vuelo a gran velocidad. Pero el zorro no voló como un pájaro, sino que cayó y cayó como una piedra, justo en un agujero profundo que había en el río. Pasó un buen rato antes de que pudiera salir.

Loco de ira, empapado y dolorido, buscó a la grulla con la mirada. Pero ¿dónde estaba? Sin duda, en otro cuento...

## El oso y el zorro

**U**N día, durante la cosecha, un oso y un zorro fueron a ofrecer su ayuda a un campesino. A éste no le encantó la idea, pero como durante la cosecha cualquier ayuda es buena, aceptó el ofrecimiento.

Hay que decir que su trabajo no valía gran cosa. Con gesto altivo, el zorro se dedicaba a correr de un lado a otro, daba consejos a todo el mundo, siempre estaba buscando algo, ordenaba al oso que hiciera esto o aquello: ésa era su principal ocupación. En resumen, no hizo nada.

En cambio, el oso era un buen trabajador. No rechazaba ninguna labor. Pero, como era muy fuerte, hizo muchos destrozos. Por ejemplo, al poner el heno en el carro, lo cargó tanto que se rompió bajo el gran peso. En la casa aplastaba las sillas cuando se sentaba; otra vez se derrumbó al establo cuando cerró la puerta.

A pesar de ello, al terminar la cosecha el campesino quiso recompensarles por su trabajo y preguntó:

—¿Qué preferís: un saco de harina o un barrilito de mantequilla?

Todo el mundo sabe que los raposos son animales astutos. El zorro discutió tanto rato, que el campesino, cansado, acabó por darles la harina y la mantequilla. Entonces se despidieron de él.

El zorro ayudó al oso a ponerse el saco de harina a la espalda y le aconsejó que empujara el barrilito, porque él haría lo más importante: indicaría el camino de su casa. Cuando llegaron metieron la harina en la fresquera y la mantequilla en la bodega. Consideraron que aquellas provisiones les bastarían para pasar el invierno.

Un día, el zorro se dirigió a su compañero:

—¿Sabes la noticia, oso? El molinero acaba de tener un hijo y me ha invitado al bautizo; quiere que sea el padrino del niño...

—Sí, sí —replicó el oso—, ¡ya sé que en la región no puede pasar nada sin ti!

—Claramente, a alguien que siempre está refunfuñando, como tú, jamás le invitan a ninguna parte —dijo el zorro.

Al día siguiente fingió que se preparaba para ir al bautizo. Se peinó la blanca pechera, se rizó los bigotes, se cepilló la cola y se dirigió, orgulloso, al pueblo. Cuando se hubo ido, el oso se tumbó en el horno de pan para tener calor y se durmió. Pero el zorro no llegó muy lejos: pronto dio media vuelta y volvió a casa. Allí se deslizó suavemente a la bodega, abrió el barrilito que contenía la mantequilla y lamió, lamió la buena mantequilla.

Después volvió al bosque, durmió un poco al sol y por la noche volvió a casa.

—¿Qué tal el bautizo? —preguntó el oso.

—¡Maravilloso! ¡Y el banquete...! Los manjares nadaban verdaderamente en mantequilla —dijo el zorro relamiéndose.

—¡Bueno! —continuó el oso—, ¿cómo se llama el niño?

—Chupete —respondió el zorro.

—¡Qué nombre tan gracioso! —dijo el oso, y no preguntó nada más.

Después de cierto tiempo, el zorro tuvo otra vez ganas de comer mantequilla. Entonces dijo al oso:

—¿No has oído decir que el alcalde ha tenido un hijo? Mañana es el bautizo y me han invitado para que sea el padrino.

—¡Otra vez! —se sorprendió el oso—. ¡Ningún acontecimiento tiene lugar sin tu presencia!

El zorro sonrió, y al día siguiente, endomingado, se dirigió al pueblo. El oso se subió al horno de pan y se durmió.

Mientras tanto, el zorro dio en seguida media vuelta y pronto se estaba poniendo las botas en la bodega con el barrilito de mantequilla.

Por la noche, mientras descansaban tranquilamente en casa, el oso preguntó amablemente:

—¿Cómo ha resultado el bautizo? ¿Y la comida?

El zorro contestó, en tono malhumorado:

—Ha estado muy bien, pero los platos eran tan grasientos que no puedo ni ver la mantequilla...

—Vaya, vaya —dijo el oso asombrado—. ¿Y qué nombre han puesto al niño?

—Su hija se llama Golosina.

—¡Qué nombre tan curioso! —volvió a asombrarse el oso.

Unos días después, el zorro se preparó para ir al pueblo para participar en otro bautizo.

—¿De quién serás hoy el padrino? —preguntó el oso, que estaba preparando pan de centeno.

—¡Eres un poco curioso!, pero te lo diré a pesar de todo. Hoy seré el padrino del hijo del herrero.

El oso sacó del horno una hogaza de pan recién hecho y se la dio al zorro diciéndole:

—Toma, se la darás al recién nacido como regalo. ¡No debes ir con las manos vacías!

El zorro cogió la hogaza y se fue. Pero no hizo más que dar la vuelta a la casa y se deslizó en la bodega. Allí, puso mantequilla en el pan. Éste estaba todavía tibio y la mantequilla se derretía suavemente. ¡Qué bueno estaba! El zorro untó de mantequilla rebanadas y más rebanadas y pronto el barrilito quedó completamente vacío.

Después de aquel festín, el zorro se fue a dormir un poco al bosque y volvió por la noche tranquilamente a casa.

—¿Qué nombre le han puesto al joven herrero? —preguntó el oso.

—Zampabollos —contestó el zorro.



—¿Cómo? ¿Zampabollos? ¡Jamás había oído semejante nombre! —dijo el oso sorprendido.

Al día siguiente el oso bajó a la bodega porque necesitaba algo para preparar la comida. Entonces vio que la tapa del barrilito de mantequilla estaba en el suelo. La cogió y quiso tapar el barrilito. Pero advirtió, estupefacto, ¡que el barrilito estaba vacío!

Llamó al zorro, y cuando llegó, el oso le enseñó sin decir nada el barrilito vacío. El zorro chilló fuertemente y golpeó al oso con las patas:

—Has sido tú, gordo glotón, el que te has comido la mantequilla mientras yo estaba en los bautizos.

El oso se enfadó con el zorro, que se había permitido acusarle de robo. Se defendió enérgicamente diciendo que no había sido él quien se había comido la mantequilla, pero en vano. No logró convencer al zorro de su inocencia.

Y el zorro gritó y gritó, injurió al oso y le amenazó con ir a buscar al alcalde. Estupefacto, el oso repetía sin cesar:

—¡No he sido yo, has sido tú, no he sido yo, no he sido yo!

Después de cierto tiempo, el zorro se calmó y dijo al oso:

—Estoy seguro de que has sido tú quien se ha comido la mantequilla mientras yo iba a los bautizos. Sin embargo, como no quiero que me acuses de ser un ladrón, lo que sería vergonzoso, te propongo una cosa: haremos una prueba para ver cuál de los dos es un ladrón y cuál es honrado.

—¿Qué prueba quieres que hagamos? —preguntó, inquieto, el oso.

—Haremos un gran fuego y nos colocaremos los dos lo más cerca posible. La mantequilla se derretirá y goteará del cuerpo del que la ha comido y así descubriremos al culpable —explicó el zorro.

Como el oso tenía la conciencia tranquila, aceptó someterse a la prueba.

«Es una idea estupenda, espero que descubramos que no soy yo, y el zorro no tendrá más remedio que pedirme perdón», pensó.

Trajeron leña y encendieron un gran fuego.

—Acércate al fuego y pon el vientre ante las llamas —aconsejó el zorro.

—No puedo acercarme más, porque se me pueden quemar los pelos —explicó el oso, pero se aproximó un poco más.

—Yo me acercaré y me estiraré también, pero antes añadiré unos leños al fuego —dijo el zorro sin acercarse demasiado, aunque añadía sin cesar leños a la lumbre, de tal modo que las llamas eran más altas que las copas de los pinos del bosque.

Al cabo de un momento, el oso se durmió. Y eso era lo que el zorro esperaba. Entonces, rascó en el barrilito los últimos restos de mantequilla y

los untó en las patas traseras del oso.

A continuación despertó al oso y empezó a reprenderle:

—¡Aquí está el ladrón! ¡Estaba seguro!

El oso, medio dormido, no entendió ni una palabra. Sólo comprendió que el zorro le acusaba de nuevo y se defendió. Pero el zorro gritaba más fuerte que él:

—No te hagas el inocente y mírate: la mantequilla te ha goteado por las patas, ¡ladrón más que ladrón!

El oso miró y, efectivamente, vio que sus pelos estaban llenos de mantequilla.

Entonces renunció a defenderse, pues sabía que ya no tenía sentido: después de la prueba, nadie le creería. Como sabía que era inocente, abandonó al zorro definitivamente y sin tristeza. Pero el zorro no se contentó con aquello. Al día siguiente calumnió al oso ante los animales del bosque. Desde entonces, el oso evita la sociedad y vive en solitario.

Y hasta ahora no ha entendido nada de aquella historia. Un día quizá lo comprenda y su alma de oso bonachón encuentre la paz...

Pero el zorro fue castigado por su maldad con el oso. Desde la época en que se atiborró de mantequilla le duele siempre el estómago y sólo puede comer carne de gallina y de pollo. Por esta razón, con frecuencia se le ve deslizarse en los gallineros para robar una gallina. Pero los campesinos están al corriente y sus perros le persiguen.

¡De este modo su maldad no ha quedado impune!

## El diablo vapuleado

**U**N las afueras de un pueblo vivía un labrador tan depravado, que la gente huía a toda velocidad cuando se acercaba, hasta tal punto que un día no le quedó más compañía que un mozo de cuadra y tres animales: un gallo, una vaca y un gato.

Al cabo de cierto tiempo, el despreciable señor dijo a su criado:

—¿No vamos a dejar nunca de oír esos eternos quiquiriquíes, mugidos y maullidos? Mañana vas a matar a la vaca, al gallo y al gato.

El mozo de cuadra ya estaba acostumbrado a los modales del labrador, ¡pero aquello era demasiado! Entonces, se dirigió rápidamente al encuentro de los animales para anunciarles en caliente la noticia del destino que les esperaba.

Al oír aquello, el gato, el gallo y la vaca no sopesaron mucho rato los pros y los contras. Se escaparon de la granja. Avanzaron, avanzaron y acabaron por llegar al bosque. Allí encontraron en seguida al lobo.

—Veo que venís del pueblo —les dijo el lobo—. Precisamente tengo intención de ir allí para buscar un bocado que comer...

Los animales se miraron entre sí y el gato respondió al lobo:



—Más vale que no vayas al pueblo. Te matarán, como han querido matarnos a nosotros.

Y contó al lobo cómo habían escapado por los pelos de una muerte segura. El lobo escuchó sin rechistar y por fin dijo:

—Si es así, prefiero ir con vosotros.

Y los cuatro siguieron su camino. No habían avanzado mucho cuando vieron al oso.

—Estoy contento de encontraros —les dijo cuando les vio—. Seguramente podréis indicarme dónde encontrar algo de comer en el pueblo.

—No vayas allí, puede ser peligroso para ti —replicaron los animales, y le explicaron lo que le esperaba en el pueblo.

—Bueno, si es así, yo también me voy con vosotros —declaró el oso.

Y los cinco siguieron su camino.

El crepúsculo cayó pronto. Decidieron que debían buscar rápidamente un refugio. Por suerte, distinguieron un claro justamente ante ellos, y en medio, una choza de tablas. Al acercarse vieron un perro tumbado en el umbral, que inmediatamente se puso a ladrar:

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! ¡No se os ocurra entrar! ¡Aquí vive el diablo y seguramente volverá por la noche!

Los animales se quedaron inmóviles, dudando. Pero por fin el gato dijo en tono decidido:

—¿Qué puede ocurrirnos con lo numerosos que somos? No tengáis miedo y seguidme. ¡Ya veréis cómo resolvemos el problema con el diablo!

Y eso hicieron. El oso se tumbó en el umbral, el lobo se enrolló como una bola contra la pared, la vaca se quedó sobre las cuatro patas en medio de la estancia, el gallo se encaramó a una viga, el gato encontró un rincón cerca del horno y el perro se acostó bajo un banco.

Todos se durmieron muy deprisa, pero, a decir verdad, dormían con un ojo abierto.

Aproximadamente a medianoche volvió el diablo a su casa. Abrió la puerta de la cabaña, pero todavía no había tenido tiempo de ver en la oscuridad lo que pasaba cuando se encontró en medio de una refriega tal que no entendía nada: el oso le daba zarpazos en la cabeza, el lobo le clavaba los colmillos en la pantorrilla, el gallo se le lanzó de la viga directamente a la cara. El diablo quiso huir a toda velocidad, pero no pudo: el gato le clavó las uñas en la espalda, el perro le cogió por el rabo y, para terminar, la vaca le lanzó tan alto, con sus puntiagudos cuernos, que el pobre diablo se fue directamente con los suyos, al infierno.

Ni siquiera tuvo tiempo de adivinar lo que le había pasado. No hacía sino temblar de miedo, y cuando los demás diablos le preguntaban por que, les respondía hipando:

—Hip..., hip..., si queréis conservar la vida, no vayáis a la choza de madera. Sin duda un terrible gigante se ha instalado en ella; me ha picado, me ha mordido, me ha arañado, golpeado, ¡y menos mal que no me ha destripado!

Por eso, a partir de entonces, los diablos evitaron siempre acercarse a la cabaña; y los animales pudieron vivir allí con toda tranquilidad.

# ISLANDIA

## La maldición de la reina

**H**ABÍA una vez un rey y una reina que eran muy desdichados porque no tenían hijos. El rey había hecho venir a los mejores médicos y a los mejores magos del mundo entero, pero no habían servido para nada: seguían sin tener hijos.

Un día un hombre extraño llegó a la corte. Tenía aspecto enfermizo y su cuerpo, muy delgado, estaba cubierto por un traje negro; parecía un muerto. Por esta razón todo el mundo le huía. Aquel hombre extraño llegó hasta el rey.

—¿Quién eres y por qué has venido? —preguntó el rey mirando con inquietud a su curioso visitante.

—Me llamo Gurt y vengo de la isla de Hielo para ayudaros...

—Quieres decir que un día tendré un descendiente —le dijo el rey sin dejarle acabar su explicación.

Cuando Gurt le contestó afirmativamente, el rey olvidó su inquietud.

—Te daré la mitad de mi reino si logras que se cumpla nuestro deseo —propuso a Gurt.

Pero Gurt le respondió:

—No pido tanto; solamente que me conviertas en tu primer consejero, pues para que tu deseo se cumpla debo estar siempre cerca de la reina.

Y así fue cómo Gurt se convirtió en el hombre más poderoso del reino, porque seguía constantemente a la reina como una sombra. Todos le temían a la vez que sentían curiosidad por saber si se realizaría lo que había prometido.

Un día, cuando empezaba a nevar, heló tanto que los pájaros cayeron muertos al suelo. La reina estaba mirando por la ventana cuando vio caer en la nieve un cuervo con el pico ensangrentado.

—¡Ay! Si pudiera tener una hija así —suspiró la reina—, con las mejillas blancas como la nieve, los labios rojos como la sangre y los cabellos negros como las plumas de ese cuervo...

—Todo eso se realizará pronto, señora —replicó Gurt, y añadió para sí en voz baja—: Y la odiarás hasta la muerte...

Poco tiempo después, la predicción del consejero se cumplió. La princesa Ingeborg vino al mundo y, desde su adolescencia, fue la princesa más bella que se pueda imaginar. Todo el mundo la quería, aunque era el rey quien más la amaba. Pero nadie advirtió que la segunda parte de la predicción de Gurt también empezaba a cumplirse: la reina no amaba a su hija, y hasta tal punto que prefería no verla. Entonces confiaron a Ingeborg a una vieja criada.

Un día, la reina cayó enferma. Nadie pudo curarla, porque era una enfermedad desconocida. El consejero tampoco pudo hacer nada por ella. Pasaba horas y horas junto al lecho de la enferma y le hacía tomar distintas tisanas mientras pronunciaba fórmulas mágicas, pero todo era en vano. Una noche, al ver que la enferma perdía rápidamente sus fuerzas, le dijo:

—Soy un mago muy poderoso, pero las fuerzas dañinas que tu hija Ingeborg ha transmitido son mis fuertes que yo. Te odia y debes morir. Pero puedo prometerle una cosa: serás vengada. Dime qué le deseas...

La reina se quedó muy pálida al oír estas palabras.

—¡Que jamás esté tranquila! —gritó, y ordenó a Gurt que hiciera venir inmediatamente a su hija.

Cuando esta última estuvo junto a su cama, la reina susurró mucho rato al oído de Ingeborg, pero antes de que ella pudiera responder algo, la reina murió.

Hubo duelo en el país. El rey estaba tan triste que cayó enfermo, y seguramente hubiera muerto también si su hija no le hubiera cuidado. Pronto el rey se curó y volvió a sus funciones reales. Pero la corte, en la que antaño se oían risas, se quedó tan triste como el rey.

Entonces los ministros del rey se pusieron a reflexionar sobre cómo remediar aquella situación. Decidieron ir por el mundo para encontrarle una nueva esposa al rey.

Subieron a bordo de una nave y empezó el viaje. Navegaron mucho tiempo, visitaron muchos países en los que las mujeres eran bellas como la luna llena, pero jamás pudieron ponerse de acuerdo en la que debían elegir. Atravesaron el mundo entero y sólo les quedaba la isla de Hielo.

Allí hacía tanto frío que los mensajeros se pusieron los abrigos de pieles y desearon volver inmediatamente a su país, con las velas desplegadas. Por eso, se alegraron mucho cuando el viento favorable empujó su buque precisamente a la ciudad real.

El soberano de la isla de Hielo les recibió con los máximos honores y, cuando le explicaron el motivo de su viaje, les dijo:

—No tengo a nadie, salvo a mi hija Hilda, y me gustaría que llegara a ser la esposa de vuestro rey. Tengo miedo de que, si se queda en la isla de Hielo, siga la suerte de su hermano...

—¿Qué le ocurrió a tu hijo, señor? —quisieron saber los ministros.

—Un día, hace ya muchos años, se fue a las montañas y jamás volvió. Es posible que fuera víctima de los animales salvajes, o que muriera bajo un alud... Pero los pescadores cuentan que en las montañas vive un perverso brujo; dicen que fue él quien provocó la desgracia.

Los ministros escucharon la historia que el rey les contó y, poco tiempo después, como su hija Hilda les pareció muy bella, emprendieron con ella el camino de vuelta.

Después de la boda real, la nueva reina, que no sólo era extraordinariamente hermosa, sino buena y encantadora, disipó rápidamente la tristeza del rey. Fue muy amable con todo el mundo e intentó conquistar a su hijastra Ingeborg.

Pero ésta la huía. Desde la muerte de su madre se había convertido en la princesa más triste del mundo entero.

Hilda intentó sin éxito descubrir la razón de su tristeza. Un día invitó a Ingeborg a dar un paseo por el bosque.

Caminaron mucho rato, atravesando claros y campos de brezos, hasta que llegaron ante un profundo barranco.

—Soy tan desdichada que quisiera saltar a ese barranco —gimió la princesa.

Pero su madrastra la besó dulcemente y le dijo con suavidad:

—Dime lo que te entristece, ya verás cómo puedo ayudarte...

Y la princesa se puso a hablar:

—Antes de que mi madre muriera, alguien le dijo que yo era la causa de su enfermedad. Y justo antes de exhalar el último suspiro, me maldijo para que jamás esté tranquila. Me dijo que mataré a un hombre, que prenderé fuego al palacio real y que me casaré con un terrible animal salvaje. Después, me quemarán viva en la hoguera...

—Desgraciadamente, las maldiciones de los moribundos se realizan siempre, nada podemos hacer contra eso —añadió tristemente la reina—. Pero lo cambiaremos todo. Mira, Inge —dijo abriendo la mano y presentando en la palma una florecita blanca—, ésta es la flor de la verdad, tan poderosa que destruye todo mal. Presta atención a lo que voy a decirte ahora: plantaré esta

flor en lo alto de esa roca escarpada y declararás por doquier que sólo te casarás con el que consiga arrancar esta flor y llevártela. Lo demás lo sabrás más tarde...

La princesa Ingeborg obedeció, y a la mañana siguiente los mensajeros fueron a través del país para comunicar a sus habitantes la decisión de la princesa.

Poco tiempo después, numerosos estandartes ondearon en el castillo: se presentaron candidatos llegados de todo el reino. Había príncipes y duques, condes y barones, e incluso caballeros andantes; lujosas carrozas invadieron el patio y en los establos reales se veían caballos de la más pura raza. No era nada sorprendente, porque Ingeborg ¡era la princesa más bella del mundo!

Pero muy pronto todos descubrieron que no era nada fácil coger la flor blanca. La roca era lisa como el hielo y ningún pretendiente pudo trepar hasta lo alto. ¡Cuántas veces cayeron al suelo! ¡Y cuántas narices rotas se contaron! Pero como nadie se hirió gravemente, fue una gran diversión para la gente, e incluso la princesa rió de buena gana.



Pero dejó de reír cuando el consejero Gurt, él también, pidió permiso para intentar coger la flor blanca. Ingeborg observó con inquietud lo fácilmente que subía metro a metro. En la cara de aquel hombre se dibujó una sonrisa malvada y, más que nunca, se pareció a la muerte.

En seguida llegó a lo alto de la roca.

—Me siento feliz al pensar en nuestra futura boda, mi pequeña princesa —gritó victoriosamente, y alargó la mano para coger la flor blanca.

Pero, a pesar de los esfuerzos que hizo, no llegó a arrancar la flor. Lo intentó otra vez con todas sus fuerzas.

Bruscamente, la flor saltó como si tuviera un resorte, Gurt perdió el equilibrio y cayó al mar.

Las olas se alzaron, bramaron y luego se calmaron. El perverso consejero había desaparecido para siempre en el mar.

Los espectadores se quedaron petrificados de espanto. Y cuando hubieron recobrado el aliento, los príncipes, duques, condes, barones y caballeros cogieron rápidamente sus caballos y carrozas para marcharse inmediatamente de allí. ¿Qué hechizo maligno quería echar sobre ellos la princesa Ingeborg?

Pero la reina dijo en voz baja a su hijastra:

—Gurt no ha obtenido sino lo que merecía, pero aún no está todo ganado. Toma, te doy un ovillo de hilo. Si tuvieras que ir a alguna parte, desenrolla el hilo tras de ti. Y cuando tengas problemas, llámame.

Dicho esto, la reina se fue e Ingeborg se dirigió a su habitación.

En medio de la noche la despertaron extraños ruidos de pasos en el corredor. Luego, de repente, la puerta se abrió y en el umbral vio a un ser muy feo, que no se parecía en absoluto a un ser humano. Entre sus dos negras mejillas se distinguía una nariz corva como el pico de un pájaro, en su enorme boca abierta brillaban unos horribles dientes y en lugar de cabellos tenía largos pelos grises en la cabeza. Llevaba una chaqueta de escamas de pez y un pantalón de cuero. Pero en lugar de pies tenía ¡cascos de caballo! Paralizada de terror, la princesa descubrió con espanto que el extraño visitante tenía en la mano una florecita blanca.

—He venido a buscarte para que seas mi mujer —dijo el monstruo con voz suave—. Soy yo quien ha cogido la flor de la verdad y quiero llevarte a mi casa...

Ingeborg se levantó de la cama, estupefacta. «La maldición de mi madre continúa», pensó, y siguió, obediente, al monstruo hacia la puerta. En el último momento, se acordó del ovillo que la reina le había regalado, lo cogió,

lo escondió bajo su vestido y cuando salieron por la puerta, empezó a desenrollar el hilo.

Caminaron mucho rato por un bosque sombrío. Los búhos ululaban, los fuegos fatuos danzaban a su alrededor y, en los pantanos, el lodo se deslizaba en un murmullo como los brazos de un gran pulpo. A pesar de todo, el monstruo conducía a la princesa por terreno seguro, siguiendo un sendero seco. Por fin, llegaron ante una pequeña choza.

La joven estaba tan cansada que entró sin dudar un solo instante. Mientras su prometido encendía el fuego, se tumbó en una cama de roble y se durmió inmediatamente.

Por la mañana, al despertar, cuando descubrió el horrendo rostro negro de su prometido, lanzó un grito de terror. Pero él le dijo:

—Me voy y no me volverás a ver hasta después del crepúsculo. Si intentaras marcharte, no me volverías a ver nunca más...

Se fue e Ingeborg se quedó sola. ¡Cómo hubiera deseado encontrarse en su casa! Pero la flor de la verdad le había dado a aquel monstruo como prometido para siempre... ¡Si por lo menos pudiera hablar con la reina!

De repente, oyó al otro lado de la puerta pasos ligeros. ¡Era su madrastra!

—Sé muy bien lo que te apena, Inge —le dijo—. Ahora, ven conmigo al castillo. No hay nadie porque todo el mundo te está buscando. He quitado los objetos de valor para que cuando le prendas fuego sólo ardan las paredes.

—¿Tengo que prender fuego al castillo?

—Sí —respondió gravemente la madrastra—, así la predicción de tu madre se cumplirá sin que hagas daño a nadie.

Y eso hizo. El castillo real se quemó completamente y la princesa, siguiendo el consejo de su madrastra, volvió a la choza y esperó a su prometido.

Llegó por la noche, cuando se puso el sol.

—Veo que no me has abandonado —dijo con una sonrisa—. Pero para probarme que me amas tienes que besarme...

La joven hizo acopio de valor y besó la negra cabeza del monstruo. ¡Qué milagro! ¡Estaba entre los brazos de un apuesto príncipe!

—Soy el hermano de tu madrastra, la princesa de la isla de Hielo —explicó—. No me mató ningún alud ni fui presa de los animales salvajes. El malvado brujo Gurt me convirtió en monstruo, porque yo quería que se fuera de nuestras montañas. Sólo el amor y el beso de una auténtica princesa podían devolverme mi rostro humano...

—¿Entonces Gurt era un verdadero brujo? —exclamó Ingeborg, y contó al príncipe lo que le había ocurrido.

Para narrar su historia, habló durante la noche entera. El sol estaba ya muy alto sobre el bosque cuando la princesa se encontró sola otra vez. ¿Por qué? En realidad, el príncipe se había ido a la isla de Hielo porque quería invitar a su boda a la corte y traer trompetas y tambores; en resumen, cuanto hacía falta para un boda real.

Pero nadie se acordaba de que la última parte de la maldición de la madre de Ingeborg quedaba por cumplirse. El viejo rey quería saber quién había quemado el castillo, y su mujer se vio obligada a confesar. En vano explicó al rey que el perverso brujo Gurt era el responsable. El rey mandó que prepararan un hoguera en el patio del castillo y los soldados fueron al bosque para traer a Ingeborg viva o muerta.

Después de tres días de búsqueda, descubrieron la choza. Encadenaron a la pobre princesa y, antes de que se pusiera el sol, Ingeborg estaba sobre la leña esperando lo peor.

Pero en el preciso momento en que los soldados se disponían a prender la hoguera, se oyó ruido de cascos de caballos. El príncipe de la isla de Hielo llegaba con tantos caballeros, trompetas y tambores que no se veía el final del cortejo.

—¡Detente, rey, si no morirás! —grito el novio.

Y desenvainando su espada, esparció la leña con tanta furia que rodó por todos lados. El rey recibió un tronco en la cabeza que le tiró al suelo. Mientras tanto, Ingeborg se encontraba ya en brazos de su príncipe. Después le tocó el turno a la reina, que abrazó a su hermano, al que creía muerto. Luego, la princesa abrazó a su madrastra, unos y otros se abrazaban..., y el rey, sentado en el suelo, con un gran chichón en la frente, lo comprendió todo. Hizo un gesto, y tambores y trompetas tocaron música festiva. Todo el mundo estaba tan contento que el final de este cuento se olvidó, aunque podemos imaginarlo fácilmente.

# El huevo de la vida

**E**N un reino vivía el rey Ring. No ha transcendido cómo se llamaba la reina, pero sí que el joven príncipe tenía un nombre poco corriente: se llamaba Lini, y era apuesto como debe serlo un príncipe en un cuento.

A Lini le apasionaba la caza y no pasaba un día sin que fuera con su arco al bosque. Y en otoño, cuando sonaba el primer toque de acoso, se encontraba en su elemento.

El día del vigésimo aniversario del príncipe, el rey organizó una importante cacería a la que fueron invitados todos los señores del reino. Al amanecer, en las entrañas del bosque sonaron ladridos de perros y cuernos de caza mezclados con los gritos de los cazadores. Pero por la noche, cuando todos volvieron al palacio, advirtieron que el príncipe había desaparecido.

Los invitados le buscaron la noche entera, el día siguiente, la semana completa, pero no encontraron al príncipe. Entonces el rey anunció oficialmente que daría la mitad de su reino al que encontrara a Lini.

La noticia llegó hasta la choza más pequeña del reino, donde vivía con sus padres una valiente muchacha llamada Helga. Cuando supo la noticia, se calzó sus zapatos nuevos, cogió un poco de comida para saciar el hambre por el camino y se fue a buscar al príncipe.

Anduvo mucho tiempo, tanto que gastó las suelas de sus zapatos, y por fin llegó a un lugar que le infundió terror: los árboles no tenían hojas, la hierba era gris y ningún pájaro cantaba.

Helga prefirió no mirar a su alrededor mientras caminaba, del miedo que tenía. Luego, llegó a un claro donde había una casita muy fea hecha con grandes piedras.

La muchacha se acercó a la casa, miró al interior, y se quedó sorprendida al ver en una habitación al príncipe durmiendo bajo una colcha bordada en oro.

Se inclinó sobre él e intentó despertarle. Pero, a pesar de sus esfuerzos, el príncipe seguía durmiendo con profundo sueño e incluso, de cuando en

cuando, ¡roncaba de forma real!

Helga no entendía lo que pasaba. Entonces buscó a su alrededor, en la habitación, un recipiente con agua para rociar al durmiente y poder despertarle. De repente, oyó fuera un ruido y se escondió rápidamente debajo de la cama. Hizo muy bien: por la ventana abierta entró, sobre una cama voladora, una anciana que se parecía mucho al diablo.

—¡Huelo, huelo a carne fresca! —murmuró y se dijo a sí misma—: Naturalmente, es la de mi príncipe que duerme aquí. ¡Pero tengo que despertarle!

«Tengo curiosidad por saber cómo», pensó Helga.

*¡Bum bim bum y ran plan plan  
cantarán mis cisnes blancos  
y Lini despertará!*

¿Y qué ocurrió? Se oyó el canto de los cisnes, el príncipe se frotó los ojos, y luego se sentó en la cama. La anciana le llevó un plato de comida y le preguntó:

—¿Quieres comer?

—No —contestó Lini, y la anciana le preguntó de nuevo:

—¿Te casarás conmigo?

—¡Por nada del mundo, vieja bruja!

Y la bruja se puso tan furiosa que de la nariz le salió humo verde:

—¡De acuerdo, jovencito, un día cambiarás de opinión! —replicó.

Gesticuló con las manos que acababan en garras y dijo:

*—Bum bim bum y ran plan plan  
cantarán mis cisnes blancos  
y Lini se dormirá.*

Y el príncipe, como fulminado por una varita mágica, volvió a caer en la cama, dormido. La bruja se fue por la ventana abierta subida en la cama, y no quedó de ella en la habitación sino un olor acre a humo.

Después de su marcha, Helga abandonó su escondite y se quedó muy sorprendida porque en la cama había dibujados tres cisnes y una curiosa

inscripción. A pesar de sus esfuerzos no logró descifrar el misterio. Pero se acordó de lo que la vieja bruja había dicho y repitió:

—Bum bim bum y ran plan plan...

—¿Por qué me despiertas, bruja! —exclamó el príncipe abriendo los ojos.

¡Cuál fue su sorpresa cuando, en lugar de la bruja, vio a Helga! Entonces le contó cómo se había perdido en el bosque y cómo la bruja le había raptado para que se casara con ella.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —dijo reflexionando el príncipe—. Si nos vamos, seguro que con su cama voladora nos coge rápidamente, y además nos castigará a los dos.

—Debemos encontrar otra solución —propuso la muchacha—. Cuando la bruja te haga la pregunta de siempre le contestarás que sí, con la condición de que te explique lo que significa la inscripción que figura en la cama y que te diga también adonde va volando.

Y así fue. Lini volvió a dormirse, Helga se metió en su escondite, y cuando la bruja volvió no pudo dar crédito a sus oídos:

—Podremos preparar la boda —le dijo el príncipe— con la condición de que me expliques adonde vas durante el día y lo que significa la inscripción que hay sobre la cama.

A la bruja no le hizo mucha gracia lo que le pedía Lini, pero al final le explicó:

—Las inscripciones son fórmulas cabalísticas que me permiten volar sobre la cama. Si quiero que la cama vuele, le digo:

*¡Camita, camita azul,  
vuela, vuela adonde quiero ir!*

y va adonde quiero. Y la mayoría del tiempo lo paso bajo un viejo roble donde vigilo el huevo de mi vida...

—¿El huevo de tu vida? —dijo Lini con asombro.

—Sí, en ese huevo está escondida mi vida... Pero te lo enseñaré todo cuando estemos casados —prometió la bruja—. Ahora déjame: ¡tenemos mucho que trabajar para preparar nuestra boda!

—Yo preferiría descansar... —dijo el príncipe, simulando un bostezo.

—Bueno, entonces yo lo haré todo —decidió la bruja, y durmió al príncipe.



Luego, se fue volando por la ventana como de costumbre.

Helga había retenido cuanto la vieja bruja había dicho, y, cuando Lini se despertó, preguntó:

—¿Tienes en alguna parte un arco y unas flechas?

—Deben de estar aquí, porque la bruja me trajo directamente del bosque —contestó el príncipe.

Y, después de buscar un poco, encontró sus armas.

—Ahora, escúchame bien —dijo a media voz la muchacha—. Sólo hay un medio para librarnos de la bruja. Tenemos que ir al viejo roble y romper el huevo.

El príncipe se sentó en la cama, Helga le imitó y dijo:

*¡Camita, camita azul,  
vuela, vuela adonde quiero ir!*

Y la cama emprendió el vuelo a gran velocidad, pasó sobre bosques y prados, y de repente fue descendiendo lentamente.

Justo bajo la cama había un inmenso y solitario roble.

Y vieron a la bruja, sentada en el suelo, moviendo algo blanco con las manos.

—¡El huevo de su vida! —exclamó Lini.

Cogió el arco y apuntó con gran precisión. ¡Pum!

Una flecha se disparó como un rayo. La flecha alcanzó el huevo, e inmediatamente después se vieron envueltos en un espeso humo verde. Helga y el príncipe tosieron y tosieron, sin poder recuperar el aliento. ¡Qué peste!

Pero se levantó viento y el humo desapareció. La cama seguía estando encima del roble y, en lugar de la bruja había en el suelo un montoncito de ceniza verde.

—¡Ahora sí que celebraremos la boda! —exclamó alegremente Lini.

Y, para demostrara Helga que hablaba en serio, la besó de todo corazón.

La muchacha también le besó y la cama mágica les llevó suavemente al palacio del rey Ring y de la reina cuyo nombre no recuerda la historia. La boda de Helga y Lini fue tan sonada, que durante varios días no dejaron de sonar las campanas y los cañonazos en todo el reino.

## El pescador y la vaca

**E**N el fin del mundo de los cuentos había una choza. En ella vivían un anciano y una anciana. El mar no estaba lejos de su casa, pero sólo Dios sabe cómo se las arreglaba el viejo para no capturar nunca un solo pez.

Una vaquita llamada Bukolla les proporcionaba su único medio de existencia. Daba una leche tan buena, que la mantequilla fabricada con ella la compraba el rey para su mesa.

He olvidado decir que en la choza vivía también con los dos ancianos su hijo Jon. Pero era un hijo extraño. Se pasaba el día tumbado en la hierba, y cuando sus padres le pedían un favor cualquiera respondía bruscamente:

—¡No me molestéis! ¡Estoy aprendiendo el lenguaje de los animales!

Y así ocurrió durante varios años. Los dos ancianos trabajaban y Jon descansaba sin cesar. Un día, un viajero aconsejó a los viejos:

—Por lo menos, haced que lleve vuestra vaca a pastar. ¡Así podrá conversar con ella!

Jon no se negó, y al día siguiente se fue con Bukolla al prado. Antes de mediodía ya estaba de vuelta, pero sin la vaca.

—¡La vaca ha desaparecido, la vaca ha desaparecido! —repetía.

¡Qué desgracia! ¡El animal que les aseguraba la subsistencia había desaparecido! Buscaron durante tres días y tres noches, pero no encontraron a su vaca. Después de tanta búsqueda en vano, el viejo llamó a Jon y le dijo enérgicamente:

—¡Ve a buscar a la vaca! Busca donde quieras, pero si no la encuentras, ¡no vuelvas a casa!

La vieja le preparó un hatillo con comida y se fue. Caminó mucho, muchísimo tiempo, a través de montañas y valles, y al final estaba tan cansado que no pudo continuar.

Se sentó y comió un poco. Luego se levantó y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Bukolla! ¡Bukolla!

—¡Olla! ¡Olla! —repetía el eco.

Pero después de varias llamadas Jon oyó a lo lejos el mugido de la vaca. Cogió el hatillo y se dirigió hacia el lugar de donde venía el sonido.

También esta vez atravesó arroyos y ríos, inmensas llanuras y escaló rocas y montañas. Estaba muy cansado y se detuvo de nuevo a descansar.

—¡Bukolla! ¡Bukolla! —gritó otra vez, con todas sus fuerzas; pero ahora obtuvo respuesta:

—¡Estoy aquí, en la gruta!

Y, efectivamente, tras dar unos pasos, Jon descubrió en la roca un gran agujero. Sin ningún miedo, miró en el interior. Descubrió a Bukolla, atada con una gruesa cadena a una columna de piedra. La desató y la vaca le dijo:

—¡Salgamos deprisa! ¡Aquí vive una malvada gigante y nos hará daño si nos encuentra!

Corrieron lo más rápidamente posible, pero pronto oyeron tras ellos ruido de pasos y como un jadeo.

—Arranca un pelo de mi rabo y ponlo en el suelo —le ordenó la vaca.

Jon ejecutó su orden sin vacilar y, de pronto, un ancho río se formó entre ellos y la gigante.

Siguieron corriendo, pero el monstruo silbó con los dedos y apareció un enorme toro que se puso a beberse el río.

Durante ese tiempo Jon y su vaquita estaban ya lejos. La gigante se vio obligada a buscar sus huellas, pero logró encontrarlas.

—Arranca un pelo de mi lomo y ponlo en el suelo —dijo Bukolla.



Cuando Jon hubo hecho lo que la vaca pedía, se prendió un enorme fuego y quemó la cara de la gigante. La gigante gritó de dolor y de furia:

—¡Me las pagaréis muy caras!

Silbó dos veces con los dedos, y el toro, que se había bebido el río entero, llegó y apagó el fuego.

Pero los dos fugitivos tuvieron tiempo de llegar a la orilla del mar, donde descubrieron dos barcos: uno muy viejo y el otro completamente nuevo. Jon quiso subir al barco nuevo, pero la vaca le dijo:

—¡Coge el otro, por favor!

Entonces Jon subió con la vaquita al viejo barco y se puso a remar. Cada vez que el remo entraba en el agua, se alejaban tan deprisa de la orilla del mar que Jon se quedó asombradísimo.

Durante ese tiempo, la gigante llegó a la orilla del mar.

—¡Qué estúpidos! —se alegró cuando vio el barco completamente nuevo—. ¡No irán muy lejos con esa ruina!

Se subió al barco y remó con todas sus fuerzas. Jon también hizo acopio de las suyas para escapar de la gigante, pero, a pesar de sus esfuerzos, la distancia entre el barco de la gigante y el suyo disminuía cada vez más. Incluso pudo distinguir los ardientes ojos de la gigante y sus enormes dientes.

Después vio su mano, que era una garra, acercándose tanto que pronto destrozaría el barco. De repente, la gigante lanzó un terrible grito: en la superficie del mar había aparecido un enorme brazo negro que agarró el barco de la gigante y se lo llevó al fondo del mar...

Jon se quedó estupefacto, pero la vaquita le explicó:

—Tú has aprendido el lenguaje de los animales, pero yo he aprendido el lenguaje de los barcos. Su barco era del diablo y éste se llevó a la gigante. Ahora ya no hará daño a nadie.

Pronto llegaron a casa. Desde entonces todos vivieron muy felices. Jon salía con el viejo barco a pescar y, como conocía el lenguaje de los animales, descubrió dónde se encontraban los peces más grandes. Cuando echaba las redes hacía la mejor captura de todos los pescadores del país.

## El valor de la amistad

**E**N la costa de la Tierra de Hielo y Fuego se alzaba un castillo en el que vivían un duque y una duquesa. Durante mucho tiempo no tuvieron hijos. Sin embargo, cuando a ambos se les empezó a poner el pelo gris, la duquesa declaró que por fin iba a tener un hijo. Para los dos fue un motivo de dicha indescriptible, y el duque reía a carcajadas de la mañana a la noche.

Un día, la duquesa fue a dar un paseo. Rendida de cansancio, se tumbó en la hierba tierna para descansar y se durmió. Tuvo un extraño sueño:

Vio cómo tres damas muy altas, vestidas de negro, se inclinaban sobre ella. La mayor de las tres le dijo:

—Tendrás una hija. Pero su destino sólo será favorable si nos invitas al bautizo, porque somos las Parcas...

Dicho esto desaparecieron, pero cuando la duquesa despertó oyó claramente el sonido de sus ropas.

Poco tiempo después, la predicción se cumplió y la duquesa tuvo una hija. Naturalmente se preparó un magnífico y espléndido bautizo.

Pero la duquesa no olvidó a las tres Parcas y reservó para ellas los mejores puestos. Desgraciadamente, por descuido, los criados pusieron dos cubiertos en lugar de tres, y nadie lo advirtió.

Muy pronto llegaron los invitados de todo el país, e incluso el rey acudió para participar en el acontecimiento.

Los convidados se sentaron a la mesa y la fiesta comenzó.

Mientras comían y bebían, la puerta se abrió de repente; las tres Parcas aparecieron y entraron en la estancia, como si hubiera soplado un viento glacial.

—Has hecho bien, duquesa, en recordar tu sueño. Concedo a tu hija el nombre de Mardhola y la belleza —dijo la primera.

Después habló la segunda:

—Y yo concedo a tu hija el don de derramar lágrimas de oro. Así la reconocerán entre todas...

Ni siquiera tuvo tiempo de acabar porque fue interrumpida por su hermana menor:

—¡Maldigo a tu hija, duquesa! Advierto que me has olvidado, porque no veo un cubierto para mí. Tu hija será castigada por este olvido de la forma siguiente: ¡en su noche de bodas se transformará en una foca!



La duquesa estalló en sollozos, pero la mayor de las Parcas tomó otra vez la palabra:

—No llores, duquesa. Si alguien ama a tu hija tanto que pueda sacrificar su vida por ella, la maldición desaparecerá con la condición de que la prueba de amor se haga la noche de San Juan.

En medio del silencio que reinaba en la sala, las tres Parcas se desvanecieron. Sólo el viento frío que penetró en la sala indicaba hacia dónde se habían dirigido.

Como todo ocurrió muy deprisa, pocos invitados vieron a las extrañas visitantes. Continuó la fiesta, pero el duque y la duquesa grabaron las predicciones en su memoria.

Cuando Mardhola creció, todo el mundo estaba de acuerdo en decir que sería bellísima, y cuando lloraba, de alegría o de tristeza, lágrimas de oro salían de sus ojos.

Los padres admiraban muchísimo a su hija, pero se preguntaban constantemente cómo podrían impedir que la predicción de la tercera Parca se cumpliera. Entonces, al duque se le ocurrió una idea: galopó a caballo por todo el ducado; cruzó llanuras y glaciares, montañas y brezales y visitó las casas una a una. Y hasta que llegó a la última cabaña no encontró lo que buscaba con tanto afán: una muchacha de la misma edad que Mardhola que se parecía a ella extraordinariamente.

La muchacha se llamaba Sigrid, y, como era muy valiente, aceptó que el duque la llevara al castillo, donde viviría con Mardhola bajo la vigilancia de una vieja criada.

Rápidamente las jóvenes se hicieron amigas y siempre estaban juntas. Se parecían tanto que era imposible reconocerlas, menos cuando lloraban, porque de los ojos de la joven Mardhola salían lágrimas de oro.

Y pasó el tiempo: la muchachas crecieron y pronto estuvieron en edad de casarse.

Llegaron muchos pretendientes al castillo, pero el duque puso una condición: su hija debía casarse la primera.

¿Por qué no? A todos les pareció la condición completamente normal. El hijo del rey fue con frecuencia a ver a Mardhola y se enamoró locamente de ella. Hay que decir que a Sigrid no le interesaban sus pretendientes y rechazó a todos sonriendo. Sin embargo, se puso muy contenta por Mardhola, porque a ella también le parecía el príncipe apuesto y agradable.

Poco después se proclamó el compromiso matrimonial del príncipe y Mardhola, y empezaron los preparativos de la boda.

La víspera del acontecimiento, el viejo duque llamó a Sigrid a su aposento. La miró fijamente y le dijo:

—Dime, ¿amas realmente a Mardhola?

—Como si fuera mi hermana —respondió la joven sin vacilar.

—¿Y darías tu vida por ella?

—Sí —respondió Sigrid, también sin vacilar.

Entonces, el duque le explicó lo que había pasado en el bautizo de Mardhola.

—Sólo tú puedes ayudarla —declaró por fin.

—Con mucho gusto, ¿pero cómo?

—Ya he pensado en ello. Os parecéis tanto que nadie es capaz de reconocerlos. Durante la noche de bodas, ocuparás el lugar de mi hija para que la predicción no pueda cumplirse.

—¿Y si, a pesar de todo, se cumple? —preguntó Sigrid inquieta.

—He elegido a propósito el día de mañana para celebrar la boda. Ya sabes que después es la noche de San Juan, el único momento en que Mardhola puede ser liberada de la maldición de la tercera Parca.

Al día siguiente, todo se desarrolló como estaba previsto. La novia estaba radiante. Sigrid la siguió como si fuera su sombra, y cuando cayó la noche, ocupó su puesto junto al príncipe.

Mientras tanto, Mardhola se escondió en una buhardilla.

Cuando los invitados se fueron, el esposo y Sigrid se quedaron solos.

—Ni siquiera puedo decir quien eres —manifestó el príncipe con una sonrisa, pero la joven se estremeció de angustia—. ¿Eres Mardhola o Sigrid?

—Soy la que amas.

—Sin embargo, quiero estar seguro: aquí está mi pañuelo, enséñame por lo menos una lágrima de oro —insistió el príncipe.

«¿Qué haré?», se dijo la pobre Sigrid.

—No, mi querido príncipe —respondió sonriendo—. Las lágrimas de oro no se derraman por nada. Pero si me dejas sola un momento, podrás ver una.

El príncipe aceptó la proposición. Sigrid cogió el pañuelo, salió rápidamente de la habitación y corrió preocupada a la buhardilla donde Mardhola estaba escondida.

Se hallaba a mitad de camino cuando oyó sonar el reloj. Contó: uno..., dos..., cinco..., diez, once, doce. ¡Medianoche! De repente, todas las luces se apagaron y se oyó el rugido del mar.

Luego, otra vez se encendieron las lámparas. Sigrid corrió a la buhardilla y forzó la puerta. Pero Mardhola no estaba allí. Sin embargo, algo extraño

atrajo la atención de la muchacha: en el suelo vio huellas húmedas que se dirigían al exterior del castillo.

Sin dudar un segundo, Sigrid salió y, al claro de luna, siguió las huellas.

Al poco, la joven oyó el sonido del mar. Ágilmente, escaló una enorme piedra y, cuál no fue su sorpresa: justo a la orilla del mar, bajo un glaciar inmenso, vio extrañas siluetas con cabezas redondas.

Sigrid se acercó y adivinó en seguida de que se trataba: ¡eran focas!

Los animales la miraron rechinando los dientes y se dispusieron a lanzarse sobre ella. Sólo una foca se quedó quieta, y hacia ella se dirigió Sigrid, porque había visto cómo algo brillaba en sus ojos.

Pero las demás focas la atacaron. Se defendió con las manos, pero pronto sintió que disminuían sus fuerzas. De repente, vio justo ante ella la boca de la foca más grande y notó su aliento, que exhalaba un fuerte olor a pescado. Con las pocas fuerzas que le quedaban, la apartó y dio unos pasos hacia la foca solitaria que se había acercado. La abrazó y antes de desmayarse, todavía tuvo tiempo de ver cómo de sus ojos brotaban lágrimas de oro...

Cuando la muchacha recobró el conocimiento, vio alrededor de su cama a Mardhola, el príncipe, el duque y la duquesa, y todos le dieron las gracias. Ahora la boda podía celebrarse como debía, y el efecto de la maldición había terminado gracias al valor de la dulce joven.

## El alma del pescador

**E**NCIMA de la montaña Humeante, en medio de una salvaje llanura, se encontraba la casa de Brjam. Estaba a varias leguas de las demás casas, y la gente decía que Brjam hacía sufrir a todo el mundo y que solamente su mujer podía vivir con él. Era tan cascarrabias y tan desagradable, que ninguno de sus vecinos podía soportarlo.

La gente tenía razón. Brjam estaba furioso de la mañana a la noche, y tanto juraba en el nombre de Dios, que las buenas personas se alejaban de él.

Un día que se encontraba muy mal se acostó, llamó a su mujer, la injurió y luego le dijo:

—Siento que voy a morir pronto. Pero te ordeno que, después de mi muerte, metas mi alma en un saco y la lleves al cielo. Si no obedeces, vendré a asustarte todos los días. Que el diablo... —no tuvo tiempo de terminar la frase y dio el último suspiro.



Su mujer cogió rápidamente un saco, lo puso bajo la nariz de Brjam y cuando el alma se deslizó en el saco, la encerró en él con la ayuda de un cordel.

«Y ahora, ¿qué haré?, se preguntó. Temo que jamás admitan en el cielo un alma como ésta...». Pero la amenaza de Brjam la horrorizó y la animó a la vez. Se puso el saco al hombro y dijo, resignada:

—¡Vamos al cielo!

El camino fue largo y penoso. El saco pesaba mucho y el alma se movía y no paraba de jurar.

Por fin llegó a la puerta del cielo. Llamó, oyó el ruido de una llave en la cerradura y vio aparecer la cabeza de san Pedro, que le preguntó en tono severo:

—¿Qué traes?

—El alma de Brjam —respondió la mujer.

—¡Aquí no tiene nada que hacer! ¿Cuántas veces blasfemó el nombre de nuestro Señor Jesucristo?

«Y tú le negaste tres veces antes de que cantara el gallo», pensó la mujer, y dijo en voz alta:

—Si no hay otro remedio, me llevare el alma al infierno. ¿Quieres sujetarme el saco un instante? Sólo para que pueda atar la cuerda antes de reemprender tan largo camino.

De mala gana, san Pedro cogió el saco, pero antes de que pudiera darse cuenta, la mujer estaba a una legua de la puerta del cielo.

—¿Qué significa esto? —exclamó san Pedro—. ¡Vuelve inmediatamente y llévate el saco con el alma de Brjam!

—¡Se la regalo! Ya sufrí bastante con mi marido mientras vivió. ¡Ahora le toca a usted entenderse con él!

Y corrió tan deprisa que hasta los corderos del cielo se asustaron.

Entonces san Pedro, contra su voluntad, cogió el alma de aquel gran pecador y la metió en el cielo. Naturalmente, nadie quería llevarla a otra parte.

## El espíritu agradecido

**H**ABÍA una vez un rey y una reina que tenían un hijo que se llamaba Thorstein. Hace ya tanto tiempo, que nadie se acuerda dónde se encontraba su lejano reino y nadie sabe tampoco cuando ocurrió.

Desde su más tierna infancia, el príncipe Thorstein era muy amable. Jamás hizo mal a nadie, aunque era hábil y fuerte. Pero lo más extraordinario era su generosidad: siempre acababa distribuyendo cuanto poseía.

Sin embargo, esta cualidad no le hizo feliz. Como ocurre con frecuencia en este mundo, la mayoría de sus íntimos se convirtieron en malos amigos que se dedicaban a sacarle el dinero, y un día las arcas del reino quedaron vacías.

Esto entristeció tanto a la madre de Thorstein que murió. Poco después, el rey cayó enfermo y también falleció en un plazo muy breve.

El príncipe Thorstein se encontró de pronto solo en el mundo. Pero ¿alguien piensa que cambió? En absoluto. Repartió poco a poco lo que le quedaba. No guardó para sí sino un caballo alazán y una vieja espada de su padre, porque sin eso, evidentemente, el cuento no podría continuar.

Y abandonó el reino, que ya no le pertenecía, con los diez últimos escudos en el bolsillo y un hatillo con sus cosas.

¿Adónde ir? Le daba igual y cogió el primer camino que vio. Viajó durante todo el día y no encontró a nadie. Por la noche, cuando su caballo alazán estaba tan cansado que apenas podía mantenerse en pie, decidió detenerse ante una bonita granja.

El príncipe llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta alguna. El caballo llamó también con el casco: ninguna respuesta tampoco. Pero de repente la puerta de la granja se abrió sola. El caballo alazán fue directamente al establo. ¡Qué sorpresa! El pesebre estaba lleno de sabroso heno y al lado había un cubo con agua fresca.

Cuando el joven vio que no tenía que preocuparse de su caballo, entró en la casa. No había nadie, pero en la chimenea el fuego estaba encendido, y en

la mesa, la cena servida. Se sentó y comió, luego se acostó, despreocupado, y se durmió inmediatamente.

A la mañana siguiente, al dar una vuelta por la granja descubrió que estaba completamente abandonada, el techo derrumbado y las ventanas rotas. Eso le dio miedo. Sacó rápidamente su caballo alazán del establo y, antes de que el sol asomara por el horizonte, abandonaron la granja en ruinas.

Sin embargo, no llegaron muy lejos, porque, a poca distancia el príncipe vio a varias personas hurgando en una tumba.

—¿Qué hacéis? —preguntó—. ¿No sabéis que los muertos tienen derecho a descansar en paz?

Un campesino gordo respondió a Thorstein:

—No, éste no puede descansar en paz, porque me debe diez escudos...

—Y si te pago su deuda, ¿le dejarás, tranquilo?

—Naturalmente —asintió el gordo campesino—. Te prometo no volver a tocar su tumba.

Sin pensarlo más, Thorstein dio al campesino toda su fortuna, que ascendía a diez escudos. Después se fue rápidamente para no ver a aquella gente que le repugnaba. Todavía oyó sus risas de lejos.

Pero, de pronto, una ráfaga de viento le trajo también dulces palabras:

—Te agradezco tu ayuda, príncipe. Si un día me necesitas, con mucho gusto te devolveré el favor.

El príncipe miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Siguió su camino cantando de cuando en cuando y, por la noche, llegó de nuevo ante una enorme casa. La puerta estaba abierta de par en par y no se veía a nadie. Pero esta vez no había fuego en la chimenea y la leña estaba esparcida por la estancia. Por todas partes reinaba un terrible desorden, menos alrededor de la mesa, donde había siete inmensas sillas y sobre la mesa estaban dispuestos siete enormes platos vacíos.

Thorstein puso manos a la obra. Encendió el fuego en la chimenea, lo limpió todo y se dispuso a cocinar un gran trozo de carne que descubrió en la fresquera. Luego visitó las habitaciones. Allí vio siete camas inmensas, tan grandes que en cada una de ellas podían dormir siete personas de su estatura. ¿Alguien imagina lo que trabajó para hacer siete camas tan enormes? Pero lo consiguió a pesar de todo, y cuando se disponía a descansar oyó voces delante de la casa. Pero no las voces de gente normal: voces tan fuertes como el ruido de una tormenta:

—¿Quién se ha atrevido a entrar en nuestra casa?

—¿Y quién ha hecho tan bien la limpieza?

—¿Y quién nos ha preparado la cena?

La puerta de la habitación donde se hallaba el príncipe se abrió y entró un gigante. Tenía la cabeza tan grande como una caldera, los cabellos eran gruesos como cuerdas, y en lugar de dientes tenía colmillos de morsa.

—¡Aquí está! —gritó tan fuerte que la casa tembló.

Thorstein tuvo entonces miedo, porque los siete gigantes entraron a la vez en la habitación. Se quedaron mirándole fijamente y el más viejo y fuerte habló a Thorstein:

—Como te has ocupado de nosotros, no te haremos daño. Pero tendrás que servirnos durante un año; si no, no saldrás vivo de aquí.

¿Qué otra cosa podía hacer el pobre príncipe? Estaba muy contento de conservar la vida y se quedó al servicio de los gigantes. El más viejo de ellos le confió las llaves de las habitaciones para que pudiera hacer la limpieza, pero le prohibió entrar en la última.

Jamás se le ocurrió a Thorstein desobedecer esta orden; sin embargo, el último día de su año de servicio, mientras limpiaba un largo pasillo, vio al fondo de él una sólida puerta de roble. Ninguna de las llaves que tenía servía para abrirla. «Aquí está escondido el secreto de los gigantes», pensó, y se precipitó rápidamente en la habitación de los gigantes, porque se acordó de que el más viejo escondía una llave bajo la almohada. ¡Y sí! ¡La llave estaba allí!

La cogió, la metió en la cerradura, le dio siete vueltas y la puerta se abrió. Se encontró en un cuartito pequeño, muy oscuro. Pero cuando sus ojos pudieron distinguir los objetos, lanzó un grito de sorpresa. En medio de la habitación, atada a una columna de madera de roble, había una bellísima muchacha rubia. Sus preciosos cabellos de oro eran tan largos que tocaban el suelo. En sus ojos, Thorstein descubrió que tenía miedo.

—No temas, no te haré daño —dijo para tranquilizar a la joven—. Dime, ¿quién eres y qué haces aquí?

—Me llamo Signy y soy la hija del rey que gobierna en el país vecino. Los gigantes me secuestraron, porque el más viejo me quiere por esposa. Pero prefiero morir de hambre antes que casarme con semejante monstruo...

—Puedes estar segura, bella princesa, de que haré lo que esté en mi mano para devolverte la libertad —prometió Thorstein—. Espero que esta misma noche seamos libres los dos.

—Me gustaría mucho irme contigo, pero temo que no puedas hacer gran cosa contra los siete gigantes —respondió tristemente Signy con los ojos llenos de lágrimas.

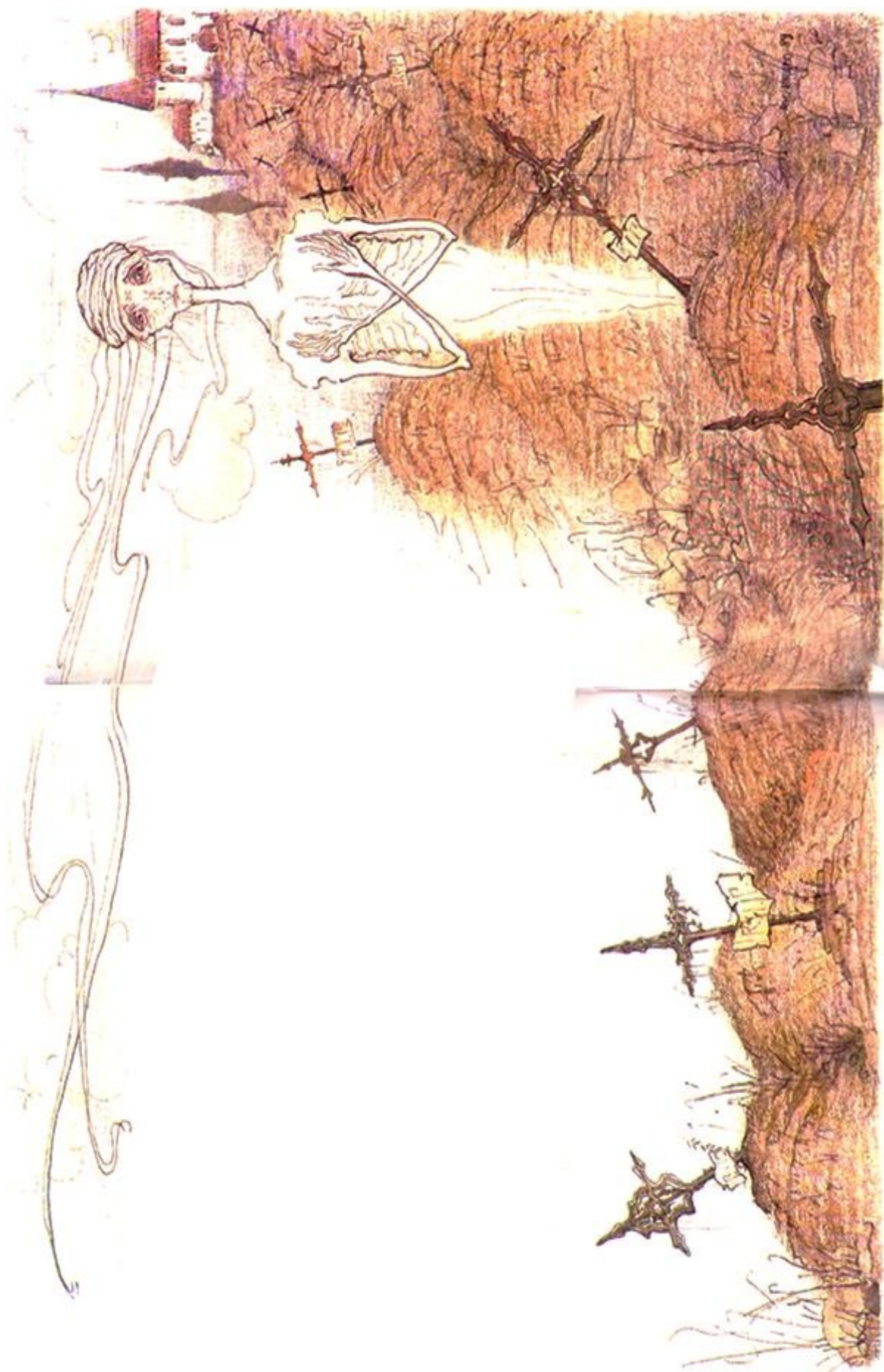
Thorstein no tuvo tiempo de contestar, porque oyó fuera las familiares voces de los gigantes que volvían a la casa.

Rápidamente, dejó a la princesa, cerró la puerta y volvió a poner la llave en su sitio. Justo a tiempo, porque los gigantes ya estaban en el comedor.

No se les ocurrió pensar que el joven había descubierto su secreto; cenaron tranquilamente y lamentaron que el año de su servicio hubiera pasado tan deprisa. Le propusieron que se quedara, prometiéndole que le pagarían bien por su trabajo. Pero el príncipe contestó a sus ofrecimientos:

—Os he servido fielmente durante todo un año y lo único que pido es recuperar mi libertad.

Los gigantes le dijeron adiós con mucha pena y entonces Thorstein constató que no parecían tan malvados.



Thorstein se sintió feliz al verse libre, pero el pensamiento de la bella Signy, todavía prisionera, le entristeció. Se escondió con su caballo alazán cerca de la casa y esperó la noche.

Cuando hubo tanta oscuridad como en el interior de un horno, penetró en la casa de los gigantes y corrió rápidamente a sus habitaciones. Los gigantes roncaban tan fuerte que la casa temblaba: a Thorstein no le resultó difícil coger la llave que necesitaba. Abrió la habitación donde estaba la bella Signy, la desató de la columna y ambos abandonaron la casa.

El caballo alazán les esperaba, montaron en su lomo y partieron inmediatamente. ¡Menuda galopada! El caballo iba tan deprisa que los cascos echaban chispas y Thorstein canturreaba de cuando en cuando, estrechando a Signy entre sus brazos.

Viajaron mucho, hasta el momento en que se creyeron fuera de peligro. Pero ¡ay!, cuando llegaron a la orilla del mar se oyó un estruendo terrible. Los gigantes les alcanzaban.

Entonces, Thorstein detuvo el caballo tirando muy fuerte de las bridas, sacó su espada y fue al encuentro de los gigantes. En ese momento, oyó otra vez al oído una voz suave:

—No tengas miedo, yo te ayudaré...

Pero los gigantes ya estaban allí. Uno, dos, tres, los siete hermanos rodearon al joven y le amenazaron con sus dagas. Pero un solo golpe con la espada del príncipe bastó para tirar a los gigantes al suelo, y sus siete cabezas rodaron por tierra como siete enormes coles...

Signy lanzó un grito de alegría. He pronto, vieron en el mar un gran barco que llegaba con sus velas desplegadas. Era el buque real del padre de Signy.

Ahora, todo hace suponer que el cuento va a terminar y que terminará bien: Thorstein se fue en su caballo alazán a casa de los gigantes y trajo mucho oro y también piedras preciosas que los gigantes habían robado. Después, subió al barco con Signy.

Pero ni Signy ni Thorstein sabían cómo su felicidad enfurecía al capitán del barco, Raud. El anciano rey le había prometido a Signy por esposa y la mitad de su reino, con la condición de que le devolviera a su hija. Y Raud no olvidaba la promesa.

Fingió mucha amabilidad con el príncipe y la princesa, mandó que les sirvieran las mejores comidas y las mejores bebidas y les obligó a estar despiertos tanto tiempo que se durmieron de cansancio.

Era lo que Raud esperaba. Con la ayuda de varios marineros transportó al príncipe dormido a una barquita y la lanzó a las olas del mar, en donde se

había desencadenado una tormenta. Thorstein nada sospechó. El buque desapareció en la noche oscura mientras las olas balanceaban la barca como si fuera una cáscara de nuez.

El príncipe no se despertó hasta la mañana siguiente, ¡pero menuda sorpresa! Estaba solo en medio del mar agitado que amenazaba a cada instante con volcar la barca. Pero entre el silbido del viento glacial, Thorstein distinguió una vocecita que le decía:

—No tengas miedo, príncipe...

El mar se calmó súbitamente, como por milagro, solamente el vendaval empujaba la barca con su soplo glacial como una flecha por la superficie.

Pronto cesó el viento y Thorstein distinguió la costa, luego una ciudad y el palacio real. La barca se detuvo en sus proximidades, y cuando el príncipe preguntó al guardián del palacio a quién pertenecía, comprendió sorprendido que era el del padre de Signy. Entró en el palacio y contó al rey cómo había salvado a su hija y cómo el perverso capitán le había abandonado en una barca en el mar.

El rey no quiso dar crédito a sus oídos, pero en ese momento el guardián anunció la llegada del buque mandado por el capitán Raud. El capitán estaba tan seguro de su victoria que había enviado por delante una barca rápida con un mensaje para el rey, pidiéndole que preparara la boda. Había amenazado de muerte a la princesa Signy si revelaba la verdad al rey...

El soberano, con un gesto, mandó a Raud que anclara el barco y fingió que lo preparaba todo para la boda con el capitán.

Raud vio efectivamente que unos soldados con uniformes de gala esperaban el barco en el puerto y, cuando el barco echó el ancla, Raud pasó por un puente cubierto con una alfombra roja y, orgulloso como un pavo real, fue directamente hacia el rey:

—He salvado a tu hija, que estaba prisionera de los gigantes...

No pudo terminar su historia porque el rey hizo un gesto y apareció Thorstein. Ante él, el capitán confesó lo que había hecho y le condenaron a prisión. Y a continuación fue cuando se celebró la magnífica boda.

Signy resplandecía de felicidad, y el rey, en agradecimiento, regaló a Thorstein su reino. Vivieron mucho tiempo y fueron muy dichosos hasta el fin de sus días y nunca olvidaron al difunto agradecido que tanto había ayudado a Thorstein. Aunque nunca más volvió a oírse su voz.

# NORUEGA

## La gata prodigiosa

**E**N una aldea perdida en las montañas murieron un día unos ancianos. Como herencia dejaron a sus tres hijos los siguientes objetos: un caldero de cobre, una sartén de hierro y una gata negra. La herencia fue muy fácil de repartir: el hermano mayor, Gunnar, cogió el caldero; el segundo hermano, Ebe, recibió la sartén, y para el hermano pequeño, Hakon, sólo quedó la gata negra.

Hakon no era mal muchacho, pero por ser el más joven, siempre tenía la impresión de que sus hermanos no le hacían caso, y siguió con aquella sensación después del reparto de la herencia.

Acarició a la gata y murmuró, disgustado:

—Si Gunnar presta a alguien el caldero, todavía le quedará en el fondo lo suficiente para comer. Si Ebe presta la sartén, le quedará la suficiente grasa para hacerse la cena. Pero yo, con una gata, ¿qué puedo hacer?

Siguió acariciando a la gata, tan satisfecha que ronroneaba de placer. Luego, lamió con su lengua áspera la mejilla de Hakon y le dijo dulcemente

—No tengas miedo y no te quejes. ¡Ya verás! ¡Te ayudaré!

Cuando los hermanos hubieron comido lo que quedaba en la casa, decidieron marcharse a buscar fortuna.

Gunnar tomó el camino de la izquierda, Ebe el de la derecha y Hakon siguió a su gata, que se dirigía directamente al bosque. Caminó un poco, luego se detuvo y dijo:

—Se me ha olvidado barrer la habitación.

Dio media vuelta y volvió a casa, pero la gata siguió su camino.

Después de cruzar el bosque, llegó a una pradera donde se encontraba una manada de renos. La gata eligió al más grande, saltó entre sus cuernos, le clavó las uñas y dijo con voz enérgica:

—¡Si no vas adonde yo te diga, te sacaré los ojos y te empujaré a través de rocas y barrancos hasta el abismo de la muerte donde el mar sin fondo ruge y brama!

¿Qué podía hacer el pobre reno? Obedeció, porque no podía ver quién se le había encaramado en la cabeza. Tuvo miedo, pues pensó que se trataba del diablo en persona.

Y la gata le dijo que la llevara al palacio real. Allí le ordenó que se detuviera justo ante el rey.

—Majestad, mi amo, el señor Hakon, os transmite sus saludos y os envía como regalo el reno más fuerte de su manada. Espera que pueda servirlos para vuestro atalaje real —anunció la gata haciendo una reverencia.

—¿Has dicho el señor Hakon? —trató de recordar el rey—. ¡Debe de ser un hombre muy rico para que pueda enviarme tan magnífico regalo!

—Sí, majestad, el señor Hakon es el hombre más rico de vuestro reino —afirmó la gata.

—Entonces dirás a tu amo que le doy las gracias y le envío mis saludos más cordiales —contestó el rey, y mandó a Hakon un carro lleno de regalos.

Cuando la gata volvió a casa, Hakon ya había hecho la limpieza y descansaba sentado en el umbral. No miró los regalos que el rey le mandaba, pero cogió a la gata sobre sus rodillas y la acarició mientras decía con tristeza:

—Claramente, mis hermanos han tenido más suerte que yo con la herencia: Gunnar con el caldero, Ebe con la sartén, pero yo, ¿qué puedo hacer con una vieja gata?

A la gata le gustó mucho que la acariciara, ronroneó y le consoló:

—¡No tengas miedo y no te quejes! ¡Ya verás! ¡Te ayudaré!

Al día siguiente, salieron de casa otra vez. La gata iba la primera, Hakon el segundo. No habían hecho más que dar algunos pasos cuando Hakon recordó de repente:

—He dejado las ventanas de la casa abiertas de par en par. Si hay tormenta...

Dio inmediatamente media vuelta y cogió el camino de casa. La gata, con el rabo en alto, siguió sola su camino.

En los pastos que estaban junto al bosque encontró una manada de caballos. La gata eligió el más fuerte y hermoso, uno que tenía brillante pelo y largas crines.

—Si no vas adonde yo te diga, te sacaré los ojos y te empujaré a través de rocas y barrancos hasta el abismo de la muerte donde el mar cruel ruge y brama.

¿Qué podía hacer el pobre caballo? Obedeció, y la gata le condujo a través de montañas y valles hasta el palacio real. Allí le ordenó que se detuviera justo delante del rey, hizo una reverencia y dijo:

—Majestad, mi amo os presenta sus mejores saludos y os envía el caballo más rápido que posee. Espera que podrá servirlos para vuestro correo.

—¡Qué magnífico animal! —exclamó el rey—. En mis caballerizas no tengo ningún caballo tan bonito como éste. ¡Tu amo debe de ser un hombre muy rico si puede enviarme regalos tan extraordinarios!

—Sí, sí, la riqueza de mi amo no tiene fin —reconoció la gata.

—Transmitirás a tu amo mi agradecimiento real —dijo el soberano. Y mandó a Hakon dos carros llenos de regalos. El primero contenía las mejores golosinas del mundo entero; el segundo, magníficos trajes, dignos de un rey.

Cuando la gata volvió a casa, se frotó contra las piernas de Hakon y esperó que esta vez la expresara su agradecimiento. Pero Hakon no miró los regalos, cogió a la gata en sus rodillas y se lamentó mientras la acariciaba:

—De qué me sirve mi herencia... Mi hermano mayor tiene un caldero de cobre, el segundo hermano una sartén de hierro, y yo solamente esta vieja gata...

—Espera y no te lamente —le consoló la gata—. ¡Te ayudaré! ¡Ya lo verás!

El tercer día salieron de nuevo. La gata abrió la marcha con el rabo orgullosamente erguido como el mástil de un velero, y Hakon la seguía. De repente, frunció el ceño y dijo:

—¡He dejado encerrados en la casa a los ratones y pueden morir de hambre antes de que volvamos!

Entonces dio media vuelta y volvió a casa. Pero la gata continuó. En medio de un claro, bajo un frondoso pino, vio a una familia de osos. El padre buscaba miel de abejas silvestres en un árbol hueco y la madre jugaba con sus pequeños. La gata se deslizó hasta donde se encontraba el oso, le saltó al cuello, le clavó las uñas en la cabeza y le susurró al oído esta terrible amenaza:

—¡Te arrancaré los dos ojos si no vas adonde te ordene!

¿Qué podía hacer el pobre oso? Corrió a través de montañas y valles hasta el palacio real, como la gata le pedía. Y dio tales zancadas que la tierra tembló, las piedras saltaron y crujieron las ramas de los árboles.

Cuando llegaron ante el rey, el pobre oso estaba bañado en sudor. El monarca se quedó muy sorprendido ante la extraña visita.

La gata hizo una profunda reverencia y anunció:

—Mi amo envía a vuestra majestad sus mejores saludos y este enorme oso como regalo. Seguramente podréis utilizarlo como general o ministro, pues es fuerte y sabio.

—Me siento muy complacido —respondió el rey—. ¡Desde hace mucho busco un consejero sabio! Di al señor Hakon que le doy las gracias por su regalo. ¿No se te ocurre cómo podría recompensarle?

—Sé que a mi amo le gustaría casarse con vuestra hija menor —propuso tímidamente la gata.

El rey se quedó un poco desconcertado, pero respondió inmediatamente:

—¿La princesa más joven y más bella? Pide demasiado, pero ya veremos. ¡Que venga a verme y lo discutiremos!

—Será difícil —respondió la gata—. A mi amo no le gusta entrar en palacios tan sencillos como éste.



—¿Entonces tiene un palacio más hermoso que el mío? —se sorprendió el rey.

—No quisiera ofender a vuestra majestad —dijo la gata—, pero no hay comparación posible entre este palacio, aunque es muy hermoso, y el de mi amo.

Estas palabras ofendieron al rey, y gritó a la gata, tan fuerte que todas las ventanas del palacio temblaron:

—¡Cómo te has atrevido a decir eso, desgraciada! ¿Acaso es posible que alguien posea un palacio más bello que el del propio rey?

La gata se quedó muy tranquila, solamente alzó un poco más el rabo y dijo con gran calma:

—¡Creeréis a vuestros propios ojos cuando veáis dónde vive mi amo!

—¡Pero te retorceré el cuello si no es verdad! Mañana iré a ver a tu amo —decidió el rey—. ¿Dónde vive?

—En un palacio en la Montaña Azul —respondió la gata, y se fue rápidamente a casa.

A la mañana siguiente, el rey se dirigió a visitar a Hakon con toda su corte.

Al amanecer, la gata aconsejó a su amo que se pusiera su mejor traje, cogió de la fresquera una gran tarta y ambos se pusieron en marcha hacia la Montaña Azul.

El camino pasaba por una pradera en la que pacía un inmenso rebaño de ovejas.

—¿A quién pertenecen estas ovejas? —preguntó la gata al pastor.

—Son del troll Hellge de la Montaña Azul —respondió el pastor.

—Escucha, pastor. El rey pasará pronto por aquí. Seguramente te preguntará a quién pertenecen estas ovejas. Y tú le contestarás que son las ovejas del señor Hakon. Si dices otra cosa, te sacaré los ojos y te empujaré a través de rocas y barrancos hasta el abismo de la muerte. ¿Has comprendido?

El pastor tuvo miedo y prometió a la gata decir lo que deseaba. Poco después, el rey pasó con su corte y gritó al pastor:

—¡Eh, pastor! ¿De quién es este inmenso rebaño?

—Del señor Hakon —contestó el pastor.

—Por lo que veo, las ovejas del señor Hakon son más grandes que las mías —dijo el rey.

Mientras tanto, la gata y su amo pasaban por una ladera en la que se encontraba un rebaño de hermosas cabras con largo pelo.

—¿De quién son estas cabras? —preguntó la gata a la pastorcita que guardaba el rebaño.

—Son las cabras del troll Hellge de la Montaña Azul —contestó la muchacha.

La gata se le acercó, enseñó sus uñas, mostró sus dientes y gritó en tono perverso:

—Pronto el rey pasará por aquí. Cuando te pregunte de quién son estas cabras le responderás: son las cabras del señor Hakon. Si dices otra cosa, te sacaré los ojos y te empujaré a través de rocas y barrancos directamente al abismo de la muerte. ¿Has comprendido?

La pastorcita se asustó y prometió decir lo que quería la gata.

Cuando pasó el rey y le preguntó de quién eran las cabras, contestó:

—Son las cabras del señor Hakon.

El cortejo continuó y llegó ante un prado donde se encontraba una inmensa manada de vacas. La gata, que había pasado antes que el cortejo, se había asegurado con amenazas de que la respuesta del vaquero sería:

—Estas preciosas vacas pertenecen al señor Hakon.

Tras esta declaración, el rey no dijo nada: había comprobado con sus propios ojos que Hakon era realmente el hombre más rico de su reino.

Durante este tiempo, la gata y Hakon llegaron a la Montaña Azul y se dirigieron directamente al palacio del troll Hellge. ¡Qué palacio tan bello! Estaba construido con ladrillos de oro y el tejado se cubría con tejas de plata. Pero el palacio estaba en silencio; no había nadie en ninguna parte. Cuando la primera estrella apareció en el cielo, tembló la tierra, gimió el viento en las copas de los altos árboles y se oyeron truenos: era el troll Hellge, de tres cabezas, que volvía a pasar la noche a su palacio.

Precisamente ése era el momento que esperaba la gata. Se atravesó en la puerta e interceptó el paso al troll.

—¡Déjame pasar! —aulló el troll.

—Espera, no grites tanto —dijo tranquilamente la gata—. Te he traído una excelente tarta, ¡pruébala!

El troll acercó una cabeza, luego otra, después la tercera y las tres cabezas olfatearon la tarta. El troll gritó:

—¡Guarda la tarta, huele a hombre! ¡Y déjame pasar!

—No me sorprende que me digas que no huele bien —rió la gata—. No es una tarta corriente: ¡el propio obispo la ha bendecido con agua bendita!

—Déjame tranquilo con tu tarta y permíteme pasar —dijo más suavemente el troll alejándose de la puerta.

Y la gata descubrió que le daba miedo aquella tarta «bendita».

—Te dejaré pasar —maulló—, pero antes quiero explicarte lo mucho que hay que trabajar para transformar los granos de centeno en esta tarta. ¡Y tú ni siquiera quieres probarla!

—Déjame entrar, por favor —suplicó el troll—. Pronto saldrá el sol y todavía estoy fuera.

—Espera, en seguida termino, tengo que explicarte en primer lugar cómo se obtiene el centeno —insistió la gata con voz melosa.

Y empezó a contar lentamente la historia:

—En primer lugar, el campesino prepara el campo, lo rastrilla y siembra las semillas. Luego espera la lluvia, más tarde el sol, y otra vez la lluvia y otra vez el sol. ¡Qué incertidumbre! Pero un buen día las semillas germinan, el campo reverdece...

—¡Lárgate de aquí o te aplastaré con mi pie y a la tarta contigo! —amenazó el troll, pero no se atrevió a acercarse porque tenía miedo a la tarta bendita.

—Espera —ronroneó dulcemente la gata—, no me interrumpas: si no, jamás terminaré la historia. Veamos, ¿por dónde iba...? ¡Ah, sí! Entonces el centeno germina y crece lentamente, luego madura al sol, las espigas se van haciendo grandes y frondosas y más tarde...

—Déjame entrar en mi casa —imploró el troll—. ¡Ya veo los rayos del sol tras las montañas!

—En seguida, sólo unos segundos más, pero no debes interrumpirme —dijo la gata continuando la historia—. ¿Qué estaba diciendo? ¡Ah, sí! Las espigas maduran, y después el campesino afila la guadaña y las siega, las pone a secar en haces, luego las transporta al granero y, en invierno...

—¡Déjame entrar, gata infame, tengo que entrar a cualquier precio! —gritó el troll loco de rabia, mientras la gata seguía entre él y la puerta y continuaba su historia, para que fuera más larga y para que el troll permaneciera más tiempo en el exterior.

De repente, dejó de hablar e hizo un gesto con la pata hacia el este:

—¡Mira, una bella muchacha vestida de oro viene hacia ti!

El troll volvió las tres cabezas en la dirección indicada y vio cómo el sol salía por el horizonte.

Una sola mirada al sol, y el troll quedó petrificado.

Y así fue como Hakon, gracias a la ayuda de su astuta gata, se convirtió en el hombre más rico del reino. Todos los rebaños, así como el palacio del troll, le pertenecían.

—Ve a recibir al rey: llega con su séquito —aconsejó la gata a su amo.

—Veo que realmente eres noble —dijo el rey a Hakon—. Si quieres, te daré a mi hija menor por esposa.

Hakon aceptó y comenzaron los preparativos de la gran boda. Los cocineros trabajaron día y noche. Los modistos más famosos prepararon el vestido de la novia, y el velo blanco bordado en plata era tan largo que lo tuvieron que llevar trescientos ochenta y seis pajes.

El día de la boda, cuando Hakon dio las gracias a la gata por lo que había hecho por él, la gata le pidió que le cortara la cabeza para recompensarla. Hakon se negó rotundamente, pero la gata insistió tanto que cedió: desenvainó la espada y de un solo golpe cortó la cabeza de la gata. Cuando la cabeza tocó el suelo, la gata se transformó en un apuesto príncipe que dio las gracias a Hakon por haberle liberado. Era el hijo de un rey vecino que había sido transformado en gata negra por el malvado troll Hellge. El feliz príncipe liberado pidió en matrimonio a la segunda princesa. El rey se la dio de buen grado, porque conocía muy bien a su padre.

Cuando el cortejo nupcial se dirigía a la iglesia encontraron a otro príncipe de un país lejano que buscaba una princesa para casarse con ella. El rey le dio la tercera de sus hijas, y así se celebraron tres bodas al mismo tiempo.

## Las tres cornejas

**N**O muy lejos de Telemark vivían, hace muchísimo tiempo, un pobre pescador y su mujer. No poseían más que una cabaña, una vieja barca, unos cuantos anzuelos y varias redes remendadas. El viejo pescador se ganaba la vida penosamente: con el fin de ahuyentar la miseria de su vejez luchaba con el mar para capturar algunos peces.

En aquella vida miserable, el matrimonio no tuvo más que una sola alegría: su hijo Olaf. Fue un niño muy bueno, gozaba de excelente salud, era muy alegre y siempre estaba de buen humor.

Debo subrayar que Olaf tenía una vista magnífica: por ejemplo, cuando contemplan un campo de tréboles, siempre encontraba uno de cuatro hojas. Seguramente, ésa era una de las causas de su felicidad. Veía incluso lo que era invisible y, además, cuando se pasaba la mano derecha por la cara, él también se volvía invisible.

Un día, al viejo pescador le sorprendió una tormenta y no volvió. A la mañana siguiente, el mar llevó a la orilla su barca volcada. La viuda derramó abundantes lágrimas, pero Olaf la consoló diciéndole que su padre seguramente se había refugiado en la isla legendaria que lleva el nombre de Udröst. Era una isla que emergía del mar durante las tempestades para que los náufragos pudieran encontrar refugio.

—Si tuvieras razón... —suspiró la madre—, pero ahora, ¿de qué viviremos?

—Iré a buscar trabajo, mamá, no tengas miedo.

Y Olaf se fue al puerto y se enroló como grumete en un barco. Como trabajaba concienzudamente, con aplicación y habilidad, el capitán del barco le cogió afecto. Y muy pronto, Olaf, a pesar de su juventud, se convirtió en un verdadero marinero; nunca le pillaron desprevenido. Y cuando el barco volvió de su primer viaje largo toda la tripulación le quería.

Poco después, el barco se preparó para una nueva salida. Pero esta vez, Olaf decidió no ir, porque tenía que arreglar la cabaña de su madre y trabajar

en el campo. En vano el capitán insistió, en vano los compañeros se burlaron de él diciéndole que iba a ser un marinero muy extraño si se dedicaba a trabajar en el campo. Les prometió que iría con ellos en el siguiente viaje, pero que esta vez sólo les ayudaría a cargar las mercancías en el barco.

Y así fue. El domingo, cuando el velero ya estaba cargado, la tripulación marchó a pasear por el puerto; sólo Olaf se quedó en el barco para vigilarlo. Limpió la cubierta, enrolló cuidadosamente la amarra y luego se sentó a descansar. Se pasó la mano derecha por la cara para ahuyentar el cansancio y, de repente, a pesar suyo, se volvió invisible.

Poco después, oyó voces femeninas en la bodega del barco. Se quedó muy sorprendido y, para descubrir a las que hablaban, bajó muy despacio a la bodega. Las voces salían del camarote del capitán. Escuchó atentamente y le dio la impresión de que era la mujer del capitán la que conversaba con la mujer del primer oficial y la mujer del timonel.

«¿Cómo es posible que estén en el barco? ¡Juraría que hace un momento estaba yo solo! ¡Debe de ser cosa de brujería!».

Olaf, invisible, reflexionó y miró por el agujero de la cerradura del camarote.

Y esto fue lo que descubrió: tres grandes cornejas negras. Una hablaba con la voz de la mujer del capitán, otra poseía la voz de la del primer oficial, y la tercera tenía la voz de la mujer del timonel.

—Temo, queridas hermanas —dijo la primera corneja—, que no podemos seguir ocultando nuestra magia a nuestros maridos. El mío descubrió mi libro de brujería hace poco. Le dije que lo había encontrado debajo de un banco en el puerto, pero no me creyó del todo. Y desde entonces me mira a veces de forma tan extraña, que me da miedo.

—Mi marido también sospecha de mí —añadió la segunda corneja, que tenía la voz de la mujer del primer oficial— desde que encontró en la cama plumas negras de corneja.

—Y el mío me ha dicho que pensaba que era una bruja y que tendría un final desgraciado —dijo, completando las quejas de sus hermanas, la tercera corneja; y añadió—: Hace poco, mi marido volvió antes de lo que esperaba y me sorprendió preparando una bebida mágica y revolviéndola con una cola de vaca...

—No hay nada que hacer, queridas hermanas —decidió la primera corneja—. Tarde o temprano descubrirán que somos brujas y será nuestro fin. Nos quemarán en la hoguera. Y para evitarlo tenemos que librarnos de ellos en seguida...

—De acuerdo, de acuerdo —graznaron la segunda y la tercera corneja—, pero ¿cómo podremos librarnos de ellos? ¿Cómo, hermanas, cómo?

—Silencio, ¿no tenéis la impresión de que hay alguien escuchando detrás de la puerta? —dijo la primera corneja, y abrió bruscamente la puerta.

—No, no hay nadie —dijo tras comprobarlo y, tranquilizada, prosiguió—: Ya sé cómo nos libraremos definitivamente de nuestros maridos. Mañana, este barco emprenderá un viaje muy largo. Cuando llene la luna, nos transformaremos en tres enormes olas y volcaremos y hundiremos su barco.

La idea gustó a las otras dos cornejas.

—¿Y no pensáis que puedan salvarse? —preguntó con inquietud la segunda corneja, que era la mujer del primer oficial.

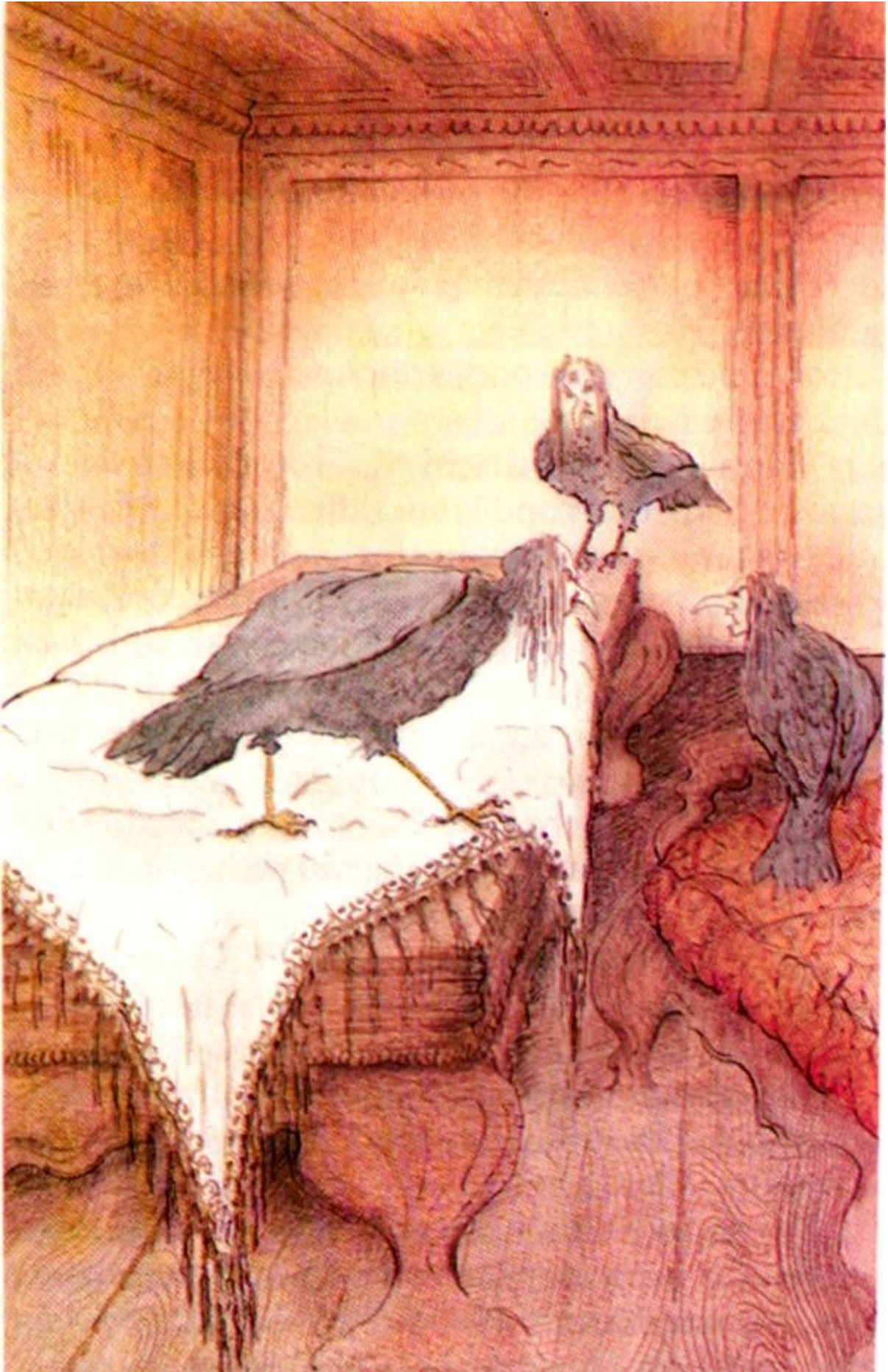
—No tendrían sino una sola posibilidad de salvarse, pero afortunadamente la ignoran. Mejor para nosotras, porque sería nuestro fin si la descubrieran. Pero, queridas hermanas, ¿no os da la impresión de que huele a humo? ¿Estáis seguras de que no hay nadie en el barco?

—Hemos mirado por todas partes y no hemos visto a nadie.

—¿Y el humo?

—Supongo que los marineros olvidaron apagar el fuego en la cocina —graznó la tercera corneja, que era la esposa del timonel—. Ahora dinos, ¿de qué modo nuestros maridos podrían salvarse?

—En primer lugar, necesitarían tres medidas de madera de abedul. Cuando llegara la primera ola, tendrían que lanzar a la ola la primera medida, la segunda medida a la segunda ola y la tercera a la última ola. Sólo esto podría salvarles, pero para nosotras sería el fin, porque la madera de abedul nos mataría.



—Sí, sí, sería nuestro fin; afortunadamente nadie está al corriente —rieron a carcajadas las cornejas; luego abrieron el ojo de buey y emprendieron el vuelo a gran velocidad.

Al día siguiente, cuando el barco estuvo dispuesto para partir, el capitán volvió a insistir a Olaf para que embarcara con ellos. Se burló de él y le dijo que no quería ir porque tenía miedo.

—Sabes perfectamente, capitán, que no tengo ningún miedo —protestó el joven y añadió—: Iré con vosotros, pero con dos condiciones: si te niegas me quedaré en tierra firme.

—¡Vaya, vaya, muchachito! ¡El más joven de nosotros y poniendo condiciones! Bueno, ¿qué quieres que haga? —dijo el capitán fingiendo enfadarse.

—Mi primera condición es la siguiente: comprarás y embarcaras tres medidas de madera de abedul. Y mi segunda condición es ésta: la noche de luna llena me confiarás el mando del barco —anunció firmemente Olaf.

—Pero, muchacho, ¿te has vuelto loco? —dijo riendo el viejo capitán—. ¿Cuándo se ha visto a un grumete mandar un barco?

—Haz lo que quieras —declaró Olaf—, pero créeme: si voy con vosotros, será bueno para todo el mundo. Y si no aceptas mis condiciones, te prometo que abandonaré este barco y no volveré a tener la oportunidad en mi vida de lavar su puente y enrollar su amarra.

El capitán era un hombre sabio y lleno de experiencia. Conocía muy bien a Olaf y se dio cuenta de que éste, que siempre estaba alegre, hablaba muy en serio aquel día. Y aceptó sus condiciones.

—Es un buen grumete y seguramente por el camino cambiará de opinión —dijo el primer oficial.

—Déjale, intentaré paliar los errores que cometa —añadió el timonel.

Al día siguiente, las tres medidas de leña fueron embarcadas y el navío abandonó el puerto con la marea alta.

Navegaron durante varios días. Llegó la noche de luna llena, en la que Olaf debía tomar el mando del barco. Por la mañana, el mar estaba en calma y en el cielo no se veía nube alguna. Pero, pese a ello, Olaf dio orden de arriar todas las velas.

—Nuestro nuevo capitán ha perdido la razón —comentaron irónicamente los tripulantes—; hace un tiempo estupendo y pide que arriemos las velas como si fuera un día de violento temporal...

—No os preocupéis por mi razón —dijo Olaf; y ayudó a arriar la última vela.

De repente, el cielo se cubrió de negras nubes, sopló un fuerte viento, el mar se agitó y se levantaron enormes olas. Cuando la primera ola se estrelló contra el puente, los marineros se dieron cuenta de que si hubieran dejado las velas izadas, el barco estaría perdido. Olaf ordenó lanzar a la ola la primera medida de leña.

Cuando el último tronco tocó el mar, se oyó un lamento. Los marineros se miraron angustiados, pero advirtieron que todos estaban sanos y salvos y que el mar se había calmado.

—¡Gracias a Dios! —suspiró el capitán—. Cuando volvamos al puerto, anunciaré al propietario del barco que fuiste tú quien lo salvó.

—Esto no es nada —dijo el joven grumete riendo—; nos esperan momentos todavía más difíciles.

Y ordenó atar los objetos que había a bordo.

Y llegó la segunda ola, más fuerte y más grande que la primera. Era tan alta como el campanario de una iglesia y se dirigió directamente al puente. La tripulación perdió la voz de terror. Pero el joven grumete mandó lanzar la segunda medida de madera de abedul al mar. Y estuvo atento para que ningún tronco de la tercera medida fuera lanzado al mar por error.

Y de nuevo, cuando el último tronco llegó a la superficie, se oyó un lamento y luego el mar recuperó la calma.

—Y ahora, preparémonos: está a punto de llegar una ola todavía mayor que las otras —advirtió Olaf, y pidió a cada marinero que se atara con una cuerda.

Apenas su orden había sido ejecutada cuando el mar se desencadenó de forma extraordinaria. Primero reinó una completa oscuridad y luego una inmensa ola, alta como un faro, se precipitó sobre el velero. El barco crujió y gimió.

—¡Dios mío! —dijo santiguándose el timonel—, jamás había visto un infierno igual. Temo que no salgamos de ésta sanos y salvos. Si por lo menos la legendaria isla Udröst emergiera del mar, de modo que pudiéramos alcanzarla..., porque estoy seguro de que el barco no resistirá ante una ola semejante...:

Pero la isla legendaria no hizo su aparición, y nadie oyó las palabras del timonel. Las absorbió el rugido de la tempestad, el furioso estruendo de las olas que, sin piedad, arrancaron las vergas y azotaron el puente.

En ese momento, Olaf, sin vacilar y solo, se precipitó hacia la última medida de madera de abedul y se puso a arrojarla al mar, tronco por tronco.

Cuando el último tronco tocó la superficie, de nuevo se oyó un lamento y después las olas se calmaron como por encanto. Pero los marineros advirtieron que el mar, alrededor del barco, estaba rojo de sangre.

Entonces Olaf explicó a los marineros:

—Tres brujas malvadas se transformaron en olas para hundir nuestro barco. Los troncos de abedul las aplastaron y por eso el mar está rojo de sangre. Pero ahora nos encontramos fuera de peligro.

Después contó que había sido testigo de la reunión de las brujas transformadas en cornejas.

El capitán, el primer oficial y el timonel se pusieron muy tristes al conocer la perfidia de sus mujeres. Sus presentimientos no les habían engañado.

Cuando, después de un tiempo, los tres volvieron a sus casas, los vecinos les anunciaron que sus esposas habían desaparecido justo antes de la luna llena y que desde entonces nadie había vuelto a verlas.

Olaf volvió a casa de su anciana madre, pero no se quedó mucho tiempo. Justo lo necesario para reparar la cabaña y sembrar el trigo. De nuevo le atrajo el mar. El capitán contó al armador cómo Olaf había salvado su barco, y el armador, agradecido, nombró al joven grumete capitán del barco mayor que tenía. Y en ese barco Olaf sigue navegando todavía.

## Al este del Sol y al oeste de la Luna

**M**UY lejos, en las montañas, vivía un campesino muy pobre. Trabajaba de la mañana a la noche, pero no siempre tenía con qué alimentar a sus muchos hijos. Sin embargo, y a pesar de su pobreza, sus hijos eran guapos y gozaban de buena salud; la pequeña sobre todo era bellísima.

Una noche, cuando la familia estaba sentada ante la chimenea, alguien dio unos golpecitos en la ventana. El campesino abrió la puerta y vio en el umbral un gran oso blanco.

—Sé que eres muy pobre, campesino —dijo el oso blanco—, pero si me das a tu hija pequeña por esposa, te convertirás en un hombre muy rico.

—Bueno —dijo el campesino—, me gustaría mucho ser rico, pero debo consultar a mi hija para saber si está de acuerdo. Vuelve dentro de una semana y te daré su respuesta.

Cuando el campesino comunicó a su hija la proposición del oso, ella empezó a llorar y sollozó mucho tiempo. Pero más tarde se dejó convencer de que para poner fin a la pobreza de su familia tenía que casarse con el oso. Preparó su hatillo y esperó la llegada del oso.

Cuando el oso blanco fue a buscar la respuesta, se sentó sin decir una palabra en su enorme lomo y ambos partieron inmediatamente.



Viajaron durante mucho tiempo a través de montañas y bosques. Por fin llegaron ante una gran montaña. El oso dio unos golpes con la pata, la montaña se abrió y entraron en un bello castillo. Pasaron por varios salones y, por último, entraron en una inmensa sala decorada desde el techo hasta el suelo con grandes espejos e iluminada por enormes arañas de cristal. En medio de la sala había una larga mesa dispuesta para un banquete, con numerosos manjares presentados en magníficas fuentes de plata.

—¿Te gusta mi casa? —preguntó el oso.

—Sí, es preciosa —respondió la muchacha.

Entonces el oso dio a la joven una campanilla de plata y le dijo que la tocara cada vez que necesitara algo y que su deseo se realizaría inmediatamente.

La joven se sentó a la mesa, comió bien y, como estaba cansada después del largo viaje, le entraron ganas de dormir. Quiso preguntar al oso dónde estaba su habitación, pero se dio cuenta de que el animal había desaparecido. Entonces cogió la campanilla de plata, la hizo sonar y, en el mismo instante, se encontró en un maravilloso dormitorio. Cuando se hubo acostado entre sábanas de seda, la luz se apagó sola y sintió cómo alguien se tendía silenciosamente a su lado. Pensó que era el oso blanco, pero, como la habitación estaba muy oscura, no pudo verle. Cerró los ojos y se durmió tranquilamente. Por la mañana no había nadie a su lado. Y así ocurrió al despertar cada día.

Después de cierto tiempo, el oso blanco le dijo:

—He advertido que estos últimos días estás muy triste. ¿Tienes añoranza?

La joven le confesó que pensaba a menudo en su familia, a la que no veía desde hacía mucho tiempo.

—Eso se arregla fácilmente. Si quieres, te llevaré a ver a tu familia, pero con una única condición: tienes que prometerme que no hablarás con tu madre a solas. Y te advierto que si no me obedeces, lo dos seremos muy desgraciados.

La muchacha sentía mucho afecto hacia el oso, que siempre era muy amable con ella, y por ello le prometió respetar la condición.

Entonces se sentó otra vez en el lomo del oso blanco y se pusieron en marcha para ir a ver a los padres de la joven. Viajaron mucho mucho tiempo. Atravesaron montañas y bosques, arroyos y ríos. Por fin llegaron, y la muchacha descubrió en el lugar de la choza de sus padres una preciosa granja.

—¿Ves? Ésta es la propiedad de tu familia —dijo el oso—. Diviértete con tus hermanos y hermanas, quédate con tus padres, pero no olvides la promesa

que me has hecho.

—No la olvidaré, puedes estar seguro —contesto la joven.

Cuando los padres, los hermanos y las hermanas les vieron llegar, fueron a su encuentro. Estaban muy bien vestidos y parecían muy felices. Agradecieron a la joven lo que había hecho por ellos, pero quisieron saber si era dichosa con el oso.

La muchacha les contó todo lo que había hecho; también les dijo que el oso era muy bueno y que era muy dichosa.

Después de la comida, la madre propuso a la muchacha hablar con ella a solas. La muchacha no quería aceptar y dijo a su madre que hablaran delante de todos, porque en su vida no había ningún secreto.

Pero la madre insistió y al final la joven se encontró sola con ella, que quería saber cómo era su prometido-oso.

La joven confesó que le entristecía no ver jamás a su prometido, pues se iba siempre antes del amanecer.

—No te preocupes —dijo su madre—, encontraremos un medio para que le veas.

Y dio a su hija una vela aconsejándole que la encendiera por la noche y mirara a su prometido mientras dormía. Pero había que tener mucho cuidado de que ninguna gota de cera cayera sobre él, porque le despertaría.

La muchacha cogió la vela y la guardó en el bolsillo. Por la noche, el oso fue a buscarla y emprendieron el camino de vuelta. Cuando hubieron llegado al castillo del oso, éste preguntó a la joven si había respetado la condición. La joven le respondió que no y al mismo tiempo le descubrió el consejo que su madre le había dado.

—Si sigues el consejo, los dos seremos desgraciados —dijo el oso blanco.

—No, no quiero que seamos desgraciados: te obedeceré —le prometió la muchacha.

Durante la noche siguiente todo ocurrió como de costumbre. Cuando las luces se apagaron, la joven notó cómo alguien se tumbaba junto a ella y se dormía en seguida. Y en ese momento, a la joven le venció la curiosidad. Cogió la vela, la encendió y cuál no fue su sorpresa al ver que a su lado, ¡dormía un bellissimo y joven príncipe! Era tan hermoso que la joven no pudo dominarse y le besó. Pero al besarle, tres gotas de cera cayeron en la camisa de seda del príncipe, lo que le despertó.

Después de comprobar lo que había pasado, empezó a lamentarse:

—Desdichada, ¿por qué lo has hecho? ¡Ahora nuestra felicidad se acabó! Si hubieras podido resistir a tu curiosidad seis meses más, me hubiera

liberado definitivamente, porque fue mi malvada madrastra la que me hechizó transformándome en oso blanco. Solamente tenía derecho, durante unas horas por la noche, a convertirme de nuevo en hombre. Pero ahora todo ha terminado y tengo que volver con mi madrastra a su castillo, que se encuentra al este del Sol y al oeste de la Luna. Allí vive una fea princesa con la nariz muy larga y me veré obligado a casarme con ella.

La joven lloró, suplicando al príncipe que se quedara con ella, pero fue en vano.

—Si no tienes más remedio que abandonarme, seré yo quien vaya a buscarte —le propuso la joven.

—Me gustaría mucho, pero temo que jamás encuentres el camino, porque ninguna senda conduce al misterioso castillo de mi madrastra. Está lejos, lejísimos. El castillo se halla al este del Sol y al oeste de la Luna y hasta ahora ningún ser humano ha llegado hasta allí —explicó el príncipe.

—No importa, lo encontraré aunque el castillo esté en el fin del mundo —le prometió la muchacha.

Por la mañana, cuando la joven se despertó, el príncipe y el castillo habían desaparecido y ella estaba sola en un claro en medio del bosque; a su lado no había sino el hatillo con el que un día salió de casa de sus padres hacía mucho tiempo. Entonces cogió el hatillo y se fue en busca del misterioso castillo que se hallaba al este del Sol y al oeste de la Luna.

Caminó durante mucho mucho tiempo, hasta que un día, por la mañana, llegó junto a una gran roca. En la roca había una gruta ante la cual estaba sentada una mujer muy anciana hilando en una rueca de oro un fino hilo de plata.

La joven la saludó cortésmente y la anciana respondió con amabilidad:

—Sé bienvenida, pequeña. Seguramente eres la muchacha que iba a casarse con el apuesto príncipe transformado en oso blanco, ¿verdad?

—Sí, soy yo —confesó la joven tristemente.

—Y ahora vas a buscarle, pero supongo que no conoces el camino.

—Sí, abuela, pero ¿cómo sabe todo eso?

—Mi querida niña —contestó sonriendo la anciana—, conozco muchas cosas, porque vivo aquí desde hace setecientos años. Desgraciadamente, nunca he oído hablar del castillo que buscas y que está al este del Sol y el oeste de la Luna.

Cuando la joven oyó aquello, se deshizo en lágrimas.

—Pero, pequeña, no debes desanimarte —le dijo la anciana, consolándola—. Tengo cuatro hijos que vuelan a través del mundo entero.

Estoy segura de que alguno de ellos sabrá dónde se encuentra el castillo que buscas. Cada día, antes de marchar, vienen a verme para contarme qué novedades hay. Ahora ve a acostarte; seguramente estás cansada y hambrienta después del largo viaje que has hecho. Entra en la gruta, allí encontrarás comida y un lecho para descansar.

La joven dio las gracias a la amable anciana, entró en la gruta y encontró una mesa en la que estaba preparada la comida. Se puso a comer, pero no se acostó. Inmediatamente después de la comida, empezó a hacer la limpieza. Limpió la chimenea, fregó el suelo y quitó el polvo por doquier. La anciana la miró y le dijo con una amable sonrisa:

—Eres una muchacha muy dispuesta y te agradezco que me hayas hecho la limpieza. Como recompensa te daré un huso de oro, ya verás cómo un día te será muy útil.

La muchacha le dio las gracias y guardó el precioso regalo en su hatillo.

A la mañana siguiente oyó entre las hojas de los árboles un ligero viento.

La anciana sonrió:

—Seguramente es mi hijo pequeño, que se llama el Viento del Este.

Y, en efecto, tras un ligero golpe de viento, un esbelto joven entró en la gruta.

—Veo, madre, que tienes visita —dijo besando a la anciana en la frente.

—Hijo mío, es una joven que busca a su prometido: está embrujado en un castillo que se encuentra al este del Sol y al oeste de la Luna. ¿No conoces el camino para ir a ese castillo?

—No lo sé. Nunca he ido tan lejos. Pero quizás uno de mis hermanos lo sepa —respondió el Viento del Este; dijo adiós a su madre y se fue.

La muchacha se puso muy triste, pero la anciana la consoló:

—No estés triste porque a mediodía llegará mi segundo hijo: el Viento del Sur. Es posible que sepa dónde está el camino para llegar al castillo que buscas.

A la joven le conmovieron mucho estas palabras de consuelo y, mientras esperaba al segundo hijo —el Viento del Sur—, empezó a hacer el pan, que quedó cocido antes del mediodía. La anciana se puso muy contenta y, para recompensar a la muchacha por su trabajo, le regaló una peonza de oro.

—Mereces el regalo, espero que un día te sea útil.

La muchacha le dio las gracias y guardó el precioso regalo en su hatillo.

De repente, las hojas de los árboles se agitaron, sopló un viento muy cálido y a la entrada de la gruta se presentó un joven bellísimo. Besó cortésmente la mano de la anciana y sonrió a la muchacha con dulzura.

—Es mi segundo hijo, el Viento del Sur —explicó la anciana, y contó a su hijo que la joven buscaba un castillo misterioso donde se encontraba su prometido.

Pero el Viento del Sur no conocía el camino que conduce al castillo que está al este del Sol y al oeste de la Luna. La muchacha volvió a ponerse triste, pero el Viento del Sur la consoló:

—No temas, muchacha. Cuando se ponga el sol vendrá mi hermano mayor, y es posible que conozca el camino que lleva al castillo misterioso.

Cuando el Viento del Sur se hubo marchado, la muchacha, para pasar el rato, se puso de nuevo a trabajar. Removió la tierra que había delante de la gruta e hizo arriates en los que plantó flores, para que alegraran a la anciana con sus colores cuando brotaran.

Esto emocionó a la anciana y, conmovida, dio a la muchacha una bobina de oro diciendo:

—Guarda este regalo, ya verás cómo un día te es muy útil.

La joven le dio las gracias y guardó la bobina de oro en su hatillo.

Después de ponerse el sol se levantó un viento frío, y de pronto un hombre mayor, con una larga barba que se movía con la fuerza del viento, se detuvo en la entrada de la gruta. Era el tercer hijo de la anciana: el Viento del Oeste. Rápidamente, acarició los cabellos de su madre y se dispuso a marcharse en seguida diciendo que tenía prisa. Pero la anciana le retuvo y le preguntó si conocía el camino que conduce al castillo que está al este del Sol y al oeste de la Luna.

El Viento del Oeste no conocía el camino, pero recordó que un día su hermano mayor, el Viento del Norte, le había hablado del castillo. Se volvió hacia la joven:

—Si quieres, pequeña, súbete a mis hombros y te llevaré donde está mi hermano. Espero que todavía esté en su casa, porque no sale hasta medianoche.

La muchacha dijo adiós a la anciana que había sido tan amable con ella, cogió su hatillo y se puso a hombros del Viento del Oeste.

Viajaron mucho tiempo, sobrevolando montañas y bosques, ríos y lagos, y hacia medianoche llegaron a una roca al borde del mar. Allí vivía el Viento del Norte.

—¿Quién viene contigo? —dijo brevemente una voz misteriosa, y ambos sintieron su soplo glacial.

El Viento del Norte era un viejo muy alto que tenía los blancos cabellos llenos de escarcha y una larga barba cubierta de témpanos.

—Hermano, ¿por qué eres tan lúgubre? Te he traído a una joven que iba a casarse con un bello príncipe. Pero su malvada madrastra le ha embrujado y ahora está en un castillo misterioso que se encuentra al este del Sol y al oeste de la Luna. Esta muchacha ama mucho a su príncipe y quiere liberarle. Ayúdala, hermano; sólo tú conoces el camino que conduce al castillo.

—Sí, yo sé dónde está —repuso el Viento del Norte—. Una vez soplé tan fuerte que empujé un harto de pesca hasta allí. Los pescadores siguen prisioneros en el castillo. Recuerdo que el camino es muy largo y muy difícil. Pero si tú, hija mía, no tienes miedo, te llevaré hasta allí.

—Oh, no, no tengo miedo en absoluto; quiero liberar a mi prometido —respondió la muchacha.

—Entonces, nos iremos inmediatamente, porque nuestro camino será largo —dijo el Viento del Norte.

El Viento del Oeste se despidió de ellos.

—Sujétate bien, volaremos tan deprisa como una tormenta. ¿No tienes miedo? —preguntó el Viento del Norte.

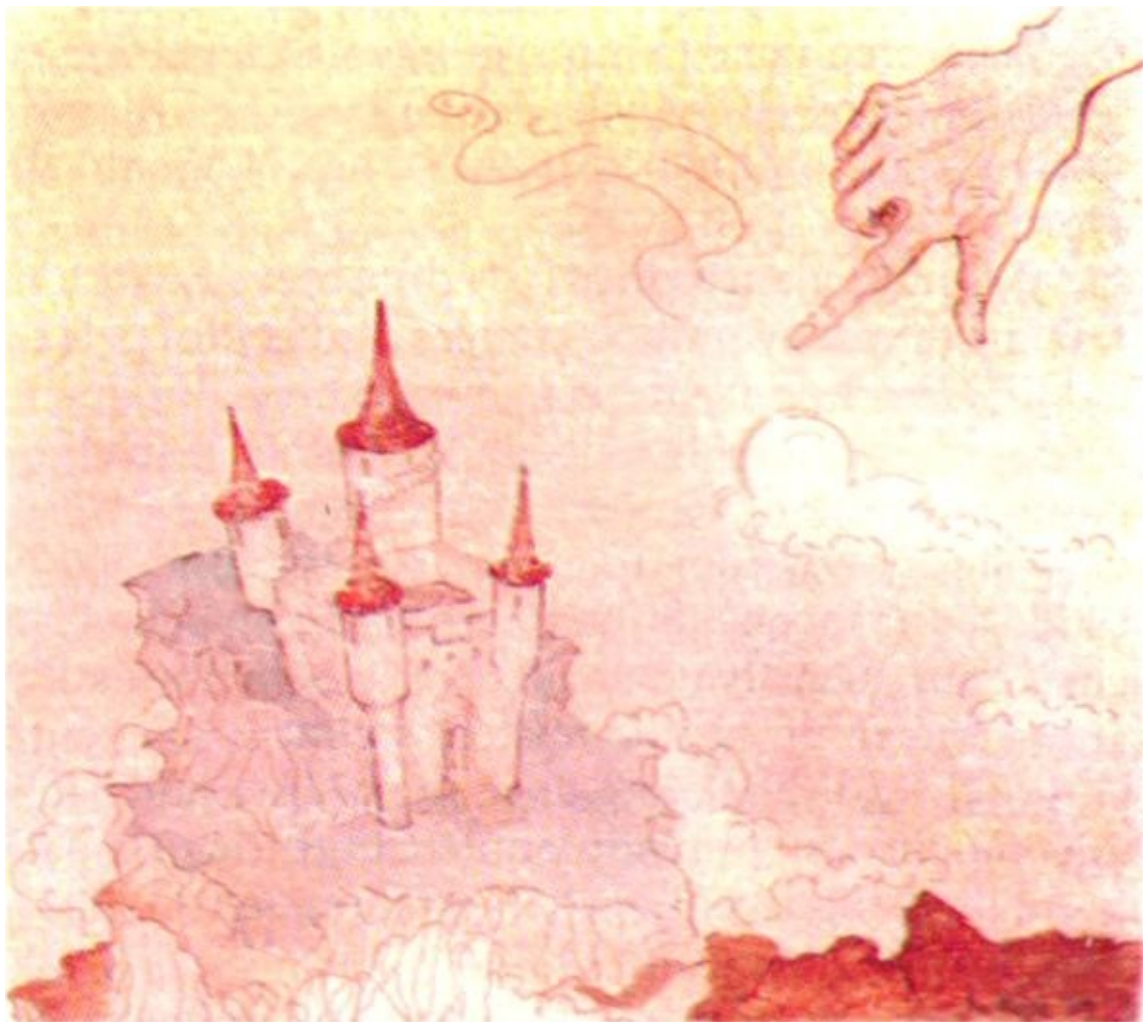
—No, no, en absoluto.

Y la joven le apretó muy fuerte.



Cuando sobrevolaban los bosques, las copas de los árboles se inclinaban hasta el suelo; cuando sobrevolaban los ríos, se cubrían de hielo; cuando sobrevolaban los pueblos, la tormenta arrancaba los tejados de las casas; cuando sobrevolaban el mar, las olas se volvían tan grandes que muchos barcos volcaron y zozobraron.

Volaron mucho, muchísimo tiempo, y tras ellos no quedaba sino desolación. Al día siguiente por la noche, el Viento del Norte estaba ya muy cansado. Volaba tan bajo, que la muchacha hubo de levantar a veces las piernas para que no se le mojaran en el mar. Cuando el Viento del Norte se encontraba ya completamente agotado distinguieron ante ellos, sobre un acantilado de cristal, el castillo misterioso.



—Allí está el castillo que se encuentra al este del Sol y al oeste de la Luna —explicó el Viento del Norte y, haciendo acopio de sus últimas fuerzas, se posó a la orilla del mar.

La muchacha dio las gracias al Viento del Norte, que estaba tan agotado que ni siquiera le respondió. Se tumbó en una roca, donde durmió durante tres

días.

A la mañana siguiente, la joven se dirigió al castillo y sacó del hatillo el huso de oro.

La fea princesa de larga nariz la vio por la ventana y la llamó para saber por cuánto quería vender el huso de oro.

—No está en venta —respondió la muchacha.

—Haré lo que desees si me das el huso de oro —suplicó la princesa de larga nariz.

—Si me dejas una noche completamente sola con el príncipe, el huso es tuyo.

—¿Por qué no? —consintió la princesa—. Puedo hacer que se cumpla tu deseo.

Cogió el huso y, al llegar la noche, llevó a la joven a la habitación del príncipe.

Pero el joven dormía muy profundamente, porque la princesa de larga nariz le había dado una bebida que contenía un somnífero. La muchacha le habló toda la noche, le suplicó que la mirara, pero en vano. El príncipe no se despertó. A la mañana siguiente, fue expulsada del castillo.

A mediodía, la princesa de larga nariz miró por la ventana y vio a la joven jugando con la peonza de oro. Se dirigió a ella y le preguntó qué quería a cambio de la peonza de oro.

—No está en venta, pero si me dejas una noche sola con el príncipe, es tuya —le respondió la muchacha.

La princesa de larga nariz accedió muy contenta. Por la noche dio al príncipe un somnífero y, cuando dormía profundamente, dejó entrar a la joven en su habitación.

Y todo pasó como la noche anterior. En vano ella llamó a su príncipe, en vano le habló de su amor. Él durmió profundamente sin oír nada. Y, por la mañana, de nuevo echaron a la joven del castillo.

Antes de comer, mientras la princesa paseaba, vio a la joven al otro lado de la verja del castillo jugando con la bobina de oro.

Otra vez quiso conseguirla, y al final decidieron el mismo intercambio que los días anteriores. A cambio de la bobina de oro, la joven tendría derecho a pasar la noche con el príncipe en su habitación.

Pero durante el día, uno de los pescadores, prisionero en el castillo de la perversa madrastra, encontró al príncipe y le dijo:

—Mi príncipe, nosotros dormimos justo debajo de tu habitación y desde hace dos noches oímos cómo una delicada voz de muchacha te habla, llora y

te suplica. ¿Quién se atormenta por ti?

El príncipe reflexionó, y por la noche, cuando la princesa de larga nariz le llevó la bebida con el somnífero, fingió que la bebía. Después fingió también que dormía profundamente y esperó con impaciencia. Poco después, la joven entró en su habitación. ¡Qué maravillosa alegría cuando se encontraron!

—Ya había perdido la esperanza de que algún día hallaras el camino —le dijo el príncipe.

—Si no se pierde la esperanza, se encuentra incluso el camino que lleva al fin del mundo —repuso la joven, y contó al príncipe lo que le había ocurrido antes de encontrar el castillo.

—Has llegado justo a tiempo —añadió el príncipe—. Mi boda va a celebrarse mañana. Pero no quiero volver a ver a esa princesa de larga nariz. Sabes perfectamente que sólo te amo a ti y que ya te elegí cuando estaba transformado en oso blanco.

Sí, ella lo sabía muy bien. Pero ahora, ¿qué harían?

Buscaron la solución durante toda la noche y justo antes de amanecer el príncipe dijo:

—Escucha lo que voy a hacer. Cogeré mi camisa blanca en la que dejaste caer las tres gotas de cera. Declararé que sólo me casaré con la joven que sea capaz de quitarlas. Estoy seguro de que serás tú quien lo logre.

En ese momento, el primer gallo cantó y la princesa de larga nariz llegó y echó a la joven de la habitación del príncipe.

Durante el desayuno, el príncipe declaró solemnemente que sólo se casaría cuando encontrara a una muchacha capaz de quitar las tres manchas de cera pegadas a su camisa de boda, para que estuviera blanca como la nieve pura.

La princesa de larga nariz cogió inmediatamente la camisa de seda del príncipe y empezó a lavarla. Pero cuanto más frotaba las manchas y más jabón ponía, más visibles y negruzcas se volvían las manchas.

—Déjame a mí, torpe más que torpe —exclamó la madrastra.

Y se puso ella misma a lavar la camisa. La lavó en una palangana de oro, la enjabonó mucho rato y la aclaró en una tina de plata. Pero cuando puso la camisa a secar, estaba tan negra como si la hubiera utilizado para limpiar las chimeneas del castillo.

—No servís para nada y me habéis estropeado la camisa de boda —se enfadó el príncipe—. He dicho que me casaré solamente con la que pueda devolverme mi camisa tan blanca como la nieve pura.

La bella muchacha, que estaba detrás de la puerta, oyó las palabras del príncipe y le pidió que la dejara intentar lavarle la camisa. Cogió la camisa manchada del príncipe y se fue a la orilla del mar. La madrastra y la princesa de larga nariz la seguían y la injuriaban. Pero la bella muchacha no hizo caso.

Cuando mojó por primera vez la camisa en el agua del mar, ésta quedó limpia de repente. Cuando mojó por segunda vez la camisa en el agua del mar, las manchas de cera desaparecieron. Y cuando mojó la camisa por tercera vez en el agua del mar, ésta se volvió blanca como la nieve pura. El príncipe lanzó un grito de alegría y fue el encuentro de la joven con los brazos abiertos.

La madrastra y la princesa de larga nariz maldijeron al mar y escupieron en las olas, porque les había disgustado enormemente que el mar hubiera ayudado a la muchacha pobre a obtener la mano del príncipe.

El ruido de sus gritos llegó hasta los oídos del Viento del Norte, que todavía descansaba en la roca, en la que también se encontraban las dos mujeres. Sopló muy fuerte: una gran ola se elevó y se llevó a las dos perversas mujeres al fondo del mar. Desde entonces nadie las volvió a ver.

El príncipe cogió a su prometida de la mano y fueron juntos a dar las gracias al Viento del Norte.

—Mañana celebraremos nuestra boda y los dos seríamos muy dichosos si estuvieras con nosotros —dijo amablemente el príncipe al Viento del Norte.

Pero el Viento del Norte le respondió que había perdido mucho tiempo descansando y que debía emprender rápidamente el camino de vuelta.

—Es una pena —repuso con tristeza la futura esposa, y añadió con voz suave—: Mi querido Viento del Norte, ¿no podrías llevar contigo a los pescadores que un día llegaron aquí empujados por tu soplo? Sé bueno, devuélveles a sus casas. Te estarán muy agradecidos.

El Viento del Norte dijo que sí y los pescadores se prepararon para partir. Pronto, tras varias ráfagas de viento, desaparecieron en el horizonte.

Cuentan que el príncipe y su esposa viven todavía en el castillo que se encuentra al este del Sol y el oeste de la Luna, pero nadie puede certificarlo, porque el castillo está tan lejos, que ningún ser humano ha podido, hasta ahora, encontrar el camino para llegar a él.

# El puente del troll

**E**N un valle vivían tres hermanos, tres cabritos. Tenían preciosas y velludas pieles, y por eso se les designaba así: al más joven, Peludo; al segundo, Velludo, y al mayor, por su gran barba, Barbudo.

Cuando, después de un largo invierno, llegó la primavera, los tres cabritos se fueron a las montañas a buscar buenos pastos. Caminaron mucho, muchísimo tiempo y llegaron ante un torrente.

—Debemos pasar al otro lado, porque es allí donde la hierba es más tierna y jugosa —baló Velludo.

—Yo no me meteré en el agua, porque no sé nadar —exclamó el más joven.

—Intentemos encontrar un puente —decidió el mayor de los tres cabritos.

Avanzaron por la orilla del torrente y poco después encontraron un puente de madera. Pero el puente lo había construido un horroroso troll que estaba escondido debajo, y cuando alguien pasaba por su puente lo cogía y se lo comía sin piedad, porque era un troll malísimo...

—¿Qué vamos a hacer? —se lamentó el más joven de los tres cabritos.



—Tenemos que cruzar el puente, pero sé que el malvado troll nos acecha bajo él —baló el segundo.

—Venid, decidiremos juntos lo que vamos a hacer —dijo Barbudo, que era el más viejo, el más grande y también el más sabio de los tres hermanos.

Discutieron mucho rato y tomaron la siguiente decisión: en primer lugar, sería el más joven de los cabritos el que pasase; después el segundo, y por fin el mayor y el más fuerte. Y así fue.

El primer cabrito cruzó el puente. El troll oyó el ruido de sus pezuñas y sacó su espantosa cabeza en la que se veían dos inmensos ojos grandes como platos, una larga nariz como una escoba y unos incisivos como horcas.

—¿Quién hace ruido en mi puente? —exclamó el monstruo.

—Soy yo, el cabrito Peludo —baló el cabrito espantado.

—Es precisamente lo que necesito —rió perversamente el troll—; desde esta mañana no he comido nada y tengo mucha hambre.

—Déjame, gran señor —suplicó el cabrito—, ya ves que soy muy pequeño y estoy muy flaco. Pero sé que detrás de mí viene otro cabrito que está mucho más gordo que yo.

—¿Es verdad? —dijo el troll en tono receloso.

—Palabra de honor —le aseguró el cabrito.

—Entonces vete, esperaré al otro —dijo el troll, y se escondió otra vez bajo el puente.

Poco después le tocó el turno de cruzar el puente al segundo cabrito. El troll sacó su fea cabeza y gritó con su temible voz:

—¿Quién hace tanto ruido en mi puente?

—Soy yo, el cabrito Velludo —anunció tímidamente el cabrito.

—Muy bien. Te esperaba con impaciencia, porque desde esta mañana no he comido nada, así que te comeré a ti...

—Piedad, piedad, gran señor —suplicó el cabrito Velludo—. Debes saber que, después de un invierno tan riguroso, estoy muy delgado. Pero detrás de mí viene otro cabrito mucho más gordo...

—¿Dices la verdad? —preguntó el troll con desconfianza.

—Te juro que es cierto —afirmó el cabrito.

—¡Entonces, vete! —ordenó el troll, y se escondió otra vez bajo el puente. Y de este modo el segundo cabrito cruzó el puente sin peligro.

Por fin, el cabrito Barbudo cruzó el puente. Como era más grande, hacía mucho más ruido que sus hermanos. Sus pezuñas golpeaban tan fuerte, que el puente crujió y las vigas temblaron.

—¿Quién se atreve a hacer tanto ruido? —rugió furibundo el troll.

Pero el cabrito Barbudo no esperó a que el troll le comiera. Tomó impulso y gritó valerosamente:

*Soy el cabrito Barbudo,  
mi perilla llega hasta el suelo,  
con dos espadas cornudo,  
mando al diablo al cielo.  
Y cuando le haya vencido  
en la tierra quedará hundido.*

Y estalló la contienda. Cuando el troll, furibundo, salió de debajo del puente, el cabrito Barbudo inclinó la cabeza, le cogió con los cuernos y le lanzó al torrente. ¿Qué otra cosa podía hacer con semejante monstruo?

Entonces los tres cabritos llegaron a los jugosos pastos, y durante todo el verano comieron buena y sabrosa hierba. Se pusieron muy gordos y su piel brillaba como la seda más fina.

Y en otoño, cuando la escarcha plateaba por la mañana la hierba, volvieron a su valle natal.

Al cruzar el puente se asomaron con curiosidad por la barandilla para ver si abajo, en el torrente, el troll había quedado atrapado en alguna parte. Pero no vieron a nadie: hacía mucho tiempo que la gran crecida había arrastrado al monstruo hasta el mar. ¡Peor para él! ¡No merecía otra cosa!

## La isla Udröst

**E**L pescador Roald era muy muy pobre. Tenía muchos hijos y una mujer agotada por el duro trabajo que realizaba. Pero aquella mujer jamás se quejaba de su miseria.

Quizá por eso la familia Roald vivía apaciblemente. Sólo su vecino, el rico campesino Isak, les amargaba la vida. Quería adquirir el terreno de Roald, que estaba justo a la orilla del mar, porque lo necesitaba para anclar su gran barco. Ahora tenía que internarse en el fiordo, muy lejos de allí.

—¡Pronto se te caerá la casa en la cabeza! —decía continuamente Isak a Roald—. Necesita un tejado nuevo y no tienes dinero para mandar que te hagan ese trabajo. Y tu barco hace agua porque está agujereado por varios sitios. Te voy a dar un buen consejo: vete a la montaña. Allí podrás cazar osos y renos que te producirán mucho más que la pesca...

Constantemente Isak increpaba de este modo a Roald para que abandonara el pueblo de pescadores. Pero Roald no tenía ningunas ganas de mudarse. Siempre había sido pescador y, ocurriera lo que ocurriera, seguiría siendo pescador. Conocía bien el mar y no sabía absolutamente nada de la montaña ni de los bosques. ¡Se sentiría completamente perdido!

Un día, a Roald le sorprendió una terrible tempestad. El viento empujó su barca durante varias horas a alta mar y una ráfaga desgarró la vela antes de que tuviera tiempo de arriarla. Para aliviar la barca, arrojó la pesca al mar, pero, a pesar de ello, la embarcación seguía llenándose de agua.

Entonces, cuando se estaba despidiendo de la vida, se acordó de repente del patrón de los marineros: san Cristóbal. Le rezó para que le permitiera llegara la legendaria isla Udröst, que emerge del mar durante las tempestades más violentas para ofrecer un refugio a los náufragos. Como no era muy hablador, en seguida terminó la oración; por lo tanto, no es de extrañar que la tempestad no cesara. Roald quería empezar de nuevo su oración cuando oyó un grito terrible. Hizo la señal de la cruz y dijo:

—Dios mío, sin duda me ha llegado el fin, porque el mensajero de la muerte, el dragón negro, viene a cantarme el salmo fúnebre.

Pero a pocos metros de su barco distinguió una viga de madera en la que había tres pájaros negros.

«No es mala señal», se dijo el pescador, «quiere decir que la tierra no está lejos».

Y agotado, hambriento, calado hasta los huesos, se acurrucó al fondo de la barca y aguardó pacientemente a que la tempestad le arrastrara.

No esperó mucho: al cabo de un rato, la proa de la embarcación tocó tierra. Roald la abandonó y descubrió que se encontraba ante un campo de cebada lleno de grandes espigas que estaban madurando.

«Gracias a Dios», se alegró, «¡estoy en la fértil isla Udröst!».

Al otro lado del campo verde vio una hermosa casa de piedra. En su umbral estaba sentado un anciano de larga barba blanca, tan larga que le llegaba a la cintura. Estaba fumando tranquilamente, pero al ver al recién llegado se quitó la pipa de la boca y se dirigió a él:

—¡Sé bienvenido a la isla de la abundancia, querido Roald!

—Dios sea contigo, anciano, pero ¿cómo sabes mi nombre? —se sorprendió Roald.

—Sé los nombres de todos los pescadores y de todos los marineros que trae el mar a la isla Udröst —explicó el anciano—. Pero supongo que, en primer lugar, necesitas secarte y luego comer un poco, ¿verdad, Roald?

—¡Oh, sí! —dijo Roald, que estaba hambriento, cansado y empapado.

Entonces el anciano le invitó a entrar y abrió de par en par la pesada puerta de roble de su hermosa casa.

—Pronto estarán de vuelta mis tres hijos. Aunque tú seguramente les has encontrado en el mar —dijo.

—¿Es posible encontrar a alguien en un mar tan turbulento? Sólo he visto tres cuervos en una viga —explicó Roald.

—¡Naturalmente! Eran mis hijos —dijo sonriendo el anciano—. ¿Quién crees que podía indicar a tu barca el camino de la isla? Pero no tengas miedo y entra.

Roald entró en la casa y se quedó mudo de asombro. Jamás había visto una estancia tan bella. Las paredes aparecían revestidas de madera de alerce pulida, los muebles estaban ricamente esculpidos en arce blanco, en un rincón de la estancia había una preciosa chimenea de granito rojo con una reja de hierro forjado. Detrás de la reja ardía el fuego y difundía un agradable calor. En medio de la estancia había una mesa, ¡pero que mesa! Estaba llena de

fuentes de oro que contenían carnes asadas, cocidas, fritas y en adobo; en platos de plata estaban dispuestos pasteles y tartas de todas clases; en platillos de alabastro había maravillosas frutas exóticas; en copas de cristal brillaba vino blanco, dorado, rosado y tinto. En aquella mesa se encontraba cuanto se podía desear e incluso, seguramente, más...

—Sírvete, Roald, ¡espero que tengas ganas de comer!

El anciano no tuvo que repetirlo dos veces, porque Roald llevaba en ayunas tres días y tenía mucha hambre. Se pusieron a comer, pero la sorpresa de Roald fue enorme: por más que comían y bebían, las fuentes y las copas seguían estando llenas. El pescador se quedó extasiado, pero el anciano le recordó con maliciosa sonrisa:

—No debes olvidar, Roald, que estás en la isla de la abundancia.

De repente, del exterior llegaron gritos y ruidos.

—Seguramente son mis hijos que vuelven a casa. Pero no tengas miedo, hablaré con ellos —dijo el anciano abandonando la estancia.

Los gritos cesaron inmediatamente, y poco después el viejo entró en la estancia acompañado por sus hijos. Los tres eran apuestos muchachos, altos y esbeltos como abetos.

Se sentaron a la mesa y empezaron a comer. Al principio Roald se asustó un poco, pero, tras una amable sonrisa que le dedicó al anciano, siguió comiendo. Y comió mucho, muchísimo, cosa que agradó a los hermanos y en seguida reinó en la estancia un amistoso ambiente.

—¡Estupendo! ¡Este hombre por lo menos sabe comer! —dijo riendo el hermano más joven.

—Se nota que es un buen hombre y un pescador eficaz —juzgó el segundo hermano.

—Pronto comprobaremos si eso es verdad —concluyó el mayor de los tres hermanos.

Al día siguiente, los hermanos invitaron a Roald a acompañarles a pescar. Hacía muy mal tiempo, pero Roald no se atrevió a negarse.

Cuando se alejaron de la orilla, se levantó viento y les empujó a alta mar. Los hermanos izaron la vela mayor y navegaron como endemoniados. La tempestad bufaba, las olas rugían y azotaban despiadadamente el puente, la barca crujía, pero los jóvenes se divertían con la peligrosa navegación.

Unas veces reían a carcajadas, otras cantaban. Y cantaban en voz tan alta que dominaban el ruido de la tempestad. ¡Roald nunca había visto nada parecido! Tuvo miedo, pero consiguió que no se le notara; cogió un achicador y achicó sin parar el agua que inundaba el barco a cada movimiento del mar.

Despreocupados, los hermanos sacaban tranquilamente del agua las redes rebosantes de peces. Cuando los toneles estuvieron llenos hasta los bordes, la tempestad cesó bruscamente y el mar se calmó. Los hermanos se callaron; perdieron de repente su buen humor.

En vano se enfureció el mar, ellos le arrancaron lo que necesitaban.

Ahora cambiaron de rumbo y el barco se dirigió hacia la isla mágica.

En la orilla, el anciano les esperaba y gritó alegremente a Roald:

—¿Cómo ha ido la pesca?

—¡Uf! —respondió brevemente Roald, e hizo un gesto con la mano.

—¿No estás contento? Pero si el barco está lleno de peces —se asombró el anciano.

—Pero yo no he capturado ninguno —respondió tristemente Roald.

Los hermanos se echaron a reír:

—Se ve claramente que eres un verdadero pescador. ¡Espera a la próxima vez!

Antes de que se fueran de nuevo a pescar, el viejo dio a Roald varios anzuelos que le parecieron totalmente normales.

Cuando llegaron a alta mar, otra vez estalló la tormenta. Pero en esta ocasión Roald no tuvo miedo y cantó con los hermanos. Lanzó la caña con uno de los anzuelos, pero cuando tocó la superficie del agua, inmediatamente picó un enorme pez, y a Roald le costó mucho sacarlo. En poco tiempo, llenó tres grandes toneles de magníficos peces. Le hizo muy feliz lo que había pescado y los hermanos le expresaron también su admiración.

Roald resplandecía de dicha cuando por la noche dijo al anciano:

—Ha sido una jornada maravillosa —pero su gesto se ensombreció de repente y continuó—: Es una lástima que no pueda llevar la pesca a mi casa, para que mi mujer y mis hijos la disfruten.

Después de la cena el anciano dijo a Roald:

—Eres un hombre valiente y trabajador. Mis hijos me han contado que no has sentido miedo ante la tormenta y que sabes pescar muy bien. Además, tienes buen corazón, cosa rara aquí, porque en medio de esta abundancia la gente olvida a los suyos rápidamente. Tú, la primera vez que has hecho una buena pesca, has pensado en tu mujer y en tus hijos. Todos te apreciamos mucho, pero en esta isla nadie debe ser desdichado. Si quieres, prepararé tu viaje de vuelta.

—Eso me haría muy feliz. ¿Cuándo podré marcharme? —preguntó inquieto el pescador, y el anciano le contestó:



—Mañana si quieres. Solamente debes prometerme que no llevarás a tu casa ni uno solo de los peces que has pescado hoy.

Roald se quedó sorprendido por esta petición, que le contrarió un poco.

—¿Y qué haré con los peces? ¿No tendré que echarlos otra vez al mar?

—Puedes venderlos o dárselos a alguien. Pero te repito que no debes llevar ni un solo pez, ni siquiera el más pequeño, a tu casa. ¡Sé muy bien por qué te exijo esto!

Estas palabras tranquilizaron a Roald y prometió al anciano que no llevaría ni un solo pez a su casa.

Al día siguiente vio en el puerto una barca totalmente nueva.

—Es tuya, Roald. Acéptala como recompensa por tus servicios durante la pesca en la que, por propia iniciativa, achicaste el agua que estuvo a punto de hacer zozobrar el barco. Ahora prepárate para partir. Mis hijos te enseñarán el camino. Pero no olvides la promesa que me hiciste ayer. Te aseguro que no volverás a tu casa con las manos vacías —le dijo el viejo.

Roald dio las gracias al anciano de todo corazón, subió a la barca que estaba abarrotada de harina, carne y fruta. Izó la vela, levó anclas y se hizo a la mar siguiendo a los tres cuervos que le indicaban el camino.

Se volvió una vez más, porque quería decir adiós con la mano al amable anciano, pero la isla Udröst había desaparecido. En el lugar donde se encontraba hacía unos instantes el apacible anciano de larga barba no se veía más que el mar.

Esta vez, Roald navegó en calma. Poco después de mediodía descubrió las montañas en el horizonte y pronto fue visible la orilla. Los cuervos giraron tres veces sobre la barca, graznaron para decirle adiós y desaparecieron entre las nubes.

Roald conocía el camino a partir de allí. Si seguía por la orilla, llegaría al gran puerto de Bergen, donde pensaba vender los peces. ¡Pero no fue tan sencillo como imaginaba!

Como sus peces eran buenos y frescos, vendió muchos. Pero hacia mediodía se dio cuenta de que, a pesar de la gran cantidad de pescado que había vendido, los cestos seguían estando llenos.

«La magia de la isla de la abundancia continúa aquí», pensó Roald, y se acordó de las fuentes y las copas del comedor que estaban continuamente llenas. Por la noche, contó el dinero que había conseguido vendiendo el pescado y se puso muy contento: había ganado mucho.

Al día siguiente, vendió y vendió desde el amanecer. Pero al llegar la noche todavía estaban llenos los cestos. Y, aunque su cofrecito se llenaba

cada vez más de dinero, Roald ya no estaba tan contento. Volvió a pensar en aquel misterio por la noche, antes de dormirse, y se dijo:

«Creo que jamás llegaré a vender todos los peces. Me quedaré aquí hasta el fin del mundo y tendré, es verdad, mucho dinero, pero qué haré con él si jamás vuelvo a ver mi casa. ¡Y echo tanto de menos a mi mujer y mis hijos!».

Por la mañana, al despertar, se le ocurrió una buena idea: distribuiría los peces gratuitamente. Y lo hizo. Muchos pobres recibieron enormes y magníficos peces y pronto las cestas quedaron vacías. Pero, Roald vio un pececito en el fondo. Lo sacó y no pudo dar crédito a sus ojos: era un pececito con las escamas de oro.

«Éste no se lo daré a nadie, decidió. Lo llevaré para mi mujer y mis hijos».

A la mañana siguiente, con una parte del dinero que había ganado vendiendo pescado, Roald compró un barco pesquero nuevo y muy grande. Lo aparejó con las mejores velas, lo dotó de las mejores redes, arpones y toneles. También tomó a su servicio a dos grumetes, porque no podía ocuparse solo de un barco tan grande.

Muchas personas fueron a admirar el nuevo velero en el puerto. Pero cuando el barco zarpó, estalló una terrible tempestad y lo empujó a alta mar. ¡A los grumetes les costó mucho arriar las velas! La tempestad era cada vez más fuerte y, cuando el oleaje empezó a lanzar el barco de un lado a otro, arriba y abajo, los grumetes se pusieron a implorar al patrón de los navegantes, san Cristóbal, que hiciera aparecer la legendaria isla Udröst. Roald se acordó entonces del anciano de la barba blanca y de que no había cumplido totalmente su promesa: ¡no debió guardar el pez de oro!

Y rápidamente lanzó el pez al mar.

De inmediato se calmó el océano y cesaron las olas. En el mástil más alto estaba encaramado un gran cuervo negro. Era buena señal: Roald y sus grumetes se pusieron a cantar. Pronto las montañas hicieron su aparición en el horizonte. Allí, más allá de la séptima bahía, estaba la cabaña de Roald. Construiría un bonito puerto para su gran velero e invitaría incluso a su vecino Isak a anclar allí su barco.

—No te preocupes por Isak —oyó de pronto Roald, y reconoció la suave voz que le resultaba tan familiar.

Se volvió y descubrió tras él al viejo mesándose la larga barba.

—Isak ha muerto, pero quizá puedas ocuparte de sus hijos —le sugirió, y continuó:

—La isla Udröst, mi querido Roald, se encontraba, hace un instante, muy cerca de ti, porque temí que tu barco se hundiera. Afortunadamente recordaste

a tiempo tu promesa y arrojaste el pez de oro al mar. Ahora te puedes ir, soplaré en las velas para que llegues a tu casa más rápidamente; tu mujer y tus hijos te esperan con impaciencia.

Roald quiso dar las gracias al anciano, pero éste desapareció tan deprisa como había aparecido. Sólo se oyó su dulce voz en alguna parte del cielo:

—No volverás a verme nunca más, Roald, pero siempre velaré por tu barco. Si un día tienes problemas en una tempestad, acudiré a sostener el palo mayor. No temas nada.

Un fuerte vendaval se llevó el final de las palabras del anciano. Las velas se hincharon de golpe y el barco navegó como una flecha.

Antes del crepúsculo, Roald llegó solemnemente a su bahía natal. El alegre sonido del ancla anunció a todo el pueblo su feliz regreso.

Su mujer y sus hijos le esperaban.

Roald vivió muy dichoso hasta los cien años y jamás olvidó a los pobres; había tenido ocasión de probar por sí mismo qué amargo es el sabor de la miseria.

# SUECIA

## El ladrón honrado

**E**N un país lejano vivía, hace mucho tiempo, un rey muy prudente. Un día, el rey advirtió que estaban desapareciendo diferentes joyas de su tesoro: primero fue una cadena de oro, después una sortija, luego un collar; ¡también disminuía el número de las monedas de oro!

Hay que decir que el rey no era nada avaro. «Esto no me empobrecerá», pensó. Pero lo que le resultaba más desagradable era comprobar que entre los habitantes del palacio hubiera un ladrón.

Y como los robos no cesaban, decidió vigilar él mismo el tesoro para sorprender al culpable.

Una noche se puso un traje viejo, se pegó bajo la nariz un gran bigote negro para que nadie pudiera reconocerle y se escondió en un rincón oscuro detrás del tesoro. Esperó la primera noche: nada. La segunda noche: nada. Pero la tercera noche oyó un ruido en la chimenea y en seguida vio cómo de ella salía el ladrón. Se dirigió de puntillas hacia el tesoro y lo abrió rápida y hábilmente. Rebuscó en él, eligió algo que le gustaba, envolvió aquel algo cuidadosamente en un pañuelo y lo metió en el bolsillo. Luego sacó del tesoro una bolsa, retiró varios escudos, volvió a cerrar la bolsa y la metió en el tesoro, que cerró cuidadosamente.

Cuando estaba a punto de marcharse, el rey disfrazado abandonó su escondite y le dijo a media voz:

—¿Qué tal, camarada? Espero que me hayas dejado algo...

El ladrón se quedó sorprendido, pero cuando vio ante él a un hombre bigotudo y harapiento, le preguntó en voz baja:

—¿Tú también formas parte de nuestro gremio?

El rey asintió.

—¿Y por qué no te has servido? Has llegado antes que yo, ¿no?

—No he podido abrir la cerradura —mintió en tono triste el bigotudo.

El ladrón se rió silenciosamente:

—Claro, compadre, ¡ser ladrón no es nada fácil! A este oficio no se puede dedicar cualquiera. No solamente hay que ser inteligente, sino que también hay que tener manos muy hábiles.

—¿No quieres tomarme como aprendiz? —preguntó humildemente el disfrazado rey.

—Imposible —replicó el ladrón—. En este reino hay más ladrones de los que se necesitan. Y, además, cuanto más te miro más cuenta me doy de que eres muy torpe y no estás hecho para este tipo de trabajo.

—Entonces, permíteme acompañarte —suplicó el rey—, para que vea cómo trabaja un maestro. Quizás aprenda algo.

—Bueno, de acuerdo —consintió el ladrón.

Y quedaron en que, pasados siete días, se encontrarían en el mismo sitio.

Siete días más tarde, en el momento en que el reloj del palacio daba las doce de la noche, el rey disfrazado y el ladrón se encontraron ante el tesoro.

—¿Tienes una llave? —preguntó el ladrón al rey.

—Sí —respondió el rey, y agitó un manojo de llaves.

—¡Silencio! ¡No hagas ruido! ¡Intenta abrir!

El bigotudo hurgó mucho rato sin éxito en la cerradura hasta que el ladrón intervino bruscamente:

—Déjame a mí: ¡te voy a enseñar cómo se abre el tesoro!

—Creo que precisamente acabo de encontrar la llave adecuada —se apresuró a decir el rey.

E introdujo en la cerradura la llave correspondiente. La cerradura crujió y la puertecita se abrió completamente.

—Bien, bien —declaró el ladrón evidentemente satisfecho—, no eres tan torpe como pareces. Ahora, ¡elige lo que quieras!



El rey disfrazado no dudó un instante. Cogió el saco que guardaba bajo la ropa y lo llenó de joyas y de monedas de oro. Se colocó el saco al hombro y se dispuso a marchar.

—¡Espera! —dijo vivamente el ladrón—. ¿Crees que tienes derecho a llevarte todo eso?

—Pero si vamos a repartir lo que he cogido... —explicó el rey.

—¡Cómo se te ha ocurrido semejante idea! ¡Vuelve a ponerlo todo en su sitio! ¡Eres un codicioso! —ordenó severamente el ladrón.

—¡Ni hablar! Tendría que estar loco para hacer semejante cosa —se burló el bigotudo dirigiéndose a la puerta.

Estas palabras pusieron furioso al ladrón: se acercó al bigotudo y le dio dos bofetadas tan fuertes, que el rey perdió el bigote. El ladrón estaba tan enfadado que no lo advirtió e increpó a su «colega» en estos términos:

—¡Eres tan ávido de ganancias que jamás serás un buen ladrón! ¡No tienes sentido de la medida! ¡Si todo el mundo actuara como tú, pronto nuestro rey estaría completamente arruinado! Está rodeado de tantas personas que quieren cogerle su dinero...: ¡sus ministros y sus generales, por ejemplo! ¡Vamos, vuelve a ponerlo todo donde estaba!

En ese momento, la luna iluminó la estancia y el ladrón descubrió que su compañero ya no tenía el negro bigote. Miró más atentamente a aquel hombre que llevaba viejas ropas arrugadas y de repente se puso a temblar: había reconocido al rey.

Pero el soberano era un hombre muy bueno y prudente. Sonrió al ladrón y le dijo:

—Me ha complacido enormemente ver cómo has defendido ante mí el tesoro real. He comprobado que sabes guardarlo: así que te vas a encargar de su protección para siempre, ¡y te nombro primer ministro! Supongo que ahora mis ministros y mis generales no caerán en la tentación de robarme.

—Podéis estar seguro de ello, majestad —declaró el ladrón haciendo una reverencia al rey.

Y, efectivamente, desde el momento en que el rey confió la protección de su tesoro al ladrón, se acabaron los robos y en el país reinó el bienestar.

Y si, a pesar de todo, alguien intentaba robar, aunque fuera un poco al rey, el nuevo primer ministro —que conocía las costumbres de los ladrones— le descubriría inmediatamente y mandaba que le metieran en prisión.

Y desde entonces dejó de haber ladrones en el reino.

## El oso simplón

**U**N campesino tenía un campo de remolachas que había cuidado tan bien, que en el momento de la recolección daba gusto verlo. Pero el campesino no era el único que se alegraba de la próxima cosecha; el velludo oso de las cercanías también le había echado el ojo. Y el día en que debía empezar la recolección salió el oso del bosque, y tiró a nuestro campesino de la chaqueta rugiendo, con gesto amenazador:

—¡Me comeré entero el campo de remolachas!

—Lo comerás o no lo comerás, eso lo veremos —respondió tranquilamente el campesino—. Elige: de las remolachas, ¿quieres lo que crece encima de la tierra o lo de debajo?

—¿Acaso crees que me voy a comer las raíces? —respondió el oso con desprecio.

Cuando acabó la cosecha, el campesino cargó tranquilamente las remolachas en el carro y dejó las matas a disposición del estúpido oso.

Otra vez, el campesino iba a cortar avena. Mientras afilaba la guadaña, el oso salió del bosque y fue a increparle:

—¡Quiero comerme tu avena!

—La comerás o no la comerás, eso lo veremos. Pero tienes que elegir.

—¡Esta vez no me engañarás! —exclamó el oso—. ¡Te puedes llevar todo lo que crezca sobre la tierra!

El campesino cortó la avena, se llevó los haces al granero y dejó los barbechos punzantes a disposición del oso. Éste rugió mucho por haberse dejado engañar otra vez y fue al encuentro del campesino. Durante ese tiempo, este último, que no era nada tonto, ya había trillado la avena. En un lado del campo había un enorme montón de paja, y en el otro, un montoncito de granos. El oso llegó a todo correr y se puso a rugir cuando vio a nuestro hombre:

—No te hagas ilusiones, ¡me comeré tu avena!

—La comerás o no la comerás, eso lo veremos. Pero tienes que elegir: ¿quieres el montón grande o el pequeño?

Sin responder, el oso se lanzó al montón grande. Se le enredaron las patas, la paja y el cascabillo volaban por doquier..., y comprendió que el campesino se había burlado de él por tercera vez.

Mientras tanto, el campesino enganchó el caballo a la carreta y se dirigió al bosque para ir a cortar leña. El oso corrió a reunirse con él.

—¡Me voy a comer tu caballo! —clamó con una voz que retumbó en todo el bosque.

«Bueno, bueno, lo comerás o no lo comerás», pensó el campesino disimulando, y siguió cargando los leños en la carreta. De repente, en alguna parte tras un árbol, una liebre chasqueó la lengua.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el oso, aterrorizado.

—Solamente es un cazador que pregunta quién está aquí, a mi lado —le contestó el campesino.



—¡Di que es un tronco de leña! —dijo el oso con voz temblorosa, muerto de miedo.

La liebre chasqueó otra vez la lengua, y el oso murmuró:

—Y ahora, ¿qué ha dicho?

—Me aconseja que cargue el tronco de leña en la carreta.

El oso saltó a la carreta y se tumbó como si fuera una viga. Se oyó de nuevo a la liebre.

—El cazador dice que un leño tan grande debería arrastrarlo con una correa —explicó el campesino, y el oso le imploró que lo hiciera, con tal de que el cazador no lo reconociera...

El campesino ató al oso con apretados nudos. Otra vez se oyó a la liebre.

—¿Qué más quiere el cazador? —suspiró el oso, que ya estaba amarrado.

—Pregunta que por qué no corto el leño con el hacha... —respondió el hombre.

—Corta, corta, con tal de que no me vea...

El campesino no esperó a que se lo dijera dos veces. Tensó sus músculos y cortó en tantos pedazos al estúpido oso que pronto sólo le pudo decir «amén»...

Entonces el campesino incitó al caballo a que fuera muy deprisa para contar en casa cómo se había librado por fin del malvado oso.

## Johan el fuerte

**H**ABÍA una vez una pobre viuda que vivía de recoger leña en el bosque. Un día, bajo un alerce encontró un extraño huevo muy grande con manchas azules.

«Nunca he visto un huevo parecido», se dijo sorprendida. Cogió el huevo, lo llevó a su casa y lo puso en una pollera donde una de sus gallinas estaba incubando.

«Ya veremos qué pájaro sale del cascarón», pensó. Y muy pronto el huevo se abrió, y del huevo azul salió un niño encantador.

Qué sorpresa y qué alegría hubo en la cabaña de la viuda. Había tenido un hijo, pero había muerto hacía mucho tiempo, y desde entonces vivía sola.

«Los días tristes ya han terminado», se alegró la viuda.

Pero, desgraciadamente, en la vida no todo marcha como uno lo imagina: con el niño, al que bautizaron Johan, empezaron los problemas.

Es verdad que fue un encanto, comió bien y creció rápidamente. Sin embargo, comía demasiado y todo lo que encontraba. También tenía mucha fuerza: crecía como un verdadero Hércules.

Cuando cumplió cinco años era el niño más fuerte de su pueblo. Pero para la pobre viuda, el enorme apetito de Johan era una fuente de constantes preocupaciones. Cada día tenía que cocer pan y Johan se comía tres o cuatro hogazas.

Cuando cumplió doce años pedía una cantidad tan grande de comida, que la pobre madre era incapaz de proporcionársela. Entonces la madre fue a casa del alcalde para que le aconsejara lo que debía hacer.

El consejo del alcalde fue el siguiente:

—Escuche, su hijo tiene que empezara trabajar. Es lo bastante grande y fuerte como para ganarse la vida. En otro caso, le será muy difícil ocuparse de él.

La viuda dio las gracias al alcalde, y al día siguiente llevó a su hijo a casa del herrero para que le enseñara su oficio. «Así, durante tres años, tendrá la

vida asegurada», pensó.

Johan gustó al herrero porque era fuerte y para ser un buen herrero hace falta fuerza. Llegaron al siguiente acuerdo: el aprendiz recibiría por cada año de trabajo un traje nuevo y una espada de un acero especial. El primer año la espada pesaría tres quintales, el segundo años siete quintales y el tercer año doce quintales.

Pero Johan no se quedó en casa del maestro herrero durante tres años. Ni siquiera trabajó un año, porque su patrón estaba muy disgustado. Johan era tan fuerte que el grueso martillo pronto quedó inservible, el yunque se partió en dos y destrozó el fuelle de la fragua. Y lo más curioso era que Johan trabajaba el acero y el hierro con sus manos tan fácilmente como si trabajara la arcilla.

«Si no consigo librarme a tiempo de este forzado muchacho», pensó el herrero, «pronto me quedaré sin nada en el taller».

Prefirió dar a Johan de antemano los tres trajes y las tres enormes espadas y le mandó a casa de su madre.

Ésta se disgustó mucho al ver que su hijo no había podido trabajar más tiempo en casa del herrero, y al día siguiente le llevó a casa de un campesino que vivía en el pueblo de al lado. Él también se alegró de tener a su servicio a un muchacho tan fuerte y le aceptó en seguida. Johan se puso a trabajar, trabajó bien, pero comió como un batallón de soldados.

Un día, los mozos de cuadra se fueron al bosque a buscar la reserva de leña para el invierno.

—¿Dónde está tu sierra, Johan? —preguntaron a Johan.

—¿Por qué? No la necesito —respondió Johan.

—Pero ¿con qué talarás los árboles? ¿Con las manos? —le preguntaron irónicamente los mozos.

—No os preocupéis, ya encontraré la forma —replicó Johan, y empezó a comer la hogaza de pan que había cogido para la merienda.

Al llegar al bosque, Johan eligió los árboles más grandes. Los agitó un poco, los arrancó uno por uno de la tierra con sus raíces, rompió la copa y los colocó en el carro. Cuando el carro estuvo lleno, hostigó a los caballos para que se pusieran en marcha, pero el cargamento era tan pesado que los caballos ni siquiera podían mover el carro. Entonces Johan desenganchó los caballos, los puso sobre la leña, tiró del carro con una sola mano y se dirigió alegremente con el cargamento hacia la granja.

Al día siguiente había que trillar. Johan cogió el pino más grande que había traído la víspera del bosque, cortó las raíces y las ramas y, con el

inmenso tronco, empezó a trillar. A mediodía, el trabajo estaba terminado. Después, hizo dos grandes agujeros en el tejado del granero, uno frente a otro. Por el primero sopló sobre el trigo, y por el segundo salían las ahechaduras. Por la noche había en medio del granero un enorme montón de trigo. Curioso por saber cómo trabajaba Johan, el granjero trepó al tejado y miró por el agujero por el que salían las ahechaduras. Johan no le vio, y en ese momento sopló tan fuerte que su soplido lanzó al campesino hasta el campanario de la iglesia del pueblo. Naturalmente, todo el mundo se rió mucho con aquella historia, y más cuando hubo que bajar al granjero del campanario de la iglesia con cuerdas.



Pero desde aquel incidente el granjero empezó a mirar a Johan con malos ojos: le reprochó cada hogaza de pan que comía, y por fin consideró que más valía desembarazarse de aquel glotón, porque si no, se arriesgaba a tener que vender la granja en pública subasta...

Pagó a Johan por adelantado el salario de un año y le dijo en el momento de separarse:

—No soy lo bastante rico como para poder alimentarte. En mi opinión, sólo debes trabajar para el rey, porque posee arcas inagotables.

—De acuerdo, me iré —contestó Johan—. Espero que el rey pueda darme trabajo. Pero ¿usted no puede proporcionarme un poco de comida para el viaje? Ya sabe que el palacio real está muy lejos, y con el estómago lleno iré más deprisa.

—Coge algo de la despensa —le permitió el granjero, muy contento por librarse tan pronto de Johan.

Pero olvidó que Johan tenía un estómago sin fondo. Y cuando cogió las provisiones que necesitaba, metió en el saco seis hogazas de pan, se llevó bajo el brazo medio cerdo ahumado y en el hombro un enorme queso. Se despidió de todos y abandonó la granja.

Cuando el granjero descubrió el vacío que Johan había dejado se puso furioso, desató un toro y lo lanzó sobre el joven.

Pero fue un gran error, porque Johan dio al toro un solo puñetazo y el animal cayó fulminado. El muchacho se lo puso al hombro y se fue hacia el bosque. En el primer claro, encendió fuego y asó el toro. Y se lo comió entero, así como las demás provisiones que llevaba.

«Por una vez he comido bien y además no tendré que llevar peso», se dijo.

Llegó al palacio real por la noche e inmediatamente se presentó para pedir trabajo. Le designaron como ayudante del maestro cocinero.

Para Johan aquello fue un verdadero paraíso, aunque hay que decir que trabajó tan bien y tanto que merecía la comida que se comía. Siempre estaba dispuesto y no rechazaba ninguna labor, pero también allí hizo con su enorme fuerza más estropicio que beneficios. Cuando tocaba las patatas para pelarlas, a los dos segundos se transformaban en puré; cuando estañaba los platos quedaban completamente torcidos; doblaba los cuchillos y los tenedores; destrozaba los morteros hasta el punto de que, durante cierto tiempo, no se pudo triturar la adormidera para rellenar los pasteles, ¡y era el plato preferido del rey!

Después de tantos desaguizados, le mandaron a buscar leña, pero trajo tanta que fue imposible meterla en la leñera.

A pesar de todo, el cocinero jefe quería mucho a Johan porque trabajaba bien y sin poner mala cara y buscó una forma de utilizar la prodigiosa fuerza de su protegido. La ocasión no se hizo esperar mucho.

En aquella época, a la familia real y a la gente de la corte les invadió una profunda tristeza.

Un día, cuando el rey volvía de un viaje por mar, hubo una terrible tempestad: tres hermanos trolls se habían puesto de acuerdo para hundir la nave, porque hacía poco tiempo los pescadores del rey habían matado a su ballena blanca favorita. Cuando el barco empezaba a irse a pique, el rey, para salvarse, prometió a los trolls darles lo primero que encontrara al volver al palacio.

Normalmente, cada vez que regresaba al palacio, su perro corría a recibirle. Aunque amaba a su fiel compañero, no dudaría un segundo en dárselo a los trolls a cambio de su vida. Pero cuál fue la sorpresa del rey cuando, al llegar al puerto, vio cómo sus tres hermosísimas hijas iban a su encuentro... Estaban preocupadas por su padre y fueron a buscarle cuando las blancas velas de su barco aparecieron en el horizonte.

El rey estaba desesperado, y en su desgracia prometió a una de sus hijas por esposa al hombre que le librara de los malvados trolls. Pero nadie acudió. Sin embargo, después de cierto tiempo, un hombre de pequeña estatura y rojos cabellos se presentó. Era un sastre llamado Pedro el Rojo por el color de su pelo. Dijo que ayudaría al rey.

Llegó el triste día en que el rey se vio obligado a cumplir su promesa entregando su primera hija a los trolls.

El palacio se cubrió de terciopelo negro y, por la mañana, la princesa fue, como habían convenido, a la orilla del mar para esperar la llegada del troll.

Pedro el Rojo marchó con la princesa, pero se escondió detrás de una roca con su vieja espada sobre las rodillas. Johan pidió permiso al jefe cocinero para salir, porque hasta entonces nunca había visto un troll y quería saber cómo era. También cogió su espada más ligera y se dirigió a la orilla del mar.

El troll no se hizo esperar. De repente el mar se agitó y entre las olas apareció un ser monstruoso con tres cabezas.

—¡Ah, me viene muy bien que estés ahí! —gritó a Johan al verle.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Johan.

—Lánzame la amarra que está junto a ti y tira hacia la orilla. Voy a buscar a mi prometida —gritó el troll tan fuerte que las rocas de los alrededores temblaron.

Johan lanzó la amarra y ayudó al troll a salir del mar. Pero en cuanto hubo salido, el muchacho cogió su espada de tres quintales y cortó de un solo golpe las tres horribles cabezas del troll. La princesa lloró de alegría y dio las gracias a Johan por haberle salvado la vida. Pero él respondió que era la cosa más natural del mundo y volvió rápidamente a la cocina del palacio.

En aquel momento, Pedro el Rojo salió de su escondite, puso la punta de su espada en el pecho de la princesa y la amenazó con matarla si no declaraba que había sido él quien había matado al troll.

¿Qué podía hacer la pobre princesa? En el palacio dijo que había sido Pedro el Rojo quien la había salvado. El rey dio una Fiesta en su honor.

Pero el buen humor del rey no duró mucho, porque en seguida llegó el día en que la segunda princesa debía ser entregada al segundo troll. De nuevo, el palacio se cubrió de terciopelo negro y condujeron a la princesa a la orilla del mar. Y de nuevo, Pedro el Rojo con su mohosa espada se escondió detrás de la roca. Poco después también llegó el robusto Johan.

El mar se agitó y en la superficie surgieron las siete horrendas cabezas del segundo troll.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¿Dónde estás, Johan? —gritó muy fuerte el troll.

—Estoy aquí y te espero —respondió Johan.

—Entonces, lánzame la amarra que está a tu lado y ayúdame a llegar a la orilla —ordenó el troll.

Johan hizo lo que el troll le pedía, pero cuando éste se encontró en la orilla, el muchacho sacó la pesada espada de siete quintales y de un solo golpe cortó las siete cabezas del troll. La princesa, feliz, dio las gracias a Johan, pero él respondió que era lo más natural, y volvió inmediatamente a la cocina para que su jefe no le regañara por haber estado tanto tiempo ausente.

Unos segundos después, Pedro el Rojo salió de su escondite. Todavía estaba verde de miedo. Puso su espada en el pecho de la princesa y le dijo:

—Si no dices al rey que he sido yo el que ha matado al troll, te atravesaré el corazón.

¿Qué podía hacer la pobre princesa? Prometió a Pedro el Rojo repetir en el palacio lo que le había dicho.

Cuando volvió al castillo sana y salva, el rey organizó otra vez una gran fiesta en honor del sastre. Le aclamaron, le alabaron y el rey mandó que se sentara a su derecha.

Pero, desgraciadamente, tampoco aquella fiesta duró mucho, porque muy pronto llegó el día de la marcha de la princesa más joven, la favorita del rey. De nuevo el palacio, incluidas las fortificaciones, se cubrió de terciopelo

negro. El reino se puso de luto y en los aposentos reales se oían llantos y lamentaciones.

La princesa, la más bella del país, fue conducida a la orilla del mar y Pedro el Rojo la acompañó.

El rey prometió darle a cualquiera de sus hijas por esposa si lograba salvar a la princesa más joven.

Naturalmente, el robusto Johan también acudió a la orilla del mar, y esta vez llevaba consigo la espada más pesada. De pronto las aguas se agitaron, se formaron grandes olas y sobre ellas apareció un espantoso troll con doce cabezas. Cuando vio a Johan, le ordenó.

—¡Lánzame la amarra que está junto a ti y sácame del agua!

Johan hizo lo que el troll le pedía, pero cuando éste llegó a la orilla, cogió la espada de doce quintales, concentró todas sus fuerzas y de un solo golpe cortó once de las doce cabezas del monstruo. Pero antes de que Johan pudiera cortar la última cabeza del troll, éste cogió a la princesa y desapareció con ella en el mar.



Cuando Pedro el Rojo vio lo que había pasado, no se atrevió a volver al castillo: se fue, y desde entonces no se ha vuelto a oír hablar de él.

En el palacio, todos estaban destrozados de dolor.

El robusto Johan sintió lástima del rey y le propuso ir a buscar a la princesa y liberarla de la cautividad del troll.

Y se fue. Caminó mucho, muchísimo tiempo, y un día encontró a un hombre que llevaba una iglesia sobre los hombros. Johan le saludó y le dijo con admiración:

—¡Caramba! ¡Apostaría a que eres el más fuerte de los fuertes!

—Esto no es nada comparado con el robusto Johan que actualmente vive en el palacio —respondió el hombre—. Amasa el hierro y el acero con las manos como si se tratara de una pasta.

—Pues el robusto Johan soy yo —dijo el muchacho riendo, y pidió al hombre que le acompañara; y siguieron juntos el camino.

Al poco rato encontraron a un hombre que llevaba una alta montaña sobre los hombros.

—¡Caramba! ¡Tú eres el más fuerte de los fuertes! —exclamó Johan en tono de admiración.

—Esto no es nada comparado con el robusto Johan que actualmente vive en el palacio —respondió el hombre—. Él es capaz de matar a un toro de un capón...

—Pues el robusto Johan soy yo —dijo éste, y convenció al hombre para que les acompañara.

Los tres hombres se fueron juntos y pronto llegaron a una gran bahía. Allí, en la cima de una alta montaña se alzaba el castillo del troll en el que estaba prisionera la princesa más joven.

—Por favor, deja tu montaña justo enfrente de ese castillo —pidió Johan a su compañero.

Luego pidió al segundo compañero que colocara su iglesia en la cima de la montaña.

Cuando lo hubieron hecho, Johan se puso a tocar las campanas como si fuera el día de Navidad.

El troll, asustado, miró por la ventana y ¿qué vio? Justo enfrente de su castillo se alzaba una nueva montaña y en la cima de aquella montaña una iglesia con una cruz. ¡Qué desgracia! Él, que jamás había podido ver una cruz, tenía ahora una iglesia frente a sus ventanas...

Luego, vio salir de la iglesia a tres hombres robustos que se dirigían decididamente hacia su castillo.

—¡Venimos a buscar a la princesa que tienes prisionera! —anunció en el umbral de la puerta uno de ellos.

—¡Bueno, bueno! —respondió el troll—. ¡No tan deprisa! Primero beberéis conmigo a la salud de la princesa. ¡Si no, no os la daré!

Puso en la mesa una inmensa copa de oro y la llenó hasta el borde de vino espumoso.

El primero, el que llevaba la iglesia, quiso beber a la salud de la princesa. Pero, aunque lo intentó con todas sus fuerzas, no logró levantar la copa de la mesa.

—¡Ja, ja, ja! —se burló el troll—. ¡Querías quitarme a mi novia!

Después le tocó el turno al hombre que llevaba la montaña: trató de levantar la copa. ¡Pero había demasiada distancia de la copa a los labios! Y pesaba tanto que no lo consiguió.

—¡Ja, ja, ja! —rió de nuevo el troll—. Así no os llevaréis a la princesa. ¡No tenéis la suficiente fuerza como para beber a su salud!

Faltaba Johan por intentarlo: cogió la copa, la levantó fácilmente y gritó con voz clara:

—¡A la salud y por el feliz regreso de nuestra bella princesa!

Y de un solo trago vació la copa y se la lanzó al troll con tanta fuerza que éste cayó muerto al suelo.

La princesa apareció muy alegre, porque había seguido la escena escondida detrás de la puerta. Besó a Johan y le dio las gracias por haberla liberado.

Los dos compañeros de Johan llenaron varios sacos con el oro que el troll guardaba en sus arcas y se fueron.

Johan llevó a la princesa al palacio.

El rey y sus súbditos, se sintieron muy felices. Respetando fielmente su palabra, el monarca propuso a Johan que escogiera a una de sus hijas por esposa. Naturalmente Johan eligió a la más joven.

Y se celebró una espléndida boda en el palacio. También invitaron a la madre de Johan, que después de la boda se quedó a vivir con ellos.

Johan recibió la mitad del reino y gobernó sabia y justamente, como corresponde a un hombre tan fuerte.

## El diablo juicioso

**U**N día, un rico campesino volvía de la feria. A la salida de la ciudad vio junto al camino al diablo vestido de cazador. El diablo le dijo:

—Hola, granjero, tengo que seguir la misma ruta que tú, ¿puedes llevarme en tu carreta?

El campesino jamás llevaba a nadie en su carreta, pero el diablo le dio miedo y se detuvo. Dejó que subiera y siguieron la marcha.

Cuando cruzaban un pueblo vieron a un anciano que intentaba en vano atrapar a su cerdo, que se había escapado del corral. El viejo corría tras él, pero el cochino era más rápido. Entonces el anciano se enfureció y exclamó:

—¡Que el diablo te lleve, cerdo asqueroso!

—¿Oyes? —dijo el rico campesino volviéndose hacia el diablo—. Puedes coger el cerdo. Imagino que incluso en el infierno se puede degustar un buen asado.

—Pero yo sé que el viejo no lo ha pensado en serio. Lo ha dicho porque se ha puesto furioso, pero en realidad está muy contento de tener ese cerdo —dijo el diablo sonriendo.

Cuando atravesaron otro pueblo vieron en mitad del camino a un niño muy sucio jugando en un charco de barro. Su madre fue a buscarle, y al ver lo que hacía se puso a regañarle:

—Te he dicho cien veces que no juegues en el camino. Un día te aplastará una carreta. ¡Que el diablo te lleve, granuja desobediente!

Y abofeteó al niño.

El campesino dijo al diablo, en tono burlón:

—Ya ves, te ofrecen un alma gratis. Basta que la cojas y es tuya.

—No, te equivocas —replicó el diablo—. Esta madre no ha pensado realmente lo que decía. ¿No has advertido que la bofetada que ha dado a su hijo era una prueba de amor?

El campesino se rió sarcásticamente, dio un latigazo a los caballos y siguieron su camino. Poco después señaló al diablo:

—¿Ves los tejados rojos del pueblo? Vivo allí y te advierto que no te llevaré más lejos.



Y de nuevo empuñó el látigo para alcanzar su casa lo más rápidamente posible y poder librarse de su compañero.

Pronto llegaron al pueblo. Ante la primera casa, una ancianita cuidaba su jardín. Cuando oyó el ruido de la carreta y vio al granjero, su rostro se ensombreció: «Es él, el campesino rico que anteayer pegó tan brutalmente a mi cabra, que todavía hoy sigue sin dar leche. Es verdad que la cabra estaba en sus tierras, pero ¿acaso el animal lo sabía? Es un animal y no un hombre».

La anciana salió del jardín y, amenazando al granjero con los puños, gritó con voz furiosa:

—Que el diablo te lleve al infierno, sanguinario granjero. Si desaparecieras, el pueblo sentiría un gran alivio...

Al oír esto, el campesino no dijo ni pío. El diablo, en cambio, comentó con sonrisa sardónica:

—Estoy seguro de que esta anciana pensaba seriamente lo que decía. ¡Así que, granjero, te llevo conmigo!

Y, sin vacilar, le arrastró inmediatamente al infierno.

## El gigante sin corazón

**H**ABÍA una vez un rey, y este rey tenía siete hijos. Un día les convocó y les dijo:

—Mis queridos hijos, ya soy muy viejo y me gustaría que os casarais. Id por el mundo entero y buscad esposas. Sólo me quedaré con mi hijo menor, Halvor, para que me haga compañía cuando os hayáis ido.

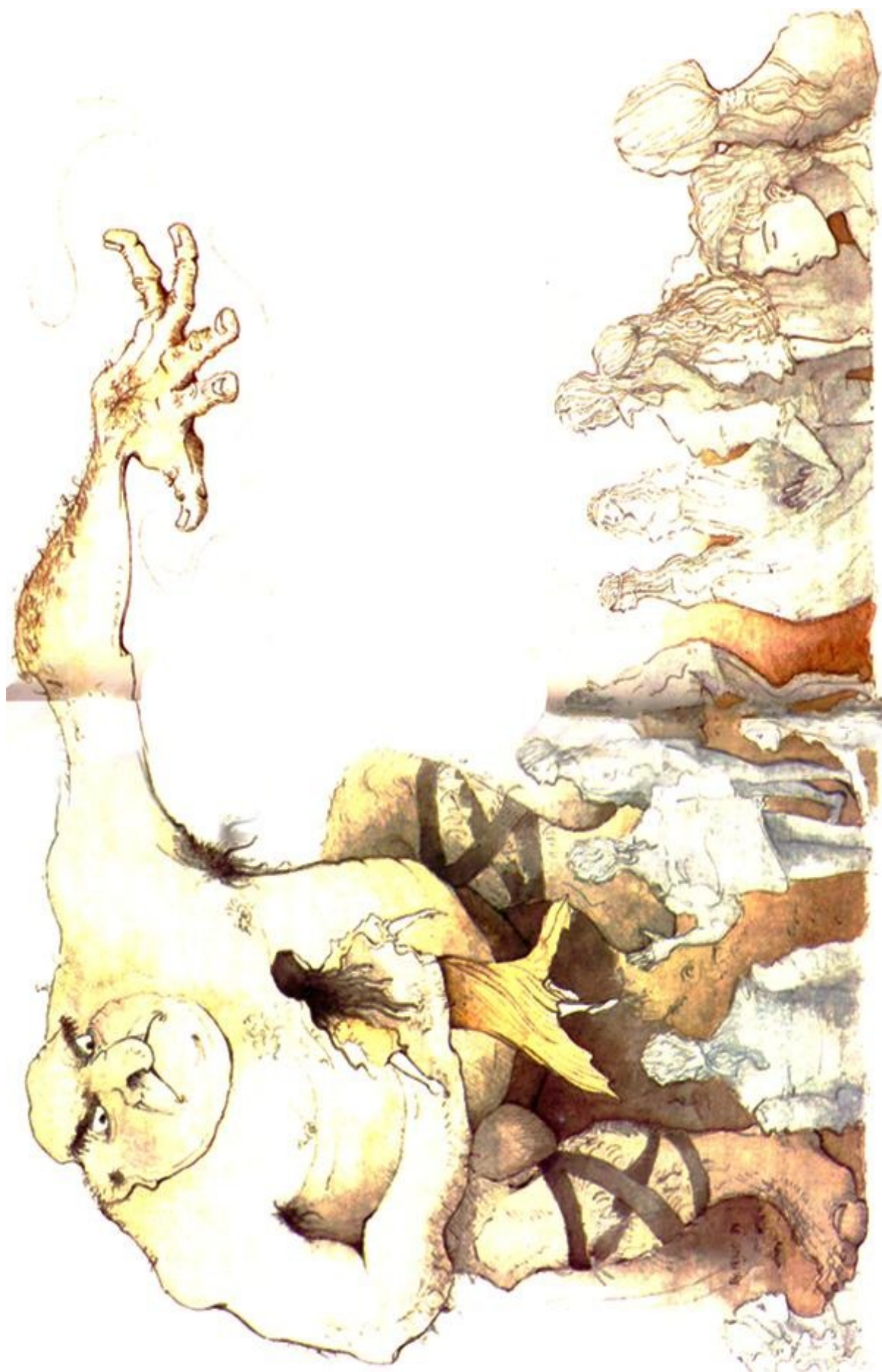
El caballerizo del rey eligió en las cuadras reales los seis mejores caballos y los príncipes se pusieron en camino. Al cabo de cierto tiempo llegaron a un lejano país donde reinaba un poderoso monarca. Éste tenía siete hijas bellísimas en edad de casarse. Los príncipes pidieron al monarca que les diera a sus hijas por esposas y él no se negó.

Pero los seis príncipes no habían olvidado a su hermano menor: escogieron para él a la hija más joven del poderoso soberano. Era bella y lozana como una flor de jazmín y no dudó en acompañar a sus hermanas a un país lejano donde esperaba ver al príncipe Halvor.

Una preciosa mañana, los príncipes y las princesas emprendieron el camino de regreso.

Pero, para volver a su país, los príncipes tenían que pasar cerca de una montaña muy alta que estaba habitada por un espantoso gigante. Le encontraron, y éste pidió a los príncipes que le dieran a la princesa más joven. Naturalmente, los príncipes no quisieron. Como el gigante insistía y al final quería cogerla por la fuerza, los príncipes sacaron sus espadas para defenderla. Pero el gigante hizo un gesto mágico con la mano y, de repente, princesas y príncipes quedaron petrificados.

Sólo dejó sin encantar a la princesa más joven, y se la llevó a su gruta.



Durante ese tiempo, el anciano rey y su hijo menor seguían esperando la llegada de los príncipes y de sus prometidas. Pasó un año: nadie; acabó el segundo año: nadie tampoco.

Entonces el príncipe Halvor decidió ir a buscar a sus hermanos.

Pero el anciano rey no era de la misma opinión:

—Quédate conmigo, hijo mío. Si tú también me dejas, me quedaré solo y seré muy desdichado.

El príncipe Halvor se arrodilló ante su padre y le suplicó que le dejara marchar. Insistió tanto que al final el monarca cedió.

El propio rey eligió el caballo, pero escogió a propósito uno débil y viejo. «De este modo, no llegará muy lejos y pronto volverá a mi lado», pensó.

El príncipe Halvor fue en busca de sus hermanos. Viajó durante muchas jornadas, y un día llegó ante un torrente. Cuando buscaba un vado para pasar con su caballo, vio en la orilla una anguila que la corriente había lanzado fuera del agua. Rápidamente, devolvió el pez a su elemento. La anguila emergió y dijo al príncipe:

—Gracias, príncipe, acabas de salvarme la vida. Jamás olvidare el favor que me has hecho: si me necesitas, acudiré en tu auxilio.

Y desapareció en el torrente.

Halvor siguió su camino y llegó a una llanura rocosa. Allí distinguió en medio de la llanura desierta a un buitre que intentaba volar. Pero sus esfuerzos eran vanos porque estaba debilísimo por el hambre.

El príncipe tenía en el bolsillo un trocito de pan; era el último, pero, sin dudarlo, lo desmigó y se lo dio al buitre. Éste lo comió todo, luego extendió las alas y emprendió el vuelo. Sobrevoló por encima de Halvor y le dijo con una voz semejante a la de los humanos:

—Gracias, príncipe, me has salvado la vida. Jamás olvidaré el favor que me has hecho: si me necesitas, acudiré en tu auxilio.

El príncipe siguió su camino y llegó a un bosque sombrío. Mientras cruzaba unos matorrales, oyó un lamento. Se dirigió al lugar de donde procedían las quejas y llegó a un claro donde vio a un lobo delgadísimo que se moría de hambre. Estaba tan débil que ni siquiera podía levantarse.

El príncipe se apiadó de él y sacrificó su caballo. Cuando el lobo hubo comido hasta hartarse, recuperó las fuerzas, se levantó y dijo al príncipe:

—Gracias, príncipe, por haberme salvado la vida. Para recompensarte quiero servirte fielmente. Ahora tengo la fuerza de dos caballos. Ensíllame e iremos a buscar a tus hermanos. Sé dónde encontrarlos.

Halvor ensilló al lobo, subió a su nueva montura y partieron como una flecha. El lobo corrió a toda velocidad mucho tiempo y no se detuvo hasta que estuvieron ante una gran montaña negra.

—Ya hemos llegado —anunció el lobo al príncipe—. En esta montaña vive un gigante que ha transformado a tus hermanos y a sus prometidas en estatuas de piedra. Creo que el gigante ha salido, pero seguramente encontraremos en el interior a una bella y joven princesa que es su prisionera.

El príncipe se bajó de la montura y entró en la montaña. Atravesó doce magníficas salas de un castillo subterráneo y hasta la decimotercera sala no encontró lo que buscaba.

A lo largo de una pared descubrió seis estatuas de piedra: sus desdichados hermanos. A lo largo de otra pared vio otras seis estatuas de piedra: las desdichadas prometidas de sus hermanos. Delante de las estatuas estaba de pie una joven lozana como una flor de jazmín, que lloraba silenciosamente. La muchacha era tan encantadora y tan bella, que Halvor se enamoró inmediatamente de ella.

—No llores, princesa —suplicó—. Ven conmigo, te llevare lejos del malvado gigante.

—Pero no puedo abandonar a mis hermanas petrificadas —sollozó la princesa; luego añadió, preocupada—: oigo al gigante que vuelve, sálvate lo más deprisa que puedas.

—No me iré sin ti —decidió el príncipe, y sacó la espada.

Pero la princesa le retuvo diciéndole:

—Nada podrás contra él, es invulnerable porque no tiene corazón. Pero ahora, ¡escóndete aquí, deprisa, en la chimenea, y no hagas ruido!

—De acuerdo, pero no olvides preguntar al gigante dónde esconde su corazón.

Cuando el príncipe se hubo escondido en la chimenea, la tierra tembló e inmediatamente después apareció el gigante en el umbral de la puerta. Olfateó la estancia y comentó en tono receloso:

—Huelo a carne humana. ¡Dime quién está aquí!

—Nadie —respondió la princesa—. Pero, espera, ahora que me acuerdo, esta mañana una corneja ha dejado caer en la chimenea un hueso humano. Lo he tirado inmediatamente, pero ha debido dejar su olor.

Estas palabras tranquilizaron al gigante; cenó y fue a acostarse.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, la princesa le dijo:

—Me parece que esta noche has tenido un mal sueño. Te has quejado y gritabas que alguien te había robado el corazón.

—Eso no es posible —contestó el gigante sonriendo—, porque he escondido bien mi corazón.

—¿Y dónde? Seguro que muy lejos —dijo la princesa.

—¡Oh, no! —repuso el gigante—. Delante de la montaña hay una enorme roca de granito. Bajo esa roca he escondido mi corazón.

Después del desayuno el gigante se fue. Halvor salió de su escondite y se puso a buscar la roca de granito. Y, efectivamente, delante de la montaña encontró la roca. Tuvo que hacer enormes esfuerzos para desplazarla, pero el escondite bajo la roca estaba vacío: el corazón no estaba allí.

—No importa —dijo Halvor a la princesa, y se fue a coger flores a un prado cercano.

Se las llevó a la princesa, que hizo con ellas un precioso ramo y lo colocó sobre la roca de granito.

Por la noche, cuando el gigante volvió a casa, Halvor estaba otra vez escondido en la chimenea. El gigante olfateó el aire y dijo:

—Huelo, huelo a carne humana.

—No, sabes perfectamente que no es posible —repuso la princesa—. Seguramente es el hueso que cayó ayer en la chimenea.

El gigante se acercó a la chimenea, miró en el interior, pero afortunadamente no descubrió al príncipe, oculto en la oscuridad.

—Tienes razón, princesa, aún se sigue notando en la chimenea el olor del hueso. Pero dime, ¿por qué hay flores en la roca que está ante la montaña?

—¿Acaso no sabes que te amo? —dijo dulcemente la princesa—. Ahora que sé que tu corazón está bajo esa roca, llevaré flores frescas todos los días.

Estas palabras conmovieron al gigante y le explicó:

—En realidad, mi corazón no está bajo esa roca, lo escondí en un cofre de plata que puse en la decimotercera sala.

Al día siguiente, cuando el gigante se hubo marchado, Halvor abrió el cofre de plata que había en la decimotercera sala y él y la princesa lo inspeccionaron minuciosamente. Pero en vano, porque el corazón del gigante no estaba allí.

—No importa —dijo Halvor a la decepcionada princesa.

Y de nuevo cogió flores que entregó a la muchacha. Ésta hizo una bella corona que puso sobre el cofre, en la decimotercera sala.

Cuando el gigante volvió por la noche, notó otra vez olor a carne humana, pero la princesa le calmó:

—Sigue siendo el olor de ese hueso, creo que jamás nos libraremos de él.

Esta vez el gigante no miró en la chimenea, pero había descubierto la corona de flores sobre el cofre de plata y preguntó a la muchacha:

—¿Y qué hace esa corona sobre mi cofre de plata?

—Sabes que te amo —dijo amablemente la princesa—, y como sé que tu corazón está en el interior de ese cofre, pondré flores frescas todos los días.

Estas palabras emocionaron al gigante hasta tal punto que confió a la princesa lo siguiente:

—Como veo que me amas realmente, princesa, voy a revelarte dónde he escondido mi corazón. Detrás de las nueve montañas, en el lado sombrío, se halla un lago azul. Justo en el centro del lago hay una isla y en la isla se alza una iglesia. En la iglesia se encuentra un pozo, en el interior del pozo nada un pato que lleva en su vientre un huevo y en ese huevo he escondido mi corazón.

—Es una pena que esté tan lejos, porque me gustaría mucho adornar todos los días el pozo con flores —fingió lamentarse la princesa.

El gigante se puso muy contento y se fue a acostar.

A la mañana siguiente, inmediatamente después de la marcha del gigante, Halvor llamó al lobo, que le había esperado fielmente durante ese tiempo en el bosque: lo ensilló, dijo adiós a la princesa y se fue en busca del corazón del gigante.

Viajaron mucho, atravesaron las nueve montañas y llegaron a la orilla del lago azul. Nadaron hasta la isla y descubrieron la iglesia. En la iglesia había un pozo donde nadaba un patito blanco. El príncipe quiso atraparlo, pero cuando alargó la mano hacia él, el pato desplegó sus alas y se fue volando por una ventana semiabierta. Pero, por casualidad, el buitre al que el príncipe había salvado la vida se encontraba en el mismo lugar. Se lanzó sobre el pato, y le asustó tanto que dejó caer a las aguas del lago el huevo que guardaba tan cuidadosamente. Pero, contra toda previsión, la anguila que el príncipe había salvado hacía algún tiempo surgió a la superficie del lago con el huevo y lo puso en las manos de Halvor.

—¡Rompe el huevo! —ordenó el lobo al príncipe.

El príncipe obedeció y cascó el huevo.

Bruscamente el día se ensombreció, se oyeron truenos, la tierra tembló y sobre los picos de la montañas se vieron doce rayos.

—Ahora el gigante se ha convertido en polvo —explicó el sabio lobo—. Y tus hermanos y sus prometidas ya son libres. Date prisa, siéntate en mi lomo, vamos a su encuentro.

El príncipe obedeció al lobo, nadaron hasta la orilla del lago, atravesaron las nueve montañas y se detuvieron ante la montaña negra donde se encontraba el castillo subterráneo del gigante.

Los hermanos y sus prometidas esperaban a Halvor con impaciencia. Estaban sanos y salvos y de buen humor, pero la más dichosa fue la princesa más joven, bella y lozana como una flor de jazmín, cuando Halvor la cogió en brazos.

Luego emprendieron todos juntos el camino hacia donde vivía el padre de los príncipes, el viejo rey. Éste ya no pensaba volver a ver a sus hijos y fue tan feliz cuando aparecieron que dio orden de que todas las campanas y campanillas de su reino sonaran solemnemente durante tres días, desde el amanecer hasta el crepúsculo.

La boda de los siete príncipes y de las siete princesas fue tan magnífica que la gente del país todavía habla de ella.

## El sirviente cansado

**M**UY lejos, en el Norte, vivía hace mucho tiempo un apuesto y rico gentilhombre. No puedo decir exactamente si era duque o conde. Pero se trataba sin duda de un gentilhombre y se comportaba como un verdadero duque. Era querido por todos por su buen carácter y su generosidad: a nadie dejaba irse con las manos vacías.

Pero ningún cobre es inagotable, aunque sea grande y esté lleno de monedas de oro. Ocurrió que un día el gentilhombre gastó la última moneda de oro y sólo le quedó una salida: ir a probar suerte en otra parte.

Pasó de un castillo a otro, cantó canciones de gesta y de amor, contó historias de risa y de miedo, tocó el laúd... Las personas que gustaban de tales distracciones le dieron de comer y le hospedaron.

En una ocasión, la noche le sorprendió en pleno bosque. Pensó que la pasaría en el suelo bajo un abeto cuando, de repente, vio una cabaña de madera.

«No se parece nada al castillo donde estaba acostumbrado a dormir, pero ¡qué importa!, pensó nuestro pobre duque, ¡más vale tener un techo sobre la cabeza que sólo ramas de abeto!».

La cabaña únicamente tenía una habitación, y en ella no había nada, excepto un montón de hojas secas en un rincón. El duque se tumbó sobre las hojas a dormir, pero bajo la cabeza notó algo duro. Rebuscó entre las hojas y descubrió un cofre de madera de roble.

«Quizás haya un tesoro dentro», pensó. Intentó abrir el cofre; la cerradura se resistió un poco, pero al final consiguió abrirlo.

«Si por lo menos encontrara un trozo de pan, pensó el duque hambriento mientras levantaba la tapa. ¡Qué voy a hacer en medio del bosque con oro y piedras preciosas! Un trozo de pan me sería mucho más útil».

Pero en el cofre no había nada de comer. En su interior había otro cofre, más pequeño, de madera de haya. Cuando el duque lo abrió con impaciencia, encontró dentro de él otro cofre, más pequeño, de madera de arce blanco. Y

así sucesivamente: en cada cofre que encontraba había otro más pequeño. Por fin tuvo en la mano un cofrecito de madera de abedul. Deseoso de saber lo que había dentro, lo abrió: no contenía más que un papelito blanco. Decepcionado, tiró el papel y dijo:

—¡Con lo que me ha costado abrir los cofres, y en el último no encuentro más que un trozo de papel! ¡Si por lo menos hubiera hallado un trozo de pan, no tendría que acostarme con el estómago vacío!

En aquel momento, la luna salió de entre las nubes y sus rayos plateados iluminaron el papel. El duque vio entonces que el papel tenía una inscripción. Solamente había dos palabras escritas: el duque las leyó en voz alta insistiendo en cada una:

—¡Sirviente Lasso!

Cuando hubo pronunciado estas palabras, oyó una dulce voz:

—¿Qué desea mi amo?

El duque miró a su alrededor, pero no vio a nadie.

Entonces leyó otra vez en voz alta:

—¡Sirviente Lasso!

Y de nuevo alguien invisible le preguntó:

—¿Qué desea mi amo?

«¿Por qué no pruebo a expresar un deseo?», pensó el pobre duque, y dijo en voz alta:

—¿Que qué deseo? Tengo mucha hambre, ¡me gustaría comer!

Nada más pronunciar estas palabras vio en medio de la habitación una mesa bien provista de manjares y bebidas. El hambriento duque no podía dar crédito a su ojos: esperó un poco, luego se sentó a la mesa y comió. Cuando se hubo saciado, cogió el papel blanco y volvió a leer en voz alta:

—¡Sirviente Lasso!

—¿Qué desea mi amo?

—He comido bien, y ahora quiero dormir. ¡Pero no tengo ganas de pasar la noche en un montón de hojas!

De repente, apareció allí mismo una enorme cama esculpida, provista de preciosas mantas y de sábanas bordadas.

El duque pobre se acostó en aquel lecho real y pensó: «¡Hacía mucho tiempo que no me acostaba en una cama como ésta!». Luego, a media voz, leyó la inscripción que había en el papel blanco y cuando el sirviente invisible le preguntó qué deseaba, respondió medio dormido:

—Lasso, eres un sirviente fiel. Has hecho que coma como un rey y estoy en una cama real. Pero tienes que reconocer que esta cama no pega mucho

con la habitación donde se encuentra. Creo que una cama de este tipo debería encontrarse en un bello palacio, y no en una cabaña como ésta...

Terminó la frase y se durmió inmediatamente. Pero qué sorpresa al despertar: se encontraba en un magnífico palacio, con muchas habitaciones, a cual más bella; por todas partes, cuadros, estatuas, espejos, muebles de oro y plata, y preciosas flores en jarrones de alabastro. El duque paseó por el palacio y reconoció que en su vida había visto tanta belleza. Pero las estancias estaban silenciosas. Sólo oía sus pasos, que retumbaban como en una iglesia. Esto dio un poco de miedo al duque, sacó el papel y repitió:

—¡Sirviente Lasso!



—¿Qué desea mi amo? —oyó inmediatamente.

—Me has proporcionado un magnífico palacio, pero estoy completamente solo. Me gustaría que hubiera criados para mantenerlo y cortesanos para distraerme.

Cuando el duque expresó el deseo, el palacio se llenó de criados que empezaron en seguida a hacer sus tareas, y de cortesanos que hablaban, reían y reverenciaban al duque.

Al otro lado del río que atravesaba el bosque, se alzaba desde tiempo inmemorial un magnífico palacio. En él vivía un viejo rey con su hija, que era muy bella, pero un poco orgullosa.

Cada mañana, al levantarse, el rey tenía la costumbre de abrir la ventana para respirar aire puro.

Aquella mañana se acercó a la ventana y se quedó asombrado cuando vio que al otro lado del río, en la colina, había un bello palacio con muchas torres y tejados de oro. Cuando el rey se hubo repuesto de la sorpresa, llamó a su general, e inmediatamente, todavía en bata, le dio las siguientes órdenes:

—Alguien ha tenido la osadía de construir en la colina de enfrente un palacio más hermoso que el mío para humillarme. ¡General, reúne a tu ejército, coge los cañones y demuestra a ese impertinente cómo actúo con los que se permiten construir en mi país un palacio sin mi permiso!

El general saludó al rey, y en cuanto abandonó la estancia convocó a sus oficiales. Al cabo de media hora, el ejército estaba dispuesto y se preparó para cruzar el río.

Cuando nuestro duque vio las tropas, adivinó en seguida de qué se trataba. Sacó su papel, llamó al sirviente Lasso y le pidió un ejército más poderoso que el del rey.

En un abrir y cerrar de ojos, una hueste formidable estaba reunida bajo las torres del palacio.

El general del rey era un militar experto. Cuando vio el ejército de nuestro duque, se dio cuenta de que el enemigo era más poderoso que él y que haría mejor eligiendo la vía de la negociación. Llamó a varios oficiales y fueron juntos al palacio del duque.

Éste les acogió con todos los honores, les invitó a comer y a beber y, en el amistoso ambiente que rápidamente se creó, se pusieron de acuerdo en que era inútil derramar sangre humana. Y los oficiales del rey, cuanto más buen vino bebían, más simpático encontraban al duque. Entonces, el general, que también estaba de buen humor, se inclinó hacia el duque y le susurró confidencialmente:

—Querido duque, nuestro rey tiene una hija bellísima. Es un poco orgullosa y no le gusta nadie, pero creo que sería una esposa ideal para vos. Y estoy convencido de que, si os casáis con ella, el rey admitiría que vuestro palacio estuviera frente al suyo.

El duque sonrió y le pidió inmediatamente que transmitiera un mensaje al rey, rogándole que le recibiera al día siguiente.

Durante gran parte de la noche se oyeron los cantos de los soldados, porque el duque había sacado de sus bodegas varios toneles de cerveza para que los dos ejércitos celebraran aquella jornada en que se había evitado la guerra.

Cuando los oficiales del rey abandonaron el palacio del duque, éste sacó su papel, llamó a su sirviente invisible y le pidió que le mostrara a la princesa que dormía en el palacio real. Deseaba verla antes de pedir su mano.

Lasso obedeció a su amo y el duque pudo admirar a la bella princesa mientras dormía. Le gustó muchísimo, y reconoció que jamás había visto una belleza parecida. Luego, pidió a Lasso que la llevara de nuevo a su aposento.

A la mañana siguiente, el rey miró, como de costumbre, por la ventana y no pudo dar crédito a sus ojos. En la colina de enfrente seguía alzándose el palacio, con sus torres y sus tejados brillando al sol matinal.

Se puso furioso y llamó a su general:

—¡Ordené derribar ese palacio! ¿Cómo es posible que no hayas realizado lo que pedí? —atronó.

El general esperó un poco, hasta que la ira del rey se apaciguara:

—Majestad, en el palacio de enfrente vive un duque muy bueno y muy rico. Su ejército es mucho más fuerte y está mejor armado que el nuestro. Nos fue imposible derribar el palacio, porque hubiera sido un suicidio para los hombres de nuestro ejército. Por esa razón, me permití negociar con...

—No es así como debe responder el jefe supremo de mi ejército —le interrumpió el rey—. ¡Te haré decapitar por no haber obedecido mis órdenes!

El general esperó un momento y explicó cortésmente:

—El duque me ha pedido que os transmita sus saludos y os anuncie que le gustaría inclinarse hoy ante vuestra majestad y ante la princesa.

El rey no tuvo tiempo de responder, porque de repente oyó sonido de trompetas: el duque entraba en el patio del palacio con su séquito.

La princesa llegó jadeante al aposento del rey y exclamó:

—Padre, vístete deprisa y ponte el manto de armiño más bello y la corona más hermosa. ¡Tenemos un insigne invitado!

—Bueno —murmuró el rey—, no voy a perder la cabeza porque un duque venga a visitarme, ¿no?

—El duque es muy apuesto y muy bueno. Desearía un marido así —dijo pensativamente la princesa.

—¡Lo que hay que oír! —dijo el rey sorprendido—. Tú, que no has encontrado hasta ahora nadie a tu gusto, ¿te casarías sin pensarlo dos veces con alguien a quien no conoces de nada? ¿Cómo sabes que es apuesto y bueno?

—He soñado con él esta noche, y su rostro me ha gustado enormemente —confesó la princesa ruborizándose.

Entonces el rey mandó que le vistieran en seguida con sus mejores trajes, y en la cabeza se puso la corona más hermosa: la que tenía doce diamantes más que las otras.

Luego, sus consejeros acudieron en cortejo a recibir al noble vecino.

El duque llevaba trajes y joyas magníficos, tan magníficos como los del rey. Se comportó de forma cortés y natural, y el rey le encontró en seguida muy simpático. Su hija contempló con admiración al apuesto duque y no dejó de mirarle un solo instante.

Cuando todos se sentaron alrededor de la mesa en el gran comedor, el duque pidió, como corresponde al ceremonial que se debe a un rey, la mano de su hija, la bella princesa.

Antes de que el rey, muy sorprendido, pudiera responder, su hija contestó que aceptaba y que se convertiría encantada en la esposa del duque.

Y el viejo rey no tuvo más remedio que dar su consentimiento.

Decidieron que la boda se celebraría en el palacio real, mientras el duque preparaba el suyo para recibir a su prometida.

Muy pronto, los preparativos tocaron a su fin y llegó el solemne día. La boda fue tan magnífica, que jamás en el reino se había visto acontecimiento semejante.

Después de la ceremonia y el banquete, los recién casados se fueron a su palacio, y el rey les acompañó para ver qué sorpresa había preparado su yerno para su hija.

El sirviente Lasso había acondicionado para la princesa tres magníficos aposentos: uno de plata, el segundo de oro y el tercero de diamantes. En el jardín, los arriates estaban plantados con bellísimas flores y se veían los árboles más raros. También había algunas fuentes y lagos con peces rojos y surtidores. Evidentemente, todo era más hermoso que en el palacio real. El rey lo advirtió en seguida y se alegró mucho de que su hija se hubiera casado

con un hombre tan rico. Luego, se despidió de los recién casados y volvió muy contento a su palacio.

Después de su marcha, la joven esposa fue a cambiarse a su aposento y el duque se quedó solo. De repente, oyó al oído la dulce voz de Lasso:

—¿Está satisfecho mi amo de su sirviente?

—Sí —respondió el duque—, no me falta nada. Estoy muy satisfecho de ti.

—Quizá merezca una recompensa —dijo la voz.

—Sí —consintió el duque—, te recompensaré con mucho gusto. Te daré lo que me pidas.

—Dame el papel con mi nombre —pidió Lasso, y el duque dijo inmediatamente que sí.

—Sí, te lo daré, porque ahora tengo cuanto podía desear. Pero ¿cómo te lo devuelvo, si eres invisible?

—Es muy sencillo —dijo el sirviente—. Dejarás el papel en la mesa de noche y cuando te duermas lo cogeré.

Y así fue. Cuando los jóvenes esposos se acostaron, el duque cogió el papel con el nombre del sirviente Lasso, lo dejó en la mesa de noche y se durmió apaciblemente.

A la mañana siguiente, al duque le despertó el frío. Abrió los ojos, una vez, dos veces, tres, porque tenía la impresión de que seguía durmiendo y de que sufría una pesadilla.

El palacio había desaparecido y dormía, con la princesa a su lado, sobre un montón de hojas en la vieja cabaña de madera donde un día había encontrado una serie de misteriosos cofres.

—¡Sirviente Lasso! —exclamó el duque.

Nada se movió.

—¡Sirviente Lasso! —volvió a gritar aún más fuerte.

Nadie apareció. Y solamente entonces el duque comprendió que su sirviente Lasso, al llevarse como recompensa el papel con su nombre, se había llevado también la magia. El duque llamó desesperadamente otra vez a su sirviente, y otra y otra, pero no obtuvo respuesta. Y su grito desesperado despertó a la princesa.

—¿Dónde estoy? ¿Dónde está el maravilloso palacio? ¿Dónde está el magnífico jardín? ¿Y dónde está el apuesto duque, mi marido?

En lugar del palacio había una cabaña de madera, en lugar del magnífico jardín el sombrío bosque, y a su lado, en vez de su elegante marido, descubrió

a un pobre hombre vestido con harapos que derramaba abundantes lágrimas. Miró al desgraciado de cerca: ¡sí, era el duque!

¿Cómo podría haber cambiado tanto en una sola noche?

Poco después se tranquilizó el duque y contó a su mujer toda la historia desde el principio. En aquella cabaña había encontrado por primera vez a un sirviente invisible y fiel que le había procurado cuanto deseaba, pero que se llevó, al eclipsarse, lo que antes le había dado.

Luego, el duque se puso de rodillas ante la princesa, que, con su magnífico vestido de raso, parecía en aquella cabaña un diamante entre carbones. Le pidió perdón y le suplicó que volviera al palacio real de su padre.

Pero la joven esposa acarició los cabellos de su marido y dijo:

—¿Cómo podría abandonarte ahora que te ha ocurrido esta desgracia? Te amé cuando eras poderoso y rico, también te amo ahora que eres pobre. Juntos conseguiremos ganarnos el pan. Lo importante es que nos amemos.

Aquella mañana, el rey se despertó un poco más tarde y se precipitó inmediatamente a la ventana para admirar de nuevo el bello palacio donde ahora vivía su querida hija.

Abrió la ventana y no pudo dar crédito a su ojos: allí donde, ayer mismo, se alzaba el bello palacio, sólo veía una colina.

El rey llamó inmediatamente a sus mejores soldados, y partió con ellos hacia el lugar donde se encontraba el palacio. Al cruzar el río no descubrieron más que una pobre cabaña de madera. Al acercarse, el rey vio a su hija y al duque, harapientos y cogidos de la mano, en el umbral de la cabaña.

El rey se dirigió a su yerno:

—¿Dónde está tu palacio y tu riqueza?

Pero el duque calló y no se defendió. Su comportamiento irritó al rey hasta tal punto, que reprochó a su yerno haberle engañado quitándole a su hija para atentar contra su reputación.

La princesa suplicó al rey con lágrimas en los ojos:

—Mi querido padre, no te enfades con mi marido. Créeme: no es culpable de nada y no quiero abandonarle.

Estas palabras enfurecieron al rey, que ordenó brevemente a sus soldados:

—Este farsante será ahorcado. Y ahora, ¡montad a mi hija en un caballo y llevadla al palacio!

La princesa pidió perdón para su marido, pero el rey permaneció inflexible. No modificó la orden que acababa de dar. Cuando la princesa se dio cuenta de que no conseguiría nada con sus lágrimas, dejó que la llevaran al palacio. Inmediatamente corrió al aposento del verdugo y le sobornó. El verdugo prometió que sólo simularía que ahorcaba a su marido para que éste siguiera con vida. E hizo lo que había prometido. Durante la ejecución, se inclinó hacia su víctima y le avisó que volvería a recogerle a medianoche, pero que, para que nadie descubriera que el duque no estaba realmente muerto, debía actuar como un verdadero ahorcado: es decir, sacar mucho la lengua.

Eso no fue muy cómodo para el duque, pero lo prefería a la muerte.



Mientras esperaba la llegada del verdugo, que debía ir a salvarle a medianoche, el duque oyó el ruido de varios carros y pronto distinguió uno, dos, tres..., siete carros llenos hasta los bordes de toda clase de zapatos usados. En el primer carro iba sentado un feísimo enano viejo, con cara de pájaro y un gorrito rojo en sus desgredados cabellos.

Cuando los carros llegaron justo bajo el patíbulo, el enano detuvo los caballos, tiró de las piernas al duque ahorcado y graznó, creyéndole muerto:

—¡Llegó tu fin! ¡Ay!, qué orgulloso estabas cuando paseabas por el palacio que yo te proporcioné. Y cuánto me cansé por ti. Mira estos siete carros llenos de zapatos usados. Usé todos estos zapatos a tu servicio. ¡Qué estúpido y crédulo fuiste al devolverme el papel! ¡Estoy seguro de que si pudieras, querrías recuperarlo!

Y el enano agitó en la mano el papel bajo la nariz del duque ahorcado. Pero olvidaba que un ahorcado no era necesariamente un muerto...

El duque hizo un gesto rápido con la mano y quitó al enano el papel mágico. El malvado enano desapareció y también los siete carros. En el mismo instante, el duque leyó en voz alta lo que ponía el papel:

—¡Sirviente Easso!

—¿Qué desea mi amo? —se oyó la dulce y humilde voz del sirviente invisible.

—En primer lugar, que me bajes del patíbulo. Luego, deseo volver a ver inmediatamente mi palacio con todo lo que había en el interior. ¡Y también quiero que mi bella esposa me espere en su aposento!

En cuanto hubo expresado estas órdenes, se realizaron.

A la mañana siguiente, como de costumbre, los primeros pasos del rey le condujeron hacia la ventana. Miró al exterior. ¿Y qué descubrió? En la colina, enfrente, de nuevo brillaban las torres y los tejados del palacio del duque.

El rey llamó a su ayuda de cámara y le dijo que trajera a la princesa.

—Pero si la duquesa ya no vive en nuestro palacio —replicó, asombrado, el viejo criado.

—¿Dónde está? —repuso el rey con voz colérica.

—Desde que se casó vive con su marido en el palacio de enfrente. Su majestad se acuerda sin duda alguna de la boda solemne, ¿verdad? —añadió el criado.

—¡Bueno, sí, claro que me acuerdo! He dormido mal esta noche y todavía estoy un poco aturdido por el sueño —contestó el rey con cierta vacilación—.

Haz que enganchen los caballos y, después del desayuno, iremos a ver a la princesa. La echo de menos.

Y era verdad.

Cuando el duque y su mujer vieron la carroza del anciano rey, salieron a recibirle. El duque preguntó cortésmente al rey por su estado de salud, pero el rey no le escuchó e interrogó inmediatamente a su hija:

—¿Cómo es posible, princesa, que no estés en casa?

—Estoy en mi casa. Mi lugar está, desde mi matrimonio, al lado de mi amado esposo —explicó la duquesa, fingiéndose extrañada.

—Y tú, ¿qué haces aquí? Deberías estar colgado en el patíbulo, porque ayer mandé que te ahorcaran —continuó el rey.

—Rey, jamás dudé de que os gustaran las bromas. Pero una broma de ese tipo es un poco cruel. Además, estoy seguro de que seríais incapaz de hacer semejante cosa...

Estas palabras conmovieron al rey, que declaró bastante confuso:

—Pero..., pero ayer este palacio no estaba aquí. No había más que una cabaña de madera.

—¿Cómo? ¿Una cabaña de madera? ¿Habéis oído, señores? —dijo el duque volviéndose hacia los cortesanos.

Inmediatamente, los cortesanos se pusieron a hacer reverencias, moviendo la cabeza:

—¡Oh, no! ¡Jamás hubo una cabaña de madera en lugar del palacio!

—Estoy seguro de haber visto ayer en este sitio a mi yerno vestido con harapos. ¡Acuérdate! —insistió el rey.

—¿Pero habéis oído, señores? —preguntó el duque a sus cortesanos.

Y de nuevo, todo el mundo hizo reverencias afirmando a coro que era imposible: ¡el duque jamás llevaba harapos!

El anciano rey tuvo la impresión de estar borracho. Se quitó la corona, se la dio a su ayuda de cámara, se secó el sudor de la frente con su pañuelo de seda e hizo un gesto poco real: se rascó detrás de la oreja.

La princesa estaba furiosa con el rey porque el día anterior había querido ahorcar a su marido, pero, al verle tan confuso, tan cansado y sin su corona real, le dio pena y le dijo, conciliadora:

—Padre, creo que un hada malvada ha turbado tu espíritu y tus pensamientos. En mi opinión debes descansar.

—Sí, sí —añadió rápidamente el ayuda de cámara—, nuestro rey ha pasado una mala noche y esta mañana se ha quejado de que se sentía aturdido por el sueño. Es posible que su aturdimiento todavía no haya pasado.

El rey obedeció a su hija, se volvió a poner la corona con gesto indiferente, dijo adiós a todos y volvió a su palacio para descansar, porque se sentía verdaderamente agotado.

Al duque le sirvió de experiencia lo que le había ocurrido. Pidió a Lasso con menos frecuencia que le sirviera, ya no deseó más riquezas y vivió dichoso con su bella esposa.

Después de cierto tiempo, su sirviente Lasso le dijo tímidamente:

—Mi amo, durante todo un año ni siquiera he usado un par de zapatos. Probablemente ya no me necesitas. Devuélveme, por favor, mi papel y libérame de mis obligaciones.

—Te liberaré con mucho gusto, Lasso, pero no te daré el papel, ¡porque ahora sé lo que me espera! —dijo el duque riendo, y se acordó de la noche que había pasado en el patíbulo.

—Mi amo, eres muy bueno y no me haces trabajar demasiado. Pero no sé quién poseerá el papel después de ti. ¡Sirvo a distintos amos desde hace más de mil años...! Soy viejo y estoy muy cansado. Devuélveme el papel, y te aseguro que te dejaré todo lo que posees actualmente —insistió Lasso.

—No, no te devolveré el papel. Pero te prometo que lo meteré en un cofrecito de oro y lo enterraré con mis propias manos en un lugar secreto para que nadie lo encuentre jamás —dijo el duque.

—Te creo, mi querido amo. ¡Gracias y adiós! —dijo la dulce voz, y Lasso desapareció para siempre.

El duque cumplió su promesa el mismo día, y enterró en un lugar secreto, en lo más profundo del sombrío bosque, un cofrecito de oro donde guardó el papel mágico. Enterró tan bien el cofre que hasta ahora nadie lo ha encontrado.

## La carrera

**E**STA historia ocurrió en la época en que todos los animales y los pájaros vivían juntos en el bosque. Un día, el gallo y el urogallo se pelearon por un hayuco que había caído entre los dos. ¿A quién pertenecía?

—¡Es mío! —gritó el gallo.

—¡No, no y no! Es mío —se defendió el urogallo.

—¡Yo lo vi primero!

—¡No, no, fui yo quien lo vio primero!

Discutieron mucho rato, y mientras tanto llegó otro pájaro y se comió al hayuco.

Esto desconcertó e irritó a las dos aves, y el urogallo dijo:

—Ya no me gusta estar aquí. ¡Quiero irme a otra parte!

—¡Yo también deseo abandonar el bosque! —añadió el gallo.

—¿Y adónde iremos? —preguntó el urogallo.

—A casa de un campesino, a una granja, por ejemplo —replicó el gallo.

—Yo también iré a casa de un campesino, a una granja —repitió el urogallo.

—¿Tú? ¡No! ¡Iré yo solo y ahora mismo! —exclamó el gallo.



—¡No, no y no! ¡Soy yo el que me voy ahora mismo! —gritó el urogallo.  
Y pronto se oyó en todo el bosque:

—¡Tú no!

—¡Yo solo!

—¡Tú no!

—¡No, no, no!

—¡Sí, sí, sí!

—¡Y no, y no, y no!

Gritaron tan fuerte y durante tanto tiempo que les entró sed. Fueron los dos a la fuente, calmaron la sed, así como la ira, y el gallo dijo en tono reflexivo:

—¿Por qué vamos a pelearnos, amigo mío? ¿Sabes lo que vamos a hacer? Una carrera. Saldremos los dos juntos del bosque y el que llegue primero a la granja podrá quedarse. El otro volverá al bosque. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asintió el urogallo.

Se dirigieron al lindero del bosque; allí el gallo se detuvo y gritó:

—¡Atención! ¡Uno, dos, tres!

Y los dos se pusieron en marcha lo más deprisa posible hacia la granja.

El gallo tenía las patas más largas y más fuertes y al principio iba el primero. Pero el urogallo, que tenía las alas más grandes, las desplegó, las agitó y rápidamente adelantó al gallo.

Éste también intentó utilizar sus alas, pero se dio cuenta de que sólo podía contar con sus fuertes patas provistas de espolones; se detuvo para tomar aliento, estiró el cuello hacia adelante, aceleró el paso y realmente adelantó a

su rival. Pero el urogallo no cedió, emprendió el vuelo... La carrera se desarrolló entonces de esta forma: una vez el gallo iba el primero, otra vez el urogallo, y así sucesivamente.

Cuando llegaron muy cerca de la puerta de la granja, el gallo tropezó y quedó retrasado. Pareció entonces que ganaría el urogallo. Pero el gallo gritó hipócritamente a su rival:

—Amigo mío, ¿dónde te has sentado? ¡Tienes una enorme mancha blanca bajo la cola!

El urogallo se volvió para observarse atentamente, ¡pero fue un error que no debió cometer!

El gallo aprovechó para adelantarse, entró el primero en la granja y gritó victoriosamente:

—He sido yo el primero, ¡y a partir de ahora viviré aquí!

Y desde entonces el gallo vive en la granja y el urogallo en el bosque.

## El silbato mágico

**E**N un lugar lejano, precisamente donde termina la tierra y empieza el mar glacial, había antaño un país donde gobernaban un anciano rey y una reina. Durante mucho tiempo no tuvieron hijos. Pero un día les nació una preciosa hija. Y cuanto más crecía la niña, más bella era.

Cuando llegó a la edad de casarse, muchos príncipes, condes y duques de países lejanos y cercanos la pidieron en matrimonio. Pero el rey y la reina amaban tanto a su hija que no quisieron aceptar que se casara. Dijeron a los pretendientes que querían quedarse con su hija para ahuyentar la soledad cuando fueran muy ancianos. Pero también hay que añadir que la joven princesa no había encontrado un pretendiente lo bastante apuesto y bueno como para abandonar a sus ancianos padres por él.

Como todos los poderosos de este mundo, el rey tenía una manía: criaba con mucho amor y satisfacción conejos plateados.

Para que la gente no pensara que no deseaba marido alguno para su hija, mandó que dijeran en el país que daría a su hija por esposa a quien durante tres días pudiera conseguir que sus conejos pastaran libremente, sin que se perdiera ninguno. El que no lograra conservarlos todos recibiría del verdugo real tantos palos en la espalda como conejos hubiera perdido. Era prácticamente imposible vigilar durante tres días a trescientos conejos: el rey lo sabía perfectamente. Y así estaba seguro de que su querida hija no le abandonaría.

En el reino vivía, al pie de las montañas, un rico campesino que tenía tres hijos. Los dos mayores eran muy fuertes pero holgazanes y, además, no tenían buen carácter. El más joven, Esben, era menos fuerte, pero el más inteligente y el más amable de los tres.

Cuando la noticia de que el rey daría por esposa a su hija al que cuidara durante tres días a sus trescientos conejos plateados llegó a la granja, el hijo mayor quiso probar suerte.

—Ve, hijo mío —aprobó su padre—. Deseo que te cases con la princesa, porque una vida sin trabajar te vendría de perlas... Supongo que eres un buen pastor y que guardarás los conejos de nuestro rey.

Y el padre equipó a su hijo lo mejor que pudo: le compró un traje nuevo, le dio una hogaza de pan y una pierna de cordero para saciar el hambre durante el trayecto y también le proporcionó un caballo.

Y el hijo mayor se fue. Viajó mucho y llegó a un sombrío bosque, donde se perdió.

En vano buscó el camino que conducía al palacio real. Por fortuna, encontró a un viejo carbonero al que pidió que le indicara el camino. El carbonero le acompañó al sendero adecuado y le pidió un trozo de pan, porque no había comido desde por la mañana, según explicó.

—Comer no es bueno —contestó burlándose el hermano mayor—. Deberías chuparte el pulgar, abuelo, para engañar el hambre: ¡mi pan es para mí y para mi caballo!

—Es una pena, joven, que seas tan malo, porque si hubieras sido más amable, te hubiera dado buenos consejos —dijo el anciano moviendo la cabeza.

Pero el hermano mayor ya no le escuchaba, fustigó a su caballo y, por la noche, llegó al palacio real.

—¿Así que vienes a cuidar mis conejos? —preguntó el rey, cuando el hermano mayor se presentó—. Pero no lo olvides: es preciso que por la noche no falte ninguno. Si no, ¡el palo del verdugo te espera!

—No temáis, soy un buen pastor y la princesa merece tres días de esfuerzo. Porque si me caso con ella, jamás me veré obligado a trabajar —dijo el joven.

Y se fue con los conejos. Pero, a pesar de sus esfuerzos, se le escaparon por doquier y por la noche le costó mucho reunir unos cuantos. Al volver, el rey se puso furioso, ni siquiera contó los conejos perdidos y, sin discusión, ordenó al verdugo:

—¡Este joven recibirá cincuenta palos, porque ha sido muy descuidado!

¡Y pegaron al mal pastor, y cuánto! Al día siguiente, no podía andar. Le pusieron como un saco de patatas en su caballo, que tuvo que encontrar, solo, el camino de casa.

—Jamás pensé, querido hermano, que cuidar conejos fuera un oficio tan peligroso... ¡Mírate, estás lleno de cardenales! —dijo, burlándose de él, el segundo hermano al verle llegar.

—Tengo curiosidad por saber si tú tendrás más éxito —dijo el padre a su segundo hijo.

—¡Ya verás! —declaró con orgullo, y se preparó inmediatamente para el viaje.

Él también recibió de su padre un traje nuevo, mucha comida y un caballo. Y a la mañana siguiente tomó el camino que conducía al palacio.

«¡Espero que por lo menos éste lo consiga!», pensó el padre con la esperanza de que al fin podría librarse de un holgazán.

El segundo hermano también se perdió en el bosque. Y también encontró al viejo carbonero, que le mostró el camino.

—¿No tienes, por casualidad, algo de comer? —preguntó tímidamente el viejo—. Sólo me queda un diente, pero eso no me impide tener hambre.

—Entonces bastará con que te arranques el último diente, y así ya no tendrás hambre. Te advierto que tengo pan, pero es para mí y para mi caballo —dijo con maldad el joven, burlándose de él; luego fustigó su montura y desapareció.

El anciano movió tristemente la cabeza.

—Es una pena que haya sido tan malo, porque si no, le hubiera dado un buen consejo.

El segundo hijo no tuvo más éxito que su hermano. Por la noche únicamente tenía la mitad de los conejos que el rey le había confiado por la mañana y le castigaron con cien palos, administrados por el verdugo real. El verdugo le instaló después en su caballo que le condujo de nuevo a casa.

—¡Ahora me toca a mí! —exclamó el hijo menor, Esben—. Tengo que preparar mi marcha.

—¿Tú? ¿Qué vas a hacer? ¿Crees que la princesa te está esperando? Y además no eres lo bastante fuerte como para soportar tantos palos —dijeron sus dos hermanos mayores burlándose de él.

—Seguramente ella me espera —contestó Esben.

Metió en un saco dos rebanadas de pan y unas manzanas y se fue a pie al palacio real.

Por el camino, él también se perdió en el bosque. Pero el viejo carbonero le ayudó y le señaló el sendero que conducía al palacio. Esben le dio las gracias, se sentó en el suelo para comer un poco e invitó al anciano a compartir con él su escasa comida. Después de comer, el carbonero le dijo:

—Eres un buen muchacho, y para recompensarte te doy este silbato: te proporcionará felicidad.



—Muchas gracias, abuelo —dijo Esben agradecido, y guardó cuidadosamente el silbato en el bolsillo.

—¿Sabes, muchacho?, no es un silbato corriente. Cuando lo toques, todos los animales dispersos por la naturaleza acudirán a ti —explicó el carbonero.

—Es precisamente lo que necesito —comentó Esben.

Dio otra vez las gracias al viejo y siguió, muy alegre, su camino.

Anduvo mucho rato y por fin llegó al palacio. Después de su larga marcha, estaba lleno de polvo, así que, antes de presentarse ante el soberano, se limpió el traje, se lavó y se peinó. Al rey le sorprendió que un muchacho tan débil tuviera valor para afrontar una tarea tan difícil, pero el joven le gustó y dio su conformidad.

—Pero ¿sabes lo que te espera si no lo consigues? —preguntó el rey pensando en el verdugo y su palo.

—Lo sé perfectamente —respondió el joven, y suspiró, porque había visto a través de una ventana el dulce rostro de la princesa que le sonreía.

Por la mañana, Esben salió con los trescientos conejos. Al llegar al pasto, les dijo:

—Ahora podéis saborear la rica hierba. Tenéis tiempo suficiente hasta la noche. Pero no os vayáis muy lejos, porque debéis oír el silbato...

Y los conejos parecieron entenderle, porque no se dispersaron demasiado ni se fueron muy lejos.

La princesa sentía curiosidad por saber cómo el joven que había visto por la ventana, y que le había gustado al instante, guardaría los conejos de su padre. Para que Esben no la reconociera, se disfrazó de muchacho, se montó en un asno y fue a su encuentro. Esben había visto de lejos que se trataba de la princesa disfrazada, pero fingió que no la reconocía.

—Pastor, ¿puedes venderme un conejo plateado? El rey tiene tantos que no lo advertirá. Te daré por el conejo tres escudos de oro —dijo la princesa disfrazada.

—Estos conejos no están en venta, muchacho —dijo riendo Esben—, pero si deseas tener uno a cualquier precio, te lo daré a cambio de un beso fraternal.

«Es un curioso deseo, pensó la princesa disfrazada, pero, como no me ha reconocido, puedo besarle».

Besó a Esben, recibió un conejo que metió en su cesta, se montó en el asno y se fue.

Cuando llegó al palacio miró en la cesta. ¡Pero estaba vacía! Poco antes, Esben se había servido del silbato mágico y el conejo había vuelto con él.

Por la noche, Esben silbó otra vez con su silbato mágico y los conejos acudieron de todas partes, formaron filas y volvieron como soldados al palacio. Esben les precedía cantando una alegre canción, y así regresaron. El rey les esperaba con impaciencia en el patio, y en seguida se puso a contar sus conejos favoritos. ¡Pero no quiso dar crédito a sus ojos! Contó otra vez y comprobó que no faltaba ningún conejo.

La noticia no permaneció en secreto: la gente se precipitó al patio para ver al que había conseguido guardar durante un día entero los trescientos conejos, cosa en la que tantos otros habían fracasado.

A la mañana siguiente, cuando Esben volvió a salir con los conejos hacia el pasto, el rey llamó a la princesa y le dijo:

—No logro comprender cómo este joven lo ha conseguido... Es posible que vuelva otra vez esta noche con todos los conejos. Disfrázate de viejo campesino, manda que enganchen una vaca a una carreta e intenta persuadir a Esben para que te venda un conejo. Le propondrás cien escudos como pago. Supongo que por esta suma te lo cederá y esta noche le faltará un conejo.

Naturalmente, la princesa no confesó al rey que ya había intentado obtener un conejo por medio de la astucia, y ahora hizo con mucho gusto lo que su padre le había ordenado.

Cuando hacia mediodía un viejo campesino pidió a Esben que le vendiera un conejo, éste descubrió inmediatamente que era otra vez la princesa disfrazada y se negó:

—Estos conejos no están en venta. Pero si quieres uno a cualquier precio, te lo daré a cambio de tres besos.

—¡Es muy curioso: un joven pidiendo besos a un viejo como yo! —se sorprendió la princesa disfrazada—. ¿No prefieres que te pague el conejo? ¡Te daré cien escudos por él!

Pero Esben dijo que no: ¡tres besos o nada! Entonces la princesa le besó y pensó: «¡No me ha reconocido y cree que soy un viejo campesino!».

A continuación recibió el conejo plateado, lo metió en un saco, echó el saco a la carreta, arreó a la vaca y se marchó. En el palacio quiso entregar el conejo al rey, pero el saco estaba vacío. Instantes antes de la llegada de la princesa al palacio, Esben había tocado el silbato, y el animalito había vuelto a reunirse con los demás.

El rey montó en cólera, la princesa se puso colorada por la confusión, pero no lamentó en absoluto que el conejo hubiera escapado... Por el contrario, esperó con impaciencia la llegada de Esben con los conejos. Cuando el rey comprobó que la cuenta era exacta, suspiró aliviada.

Al tercer día, cuando Esben se fue con los conejos, el rey se dio cuenta de que había que hacer algo si no quería perder a su hija querida.

Se disfrazó de anciana, montó en un viejo caballo blanco y fue al encuentro de Esben.

—¡Eh, pastor! Véndeme dos conejos. ¡Te los pagaré bien! —pidió a Esben la falsa anciana, con voz dulce.

Pero el muchacho descubrió inmediatamente que era el rey disfrazado y se negó:

—No, abuela, no es posible, porque estos conejos no están en venta.

Pero la anciana insistió, incluso suplicó, y al final Esben cedió:

—Abuela, si quiere tener dos conejos a cualquier precio, los tendrá. Pero antes tiene que besar tres veces a ese viejo caballo, si no no le daré ni un solo conejo.

El rey prefirió besar al viejo caballo antes que perder a su hija, e hizo lo que el pastor le pedía pensando que, disfrazado de anciana, Esben no le había reconocido.

Cuando hubo hecho lo que el joven pedía, cogió los dos conejos prometidos, los encerró en una caja cuya tapa cerró herméticamente y regresó al palacio. Volvió a ponerse rápidamente sus ropas reales y miró en la caja. Pero los conejos ya no estaban: ¡Esben había tocado el silbato a tiempo para recuperarlos!

Y por la noche, el recuento de los conejos que Esben llevó volvió a ser exacto. El monarca empezó entonces a preocuparse, y no sin motivo. Esben hizo una profunda reverencia y declaró cortésmente al rey, después de que este último hubiera contado otra vez sus conejos:

—Majestad, he cumplido la misión que me habíais encomendado: como recompensa, y de acuerdo con vuestra promesa, os pido la mano de vuestra bella hija, la princesa.

El rey no quería perder a su única hija, pero tenía que respetar su palabra real, así que anunció a Esben:

—La tendrás. Solamente te queda una cosa por hacer. En la bodega tenemos un gran tonel. Si consigues llenarlo hasta el borde con verdades, la princesa será para ti.

—¿Por qué no? —replicó alegremente Esben—. Jamás he mentado, y llenar un tonel con verdades no es nada difícil para mí.

El rey ordenó que llevaran el tonel al patio, y la reina, el rey, la princesa y los cortesanos acudieron para asistir a la prueba.

Esben no reflexionó mucho rato y empezó:

—El primer día, cuando estaba con los conejos en el prado, llegó un joven y me pidió que le vendiera un conejo. Se lo vendí a cambio de un beso fraternal. Pero aquel joven no era un muchacho, sino la princesa disfrazada. ¿No es verdad, princesa? —dijo Esben volviéndose hacia la princesa.

—Sí, es verdad —reconoció la princesa ruborizándose un poco.

—Entonces, metamos esa verdad en el tonel —ordenó el rey disgustado.

—Al día siguiente —continuó Esben—, un viejo campesino me propuso comprarme un conejo. Se lo vendí por el precio de tres besos. Pero yo sabía que no era un viejo campesino, sino la princesa disfrazada. ¿Es verdad? —y Esben se volvió de nuevo hacia la princesa.

—Sí, es la verdad —admitió tímidamente la princesa, y se puso roja como un tomate.

—Entonces metamos esta otra verdad en el tonel —ordenó esta vez el rey, disgustadísimo.

—Y el tercer día..., esperad, intento recordar... Sí, el tercer día le tocó el turno a una anciana montada en un viejo caballo que me pidió que le vendiera dos conejos. Y se los vendí por el precio de...

—¡Es suficiente, el tonel está lleno a rebosar! —interrumpió el rey, secándose la frente con un pañuelo de seda. «¡Menos mal que le he parado a tiempo, porque menudo escándalo hubiera habido si la corte llega a enterarse de que besé a un viejo caballo!»—, pensó el rey.

Entonces, por fin, Esben obtuvo a la bella princesa, y hay que decir que ella no puso reparo alguno... Al contrario, estaba tan contenta que comenzó a aplaudir. El rey comprendió que ya no había nada que hacer y empezaron los preparativos para la gran boda.

Durante tres días los cocineros y las cocineras prepararon magníficos manjares. El cervecero real preparó cerveza con la que llenó un gran tonel.

Los invitados comieron, bebieron y se divirtieron. Incluso el rey estaba de muy buen humor. Entonces, un pinche que quería saber cuánta cerveza quedaba todavía en el tonel, se asomó tanto que cayó al interior: los invitados creyeron que se iba a ahogar, pero el rey ordenó:

—¡Abrid el grifo!

Así lo hicieron, y la cerveza empezó a salir del tonel. Los criados llevaron recipientes para recuperarla, pero muy pronto cántaros, cubiletes, jarros y vasos se llenaron. Y la cerveza se extendió por la estancia, bajó la escalera y llegó hasta el patio donde se encontraban los conejos plateados. A los conejos les despertó el ruido de la cerveza al caer y la lamieron, lo que les puso tan alegres que comenzaron a bailar.

La danza de los conejos era tan divertida que todo el mundo se rió.

Por fin, el pinche salió por el grito. Tenía en una mano un cubilete y en la otra una cuchara y gritó, feliz de seguir vivo:

—¡Viva el rey! ¡Viva nuestro buen rey!

Y el rey se rió hasta que se le saltaron las lágrimas.

Esben también se rió junto a su bella princesa, y pensó agradecido en el carbonero que le había dado el silbato mágico que le había permitido encontrar la felicidad...



Todos los cuentos populares tienen elementos en común. Cambiarán los paisajes, los nombres de los personajes fantásticos, las situaciones, pero existirá siempre ese deseo humano, irresistible, de no permitir que la vida se limite exclusivamente a lo que podemos ver con nuestros ojos y tocar con nuestras manos. No importa que el relato haya sido contado junto al fuego, como en Escandinavia, o bajo el sol tórrido de cualquier punto del planeta. El elemento esencial es la magia, el encantamiento y la fantasía, y eso está en todos los rincones.

Elena del Amo